



CRONICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sr. Avelleda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Aranzuain, Anchorena, A. Irujo, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanalana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Biasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Casuro, Cervino, Cheste (Conde de), Coliado, Cortina, Corradi, Coimero, Correa, Cuesta, Cueto, Sr. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Cañamaque, Ibarra, Díaz (José María), Díaz Pérez, Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Eusebio, Euzkadi, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suárez de), García Gutiérrez, Gavangós, Galvete de Moína (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gómez Marín, Güell y Rente, Güelvenza, Guerrero, Incenegas, Hartzensch, Iriarte, Zapata, Javer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Letama, López Guizarro, Lorenzana, Lorente, Latorre, Macanaz, Marías, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merle, Montesinos, Molins, Miranés de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Paicío, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poet, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmíngua, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmorán, Sanroma, Seijas, Segovia, Serrano Alcazar, Selés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Noviembre de 1883.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—Reformas en los ferro-carriles, por D. P. C. Calvo y Martín.—Italia: Lorenzo de Médici, por D. Eusebio Asquerino.—Los servidores de la democracia: Barrere, Montesquieu, por M. Anatalio de La Forge.—Un festín en Roma, por D. Bonifacio Carrasco de Campo.—Frases, por D. Alfredo de la Escosura.—Visita á los muertos, por D. Tristan Medina.—Folk-lore: Las primeras oraciones, por D. Antonio Machado y Alvarez.—Luis de Morales, por D. Nicolás Díaz y Perez.—Eccomo. Sr. Don Dinero, por D. Antonio M. Daimowich.—Suelto.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Fecunda ha sido la quincena en acontecimientos de importancia, al contrario de otras que causan con su monotonía y falta de argumento la desesperacion de sus cronistas. Para trazar á breves rasgos—como lo permite el espacio que á esta Revista conceden las columnas de LA AMÉRICA,— todos los sucesos, todas las impresiones de estos últimos dias, basta coordinar los apuntes ó irlos leyendo uno tras otro. Las reflexiones á que cada uno de ellos se presta surgirán de tal modo que por sí mismos los podrán hacer nuestros lectores.

Empezó con el Manifiesto del Sr. Castelar, publicado al dia siguiente de comenzada la quincena.

Nadie tan iluso que desconozca la importancia del eminente tribuno en la marcha de la política española. Alejado de la esfera gubernamental por opiniones en un todo inconciliables, separado del trono por abismos de esos que el tiempo no puede llenar y sobre los cuales solo la apostasía puede echar un puente—que no ha de atravesar nunca el ex-presidente del Poder ejecutivo de la República,—apartado igualmente en lo fundamental, y más ó menos en lo accidental, de todos los partidos que se han seguido en la gobernacion de los negocios del Estado, no por eso deja sentirse menos su influencia poderosísima. Esos mismos partidos monárquicos, así el que dirige el Sr. Cánovas, como el que guía el Sr. Sagasta, como el que há poco nació á la vida pública bajo la égida del señor duque de la Torre, solicitan la benevolencia del Sr. Castelar y tienen en mucho esa benevolencia que es para ellos prenda inequívoca de que su gestion, por desdichada que pueda ser para la vida de la política, no tiene, sin embargo, consecuencias directas contra la prosperidad de la patria, deidad á que rinde tributo preferente el ora-

dor republicano, que tantos y tantos sacrificios tiene hechos en su altar.

Desde 1874 esta benevolencia no ha faltado á ningún Gobierno; más ó menos desembozadamente los ha amparado á todos ellos; solo una vez, al terminar la última legislatura, la mano con que Castelar vibra el rayo sobre los poderes que quiere aniquilar, se alzó convulsa y como pronta á herir á aquel Gabinete desconceptuado en la opinion, desconceptuado por sus debilidades ante el país y aun ante la monarquía. La voz terrible de otros dias, aviso amenazador de tempestades, volvió á conmovir el recinto que tantas veces la ha oído con respetuoso temor. Pero la fuerza de los hechos, aniquilando aquel Ministerio cuya existencia era un problema á que los historiadores pedirán inútilmente una solucion justa y razonada, impidieron que el jefe del posibilismo saliera de su benévola actitud. En presencia del cambio tan radical operado en la política y ante un Gobierno que viene al poder prometiendo afirmar aquellas conquistas de la revolucion exigidas por la indole de los tiempos modernos, reclamada como una necesidad imperiosa por los espíritus ansiosos de libertad y democracia; ante un Gobierno formado por hombres que ayer abandonaron al señor Sagasta al ver que no cumplía sus compromisos, y por hombres que dicen aceptar la monarquía á fin de aliarla con los principios fundamentales del derecho democrático, natural era que el Sr. Castelar hablara y manifestase su opinion, y en efecto, el Sr. Castelar ha hablado dando un Manifiesto á su partido.

¿Qué dice en ese Manifiesto? ¿Qué efecto ha producido en su ánimo el cambio operado en la política? ¿Cuál será, en adelante su línea de conducta?

Bien claro aparecen contestados estos extremos en el Manifiesto á que nos referimos. La benevolencia del Sr. Castelar no faltará al Gobierno del Sr. Posada Herrera. ¿Cómo podría faltarle, cuando han podido contar con ella Gobiernos más reaccionarios y menos amantes de la libertad que éste que promete el sufragio universal y revisar la Constitución?

El Sr. Castelar, que ofrece su cooperacion á las reformas progresivas que propongan los gobiernos liberales, y hace constar su propósito de no emplear nunca contra ellos las armas prohibidas de una oposicion pesimista, dará concurso mayor y cooperacion eficaz á este Ministerio, mantenedor del principio, entre los principios democráticos, del sufragio universal que el partido posibilista reconoce como consecuencia lógica é indeclinable de la igualdad civil.

Pero esta benevolencia no es la ciega adhesion de los partidarios incondicionales. Este concurso—añade el Manifiesto—aumentará ó disminuirá en la proporcion y medida que aumenten ó disminuyan las inclinaciones del Gobierno á los principios democráticos.

Trazada está con esto la norma de conducta que el partido posibilista se propone seguir frente á la izquierda, y mientras ésta se halle en el poder. Pedirá sin dilacion el cumplimiento del programa que trae la nueva situacion como bandera, por creer su establecimiento superior en interés é importancia á todo lo prometido y formulado hasta hoy para el desarrollo de la política liberal; y como el sufragio universal es la expresion de la verdadera soberanía pública, para cuyas decisiones todos los partidos, aún los más conservadores y reaccionarios deben guardar iguales respetos, pedirá la disolucion de estas Cortes si oponen resistencia insuperable á su triunfo, y la consulta inmediatamente á los comicios. Y el programa ha de cumplirse sin limitaciones arbitrarias ni sofisterías engañosas; ha de restaurarse la base política de la revolucion de Setiembre, tal como se halla escrita en el Código de 1869, y desarrollada en las leyes orgánicas con este Código concordantes; porque de suspenderse la serie lógica en los progresos pacíficos, de retroceder hacia nueva reaccion, de caer otra vez en el doctrinarismo, abandonado de la opinion general, el Sr. Castelar presiente alteraciones tan grandes en el ser y en el pensar de los partidos, prevé consecuencias tan graves para el orden público y sus concertados movimientos, que en Dios y en conciencia declina la responsabilidad de cuanto despues acontezca sobre los políticos cegados por sus pasiones para no ver cómo sube la ola incansante de las ideas progresivas, más serena cuanto más libre, y cómo recobra la nacion el dominio sobre sí, más ordenado cuanto menos combatido.

Tales son los propósitos del partido posibilista expuestos francamente y sin ambages en ese Manifiesto, que, como es natural, está encabezado con las afirmaciones políticas que forman su credo inviolable: persistencia en la irreconciliable oposicion tradicional á los poderes permanentes y hereditarios; república basada en los derechos individuales y el sufragio universal, pero investida fuertemente de los atributos y medios coercitivos indispensables á todo poder y autoridad para la imposicion de sus mandatos y el cumplimiento de sus leyes; dentro de la república, de la democracia, de la libertad, política muy conservadora que, apreciando la serie lógica de los progresos efectivos, man-

tenga los compromisos con el clero, con la magistratura, con el ejército, y combata enérgicamente toda propensión á romper la unidad íntegra del Estado; condenación clara, expícita, terminante, sin rodeos hipócritas ni reservas mentales, de las apelaciones á la fuerza material en las contiendas políticas.

Como se ve por el ligero extracto que hemos hecho de él, grande es su importancia y grande su significación, porque revela que el jefe del posibilismo aplaude, como no puede ménos, la evolución verificada en las ideas gubernamentales, tiene fé en sus consecuencias, la juzga provechosa juntamente para el país y para la democracia, y la ofrece su concurso, un concurso mayor, una cooperación más eficaz que la que ha prestado hasta ahora á otros Gobiernos que también se llamaban liberales, concurso y cooperación que llega hasta el extremo de que la izquierda le tendrá á su lado para pedir la disolución de las Cortes, si éstas se oponen al desarrollo de su programa, y que se harán mayores si el Gobierno aumenta la suma de libertades y derechos que da al pueblo; pero que se harán menores hasta el punto de no responder ni oponerse á lo que despues pueda sobreenir, si el nuevo partido, que con tantos bríos viene al poder, llega á olvidar sus compromisos, cediendo á sugerencias indignas, á halagos embusteros, y pretende mistificar la libertad y no dar al país lo que solemnemente le ha ofrecido en la oposición, lo que todavía hoy le ofrece desde las alturas del poder. Así, pues, en el Sr. Castelar va á tener el Gobierno del Sr. Posada Herrera el más fiel vigilante del programa de la izquierda, avisador leal de las infracciones que se cometan, voz amiga que recordará el camino recto si alguno se extravía y lo dejara por seguir sendas traidoras á cuyo término puede haber un abismo.

Hay en esa actitud del Sr. Castelar como una prevision contra nuevas desilusiones, contra nuevas apostasías, contra nuevos olvidos de sacratísimas promesas, que la experiencia es madre y señora de la vida, conductora de las acciones humanas, y ya está ampliamente probado y por todos reconocido, que el gran orador no desoye sus consejos ni desatiende sus enseñanzas. Mucho deben haberle dolido al Sr. Castelar las vacilaciones del Sr. Sagasta, las faltas de esos Ministerios fusionistas que, obstáculos y rémoras más que impulsos á toda reforma liberal, representaban la inercia en la política, y vivían sin adelantar un paso, olvidados de sí mismos, abandonados á las circunstancias, poniendo todo su empeño en salir de un día para entrar y hacer lo mismo en el siguiente; sin programa, porque habían rasgado el que trajeron al poder, sin credo propio, porque eran una amalgama informe de ideas que se repelían mutuamente, sin iniciativa, porque estaba muerto y los muertos no se mueven.

Mucho debió arrepentirse el jefe del posibilismo de prestar su apoyo moral, de cubrir con su benevolencia aquellos Gobiernos que detuvieron la marcha del país y estancaron el progreso de las ideas liberales, apoyo y benevolencia que únicamente al fin de la menguada existencia de aquella situación estuvieron á punto de faltarle. Este dolor, este arrepentimiento son la única y poderosa razón que puede dar el Sr. Castelar á los que le echan en cara las tremendas catástrofes que en su Manifiesto anuncia para el caso de que influencias más fuertes determinasen un retroceso hácia severa reacción; augurios fatídicos que son signo de temores, hijos de la duda, falta de fé en el porvenir de la política liberal, que, sin embargo, no exaltaron su ánimo en otras épocas ménos propensas al optimismo. El Sr. Castelar, como todos los que han sufrido mucho, tiene el derecho á ser muy susceptible. Fuera de esto el Manifiesto del señor Castelar es una garantía de su actitud, una garantía de la marcha liberal del Gabinete, corriente de mercurio que segun se dilate ó se contraiga marcará en el termómetro de la política los grados de libertad que otorga el Gobierno en una columna, y en la otra los grados de confianza que al país deba merecer. Porque nadie puede poner en duda la rectitud, la lealtad, el amor á la patria del tribuno posibilista. En tal concepto admitimos su Manifiesto, en tal concepto debe aceptarlo la izquierda.

Hora es ya de que examinemos si los actos del Gabinete Posada Herrera, realizados hasta hoy, se ajustan en un todo á lo que de la izquierda tienen derecho á exigir el país y la democracia. Y si por tales hemos de tener aquellas públicas manifestaciones que en forma de notas debidamente autorizadas dan á luz los diarios oficiosos, debemos convenir en que realmente, el nuevo Ministerio, lejos de haber olvidado ó relegar sus compromisos, preséntase, por el contrario, cada vez más penetrado y convencido de la misión que viene á cumplir y más satisfecho de la significación que á sí mismo se ha dado entre los partidos más liberales de la dinastía. Desde su advenimiento, no había otros datos que ilustraran sobre esa significación que las medidas tomadas por algunos ministros en sus departamentos respectivos, medidas que no han sido tales que desvanecieran toda duda y rasgasen las nebulosidades de que algunos se complacen en rodear el programa del Gabinete. Descansando la situación como en firme base en la conciliación de todos los elementos liberales que se agrupan en derredor de la monarquía oponiendo sus principios á los principios francamente conservadores, y mal seguro el estado de los espíritus, resentidos los fusionistas

y no bien avenidos con ellos los hombres de la izquierda, esa conciliación tan decantada cuyo sostenimiento es—al decir de algunos,—única razón de ser del advenimiento de la izquierda, aparece muy mal segura y en extremo difícil de conservar. La actitud del Sr. Sagasta, que no esquivaba decir que no puede transigir con el sufragio ni la revisión, las algaradas de los periódicos fusionistas que muestran bien á las claras lo poco que es para ellos la conciliación, y el lenguaje no ménos duro de la prensa oficiosa, que así mismo prueba hasta la evidencia lo poco que á ellos también importa conservarla, todo esto formaba en torno del Gabinete una densa atmósfera en que desaparecían las líneas y se borraban los contornos, lo cual, unido á la presencia en el Consejo de ministros que en opinión de todos son refractarios á algunas de las reformas ofrecidas, hacia que muchos dudasen del vigor y la fuerza de la situación izquierdista. El pánico general, que semejante á una corriente huracanada recorre hace algun tiempo todas las plazas europeas llevando la depreciación á los valores, se elevó á cifra tan exagerada en la Bolsa de Madrid, que el Gobierno se creyó en la obligación de tratar el asunto en un Consejo. Alguien inició la idea de que esa inseguridad en los cambios podía tener su origen en la incertidumbre de lo que pensaría hacer el Gabinete, vistas la actitud y tendencias de los fusionistas, y el general Lopez Dominguez aprovechó la ocasión para hacer comprender á sus colegas lo urgente que era dar alguna satisfacción pública á los deseos del país. Unánimes sus compañeros acordaron determinar de una vez para siempre su significación, y esta significación quedó puesta en luz en aquel mismo Consejo. Aquella misma noche la presidencia del Consejo de ministros pasó á los periódicos una breve nota en la que se decía que el Consejo había acordado sostener en toda su integridad el programa de la izquierda, encargando al Sr. Moret redactase en este sentido el Mensaje de la corona.

Cual fué la sorpresa general en el vasto campo de la política, cuanta la alegría de los ministeriales y cuanto el despecho de los fusionistas, no hay para qué decirlo, conocidas como son las ideas de unos y otros y el estado de los ánimos. Negaron éstos importancia al acto del Ministerio y discutieron el valor de la nota que, como por sorpresa, se había arrancado á los elementos menos liberales del Gobierno; no le regatearon aquellos ni un átomo de esa importancia, y pusieron tan alto como se merecía la buena fe de un Gobierno que tan lealmente se dispone á cumplir los compromisos que contrajo cuando aún no era poder. De todos modos, es imposible desconocer que la tiene, y muy grande. ¿Significa que el Sr. Posada Herrera cuenta con probabilidades de obtener un arma terrible contra las actuales Cortes cuya mayoría podía presentar obstáculos al desarrollo de su programa? ¿Significa, por el contrario, que no poseyendo ese arma y no contando tampoco con ella y ante la imposibilidad de cumplir su tarea el Gobierno está dispuesto á retirarse ante las Cortes, pero á retirarse llevando íntegro ese programa que no se le ha permitido desarrollar, y del que no quiere sacrificar ni una línea, ni una letra? Pues en ambos casos merece aplausos el Gobierno; en ambos casos merece bien de todos los que aman desinteresadamente á su país y todo lo que posponen á la felicidad de éste.

Nada de situaciones ambiguas, nada de vaguedades, nada de sombras. Es preciso que todo sea luz, que todo sea verdad, que todo sea decisión. De olvidar sus promesas, la izquierda no sería más que la continuación del fusionismo, y el fusionismo era la ruina de lo mismo que parece tenía tanto empeño en conservar. Nosotros, que aplaudimos en estas mismas columnas la formación de la izquierda—aunque desconfiando mucho de que pueda llenar el fin que se propone;—nosotros, que aplaudimos su elevación al poder, la aplaudiremos también, y con más fervor, con más fé, con más entusiasmo, si llegara á salir de las esteras gubernamentales vencida, pero no apostata, porque en tales condiciones la derrota vale tanto, ó vale más que la victoria; así como seríamos los primeros en pedir su destitución, como pedíamos la del Sr. Sagasta, si la viéramos vacilar y abandonar sus ideales, deslumbrados sus ojos por ese sol tan pérfido y engañoso que brilla en las alturas cortesanías. Hasta hoy, el espíritu de imparcialidad que informa estas *Revistas generales* nos obliga á decir que el Ministerio está todo él dentro de los límites que en un principio se trazó.

Dicen los que por bien enterados se hacen pasar, que hay en él ministros que bien pronto provocarán una crisis por oponerse al inmediato planteamiento de las reformas ofrecidas; es posible, y no nos detendremos en discutir ni negar el crédito que merecen tales afirmaciones; pero guiándonos solamente por lo que vemos, por lo que el Gobierno en masa nos dice, que es para nosotros documento irrecusable, tenemos que confesar que ningún hecho concreto da lugar á hipótesis tan aventuradas y á la vez tan pesimistas.

La extraordinaria baja de valores de que antes hemos hecho mención, y que dió motivo á la solemne declaración del Ministerio, no reconoce, sin embargo, por única causa el estado todavía vacilante de nuestra política interior. Algo hay más que esto en el movimiento bajista iniciado en Europa, donde poca influencia pueden tener, natu-

ralmente, nuestras discordias intestinas. Obedece á otras razones más hondas, digámoslo así, y de más difícil desempeño. Algo hay en la atmósfera caliginosa de la política europea que llama la atención de los pensadores y retrae á los hombres de negocios. El dinero es cobarde, dice la frase popular, y por todas partes se ven señales de revuelta, chispazos que denuncian la proximidad de una guerra cuyo verdadero alcance nadie puede prever.

Los asuntos cada vez más enmarañados del Tonkin, la alianza italo-austro-alemana, nube preñada de peligros que sabe Dios á dónde irá á descargar sus iras, la tirantez cada día mayor entre Francia y Alemania, puesta ahora de relieve con pretesto del viaje del rey de España á Berlin, son señales fatídicas, propias más bien para espantar al mundo, que no para tranquilizarle. En lo que toca á nuestra patria, la situación independiente que á la naturaleza plugo concedernos, manteniéndonos alejados del terreno candente de la lucha, favorecería nuestros intereses comerciales; pero esos viajes de personas reales, esas cábalas, esas argucias diplomáticas, esa intrusión de Bismarck en nuestros asuntos, dando cuerpo á los rumores de alianza hispano-alemana, nos ha hecho perder la confianza de los hombres de negocios, ahora precisamente que seis años de paz interior podían habérnoslo hecho ganar.

Desde que España aspira á representar un papel en la tragedia pronta á terminarse, los capitales se retiran de nosotros y los valores españoles bajan, bajan sin cesar, sin que haya nada que los detenga. Donde está nuestro interés no hay que decirlo, porque nada más lejos de nuestro ánimo que creer fundados esos rumores, ni ver un objeto oculto y bien definido en estas visitas de recreo y de cortesía que se hacen entre sí los soberanos cuando sienten la comezon de cambiar sus impresiones personales. No basta la voluntad de los reyes para unir ó separar los pueblos. Los pueblos son hoy los que imponen esas alianzas ó esos alejamientos, porque los reyes se ven obligados á seguir su impulso y los políticos más eminentes se ven á veces arrastrados en ese movimiento que les lleva á pesar suyo, donde quizá ellos no quisieran ir.

Parece, sin embargo, que los franceses, en su exagerada desconfianza, no lo creen así, y andan muy alarmados con el viaje del príncipe Federico Guillermo, á quien hace ya ocho días tenemos como huésped en el palacio de Oriente. Los acontecimientos debieran tranquilizarlos. El heredero del trono de Alemania ha sido recibido en España como debía serlo en todo pueblo culto; nadie le ha faltado al respeto que como extranjero se merece; nadie tampoco se ha entusiasmado con su venida ni con su estancia en la corte. La acogida que en todas partes le ha hecho el pueblo, ha sido cortés y deferente; nada más. Se engañan los que otra cosa pensaban, se engañan los que otra cosa temían. El príncipe Federico podrá llevarse á su país la seguridad de que el pueblo español es un perfecto caballero que sabe cumplir los deberes de la hospitalidad; pero podrá también llevarse la seguridad de que no estamos dispuestos á inmiscuirnos en asuntos en que nada tenemos que ganar.

Hoe.

REFORMAS DE LOS FERRO-CARRILES.

SUPERIORIDAD DE LA VIA ESTRECHA Á LA ANCHA.

Los ferro-carriles del porvenir.

VI

La tercera razón que aduciremos en apoyo de la preferencia que damos al ancho de 3 piés y 3 ó 6 pulgadas, contra el de 4 piés 8 1/2 pulgadas, es que con un buen sistema de material móvil se puede obtener una velocidad de 45 millas con gran seguridad, afirmando con esto, que un tren de vía estrecha puede alcanzar una velocidad tan grande como la mayor que se puede obtener sobre un ferro-carril de vía ancha, que nuestros contrarios llaman de primera clase, dejando sin duda las clases inferiores de segunda, tercera, etc., para los de vía estrecha. Con respecto á este punto, tal es la fuerza de las razones (que dejamos apuntadas y explanaremos aún) en nuestros ilustres contrincantes, que con el Sr. Silas Seymour á la cabeza confiesan ya por lo ménos, «que con la vía bien construida y con wagones de un ancho y una altura proporcionadas, no ven razón alguna para que una máquina de suficiente fuerza no pueda arrastrar un tren con igual velocidad y seguridad sobre una vía estrecha que sobre una ancha,» haciendo la primera salvedad, sin embargo, de que una seguridad completa con aquella ni con ninguna velocidad no puede admitirse, sobre ninguna vía, ni con ningún ancho, en lo que desgraciadamente estamos conformes, pues no ha alcanzado aún la ciencia á tanto; y añadiendo además la segunda salvedad que combatimos, «de que es generalmente admitido en el estado usual de nuestras vías y material móvil, el que la vía ancha es la más segura para los trenes de gran velocidad, como la de 12 y 16 leguas (españolas) por hora, usada en los trenes expres del viejo y nuevo mundo;» y la combatimos, porque notará el lector que, con esta segunda salvedad, se ponen en contradicción con lo que acaban de exponer tan dogmáticamente

te y como unos *magister dixit*. ¿En qué quedamos, señores ingenieros desmemoriados, una máquina de suficiente fuerza puede arrastrar si ó no un tren *con igual velocidad y seguridad* en una vía estrecha que en una ancha? Se conoce que no están ustedes muy seguros de lo que dicen, pues si aquí dicen ustedes *que sí*, á dos pasos y más abajo se retractan de lo que arriba anuncian ustedes, como arrepintiéndose de lo que acaban de expresar, estampando cuasi vergonzosamente que *la vía ancha es la más segura* para las fuertes velocidades, y por lo tanto, implícitamente creen ustedes *que no* lo puede mover con la misma velocidad y seguridad: luego á un tiempo dicen ustedes que sí y que no, y esto, además de ser ilógico, es ridículo en personas letradas y hombres pensadores. Ha afirmado además el Sr. Seymour, como puede verse en el artículo anterior, encareciéndolo como una ventaja, «que con la modificación que él propone podrían llevar los trenes la misma velocidad con mayor seguridad, ó mayor velocidad, con la misma seguridad, sobre la vía ancha que sobre la estrecha.» y esta es otra contradicción de lo anterior; con cuyas dudas dan lugar á que se sospeche que no discurren bien, que no arguyen con razones, y que no saben lo que traen en la cabeza, ofuscándose y confundiendo. Deduciendo de todo esto que los contrarios están en este punto cuasi convencidos, y como no saben argüirnos mejor, nos conceden que en una *vía estrecha podemos ir, por lo menos, tan de prisa como ellos en la ancha, y tan seguros, deteriorando menos el material*; y por tanto, que si sus vías las llaman de primera clase, las que nosotros apoyamos, que ya son y serán mejores en adelante que las suyas, deberían llamarse de *clase superior* á esa primera.

Es evidente que la verdadera aplicación de la vía estrecha requiere desmontes y terraplenes menores en altura, no exige tanta elevación por cima de la superficie natural del suelo, como la que es indispensable con la vía ancha; da por resultado la reducción en el ancho de la superficie de la vía, porque los pesos en movimiento son menores y exigen menos área para su sostenimiento; disminuye el coste de las grandes obras de fábrica, evitando cuasi siempre los túneles grandes, merced á la facilidad con que permite el uso de curvas más rápidas en terrenos accidentados y de grandes pendientes naturales; hay más probabilidades, mayores facilidades, y se presentan muchos más casos en que con la vía estrecha puede hacerse un trazado en línea recta y multiplicarse más veces ésta que en el de una vía ancha; como además, la resistencia debida al rozamiento y resbalamiento es menor en la vía estrecha que en la ancha; como no nos sería difícil demostrar que las ventajas que posee la vía estrecha, en lo que se refiere á las curvas, son tan notables en la construcción de ferro-carriles accidentados, como en la explotación ulterior de los mismos, pues de la adopción de curvas de corto radio resulta necesariamente una gran economía en el presupuesto de la construcción de una línea, y la disminución en la base de sustentación de los wagones de vía estrecha, hace posible la circulación por curvas, que siendo de esa pequeña amplitud serian imposibles de atravesar por la vía ancha con la velocidad y seguridad que hoy prácticamente se hace por la estrecha; al proyectar el material móvil para los ferro-carriles de vía estrecha, se puede adoptar una proporción tal entre sus partes, con la cual se puede lograr casi el mismo ángulo de estabilidad para obtener las leyes de equilibrio que el que se obtiene con los ferro-carriles ordinarios de 4 pies 8 1/2 pulgadas; pues el ángulo que forman las líneas tiradas desde el centro de gravedad de un wagon americano ordinario hasta los rails con ese ancho, es menor que el que se obtiene con el material móvil ordinario de Noruega, de 3 pies 6 pulgadas, el cual varía entre 38 1/2 grados á 40 1/2, según sea la posición de la carga del wagon, y éstos se obtienen con ruedas de 30 pulgadas de diámetro. El argumento que damos de que hay grandes ventajas en el paso de las curvas pequeñas por nuestros ferro-carriles de vía estrecha es de gran fuerza, sin contar con que podríamos anularlo, pues sea cual fuere el ancho de la vía, siempre habría el expediente de construirla tan recta y con el menor número de curvas posible, teniendo presente la economía; pero sostengo que si efectivamente posee esa ventaja la vía estrecha (como lo vamos á demostrar) sobre la ancha, la misma constituye una poderosa razón en su apoyo, pues los ingenieros saben que la carga máxima que se puede transportar sobre un ferro-carril cualquiera con una cantidad de fuerza dada, depende tanto del aumento de resistencia en las curvas, como del aumento relativo en las pendientes; y, por lo tanto, si esta resistencia en las curvas es menor sobre la vía estrecha que sobre la ancha, merece ciertamente ser tenida en cuenta y considerarla como un argumento muy principal é importante; tanto más y tanto mejor, cuanto que de esa demostración de que las dos clases de resistencia que ofrece una curva á la máquina y al tren al recorrerla en un ferro-carril económico ó de vía estrecha, con las cuales no se tropieza en una línea recta, son menores en ésta que en las curvas de más corto radio, admitidas, hoy por hoy, en el mundo científico oficial de todos los ministerios de Fomento y Juntas consultivas de ingenieros civiles de Europa y América, se desprenderá como consecuencia natural y lógica: primero, que la velocidad puede y debe ser

cuando nos convenga, por lo ménos, tan grande como la mayor que es costumbre llevar los trenes más veloces del mundo; y segundo, que la seguridad será también tan perfecta, por lo ménos, en las vías estrechas, como en las anchas.

Demostremos, pues, lo enunciado:

La influencia que ejerce una curva en una máquina y en un tren, es de dos clases, y ambas perjudiciales para la duración del material fijo y móvil, para la seguridad y para la velocidad de los trenes. La una, llamada resistencia de frotamiento lateral, consiste en el roce del reborde de la rueda contra el rail exterior, que es el carril más próximo al talud del desmonte ó terraplen; y la otra, que consiste en el resbalamiento de las ruedas sobre uno de los carriles por una distancia equivalente á la diferencia en la longitud de los dos rails en toda la curva, pues hay momentos en que las ruedas no sólo no giran sobre su eje avanzando en el paso de las curvas, sino que adelantan ó andan arrastradas sin girar, sin dar vueltas, se llama resistencia, de resbalamiento.

La resistencia que ofrecen los trenes depende principalmente de la índole y naturaleza del material móvil que se usa en una vía, y en menor grado que éste influyen en la resistencia los radios de las curvas, la sobre-elevación del rail exterior y la velocidad. Es una cosa práctica y bien probada por la ciencia y por la experiencia, que con curvas bien construidas, y con un material móvil adecuado á las exigencias del tráfico, los trenes deberían recorrer las curvas sin encontrar resistencia alguna extraordinaria, y cuasi como si recorrieran una recta: es decir, que si pudiese ser que los ejes de las ruedas tuviesen siempre la dirección de los radios de la curva; que si las ruedas sobre cada eje pudieran girar independientemente, ó que al girar rápidamente sobre sus ejes, las ruedas exteriores tuviesen un diámetro mayor correspondiente al mayor radio del rail exterior de la curva; y que si fuera tal la elevación del rail exterior, que la inclinación transversal de la vía produjera una tendencia de gravitar hacia adentro, á fin de contrapesar el impulso tangencial expresado por la fuerza centrífuga, con cualquier velocidad dada, cuya fuerza viene expresada por medio del peso ó carga máxima que puede arrastrar una máquina, que simula aquí un cuerpo con un movimiento circular, por la fórmula $F = \frac{Cv^2}{32r}$ en la cual, C es el peso ó carga, v, la velocidad en piés, r el radio de la curva en piés, 32 la aceleración ó la fuerza impulsiva de la gravedad.

Por manera, que si la fuerza centrífuga es igual á $\frac{1}{10} C$ con una carga dada, circulando con una velocidad dada, por una curva de un radio determinado, la inclinación transversal de la vía debería ser de 1 por 10, á fin de que fuera relacionada la tendencia de gravitar hacia el centro de la curva. Si fuera posible llenar las tres condiciones anteriores, el paso por las curvas con un ancho cualquiera, no ofrecería mayor resistencia que la que ocasiona el paso por las rectas; pero aquello es punto ménos que imposible, pues los ejes no se colocan nunca en la dirección de los radios de las curvas, y las ruedas tienen que resbalar sobre el rail exterior, rozando de rechazo el rail los rebordes de las mismas, y por otro lado la elevación del rail exterior sólo puede ajustarse á una velocidad determinada, la cual, en el caso de excederla el tren, apretará los rebordes de las ruedas contra el rail exterior, y si no la alcanza, producirá un frotamiento entre dichos rebordes y el rail interior. La base de sustentación, larga y rígida, inevitable en los wagones ordinarios de cuatro ruedas (pues en los wagones americanos el caso es distinto), no se presta nada para circular por curvas rápidas, y ella es la causa principal de la resistencia que ofrece la curva. Pero además saben los ingenieros instruidos, que la resistencia en la práctica disminuye en sentido inverso á medida que disminuye la base de sustentación elevada á la segunda potencia; por tanto es evidente que la vía estrecha posee una ventaja grande é irrefutable sobre la ancha en la resistencia de frotamiento, puesto que una base de sustentación de doce piés, ejerce sobre los rails una acción cuatro veces mayor que la que produciría una base de sustentación de seis piés; porque el seno verso que corresponde á cuerdas como las de que tratamos, es efectivamente cuatro veces mayor que el que corresponde á una cuerda de seis piés sobre la misma curva.

En cuanto á la otra causa de resistencia, que es el resbalamiento de las ruedas sobre los rails exteriores, pongamos por ejemplo el caso de un tren de 200 toneladas de peso que marcha con una velocidad de 20 millas por hora, y que llega á una curva de 10 cadenas (de las medidas que se usan para medir la longitud de rectas en topografía y geodesia) y de una extensión de una octava parte de una circunferencia completa, siendo el ancho el de 4 pies 8 1/2 pulgadas y el radio de la curva formada por el rail interior de 10 cadenas. La diferencia entre la longitud del rail exterior y el rail interior es con cualquier ancho y sobre cualquiera curva, $D = 3.141 \times 2A$, siendo A el ancho para la circunferencia completa, y en el caso que hemos supuesto con una curva de 1/8 parte de la circunferencia, la longitud del rail exterior excedería á la del interior en 3,7 piés, por cuya distancia tendrían forzosamente que resbalar las ruedas sosteniendo la mitad del peso del tren. Calculando el coeficiente del frotamiento producido por el res-

balamiento en 1/5, en los 3,7 piés habria una resistencia de 20 toneladas, ó sean 44,800 libras inglesas, las cuales desarrollarían 165,760 libras—piés de trabajo; pero siendo la longitud media de la curva 520 piés, el tiempo que se emplearía en recorrerla con la velocidad susodicha seria de 20 segundos y el aumento de trabajo que exigiria seria de $\frac{165,760 \times 3}{33,000} = 15$ caballos. Sobre una vía de 3 piés 6 pulgadas, la reducción en la longitud del rail exterior y en el peso muerto del tren, reduciría este aumento de trabajo y fuerza á unos 7 caballos; y aunque es verdad que la resistencia debida al frotamiento es mayor en las curvas de menor radio por ser menor el ángulo del roce en las de mayor amplitud que en las de menor, también es verdad que á la vez se verifica una reducción en el tiempo que necesita el tren para pasar por una curva más estrecha ó de menor radio que por otra de mayor; por manera que no es menester emplear el aumento de trabajo ocasionado por la resistencia de resbalamiento durante un rato tan largo cuando pasa el tren por una curva estrecha como por una ancha de más radio; y aunque la vía estrecha ofrece menos resistencia al resbalamiento y por consiguiente no gasta tanto las ruedas ni los rails, sin embargo, la cuestión más importante que hay que tomar en consideración es la del radio mínimo que se puede adoptar sobre la vía estrecha y sobre la ancha, y en cuanto á esto la ventaja está sobre la primera, puesto que hemos demostrado que es imposible reducir la base de sustentación del material móvil ordinario á las dimensiones pequeñas que pueden emplearse con la vía estrecha, y ya hemos visto que en la práctica aumenta la resistencia en la proporción de la longitud de la base de sustentación elevada á la segunda potencia, es óbvio, y debe concluirse por sacar la deducción de que en lo tocante á este particular de la resistencia del resbalamiento y frotamiento, llena mejor la vía estrecha las condiciones que se desean, y el material móvil y fijo se gasta ménos, porque las resistencias esas son menores, durará más con nuestra vía que con la contraria, y nadie creo que pondrá en duda ni negar, que es grande la ventaja que ofrecen las curvas rápidas cuyo uso permite la vía estrecha. No me detendré en demostrar, por ser claro aun para los profanos en la mecánica aplicada, que una pendiente fuerte es más peligrosa y más costosa, tanto en la construcción como en la explotación y en la conservación de un ferro-carril ó de una comunicación cualquiera, que una pendiente ménos fuerte ó más suave.

Pero sabido es, que el transporte de los objetos materiales en la superficie terrestre, no puede efectuarse sino á la condición de vencer en cada instante las sollicitaciones de la gravedad, las cuales, determinando resistencias tanto más considerables cuanto su dirección es más oblicua con relación al plano de las partes de superficie sobre las cuales se efectúan los trasportes, claro es, que para la facilidad de las comunicaciones, conviene modificar lo ménos posible la forma actual de las porciones del suelo que se trata de apropiarse para ellas, con las formas que la sustituyan, teniendo en cuenta los progresos del mundo en las ciencias aplicadas al material fijo y móvil: y si con un perfil longitudinal y transversal de vía estrecha ó económica hay que modificar ménos la configuración del suelo donde se asienta, con seguridad de obtener para sus perfiles pendientes más suaves si nos conviniere, más líneas rectas y ménos curvas y éstas de ménos radio que en los perfiles para la vía ancha, y presupuestos generales reducidos á una tercera parte de gastos en la construcción con una explotación más económica, y si las resistencias, siendo menores en las pendientes y curvas por ser aquellas y éstas menores en número, más suaves y de corto radio en la vía de 3 piés 6 pulgadas que en la de 4 piés 8 1/2 pulgadas, dan por resultado con todo esto, el obtener más seguridad, ménos probabilidades de accidentes, daños y peligros, y una carga máxima con la reducción del peso muerto, creo que quedará demostrado que se puede construir un ferro-carril económico en el que se pueda viajar por lo ménos con tanta velocidad de 45 millas por hora, y con tanta seguridad por lo ménos como en un ferro-carril de vía ancha; es decir, con igual velocidad, igual comodidad para viajeros é igual capacidad para mercancías, por lo ménos, que para un ferro-carril de 4 piés 8 1/2 pulgadas, siendo idénticas las condiciones del tráfico en ambas vías.

La cuarta razón que aducimos en apoyo de la preferencia que damos al ancho de 3 piés 6 pulgadas con respecto al de 4 piés 8 1/2 pulgadas, es que en la construcción de las obras de esplanación y de fábrica habrá una diferencia de 30 y de 45 por 100 del coste de la vía estrecha.

Nuestros leales contrincantes, que no están de acuerdo en las premisas que venimos sentando ni con las conclusiones que de ellas se desprenden, confiesan, que si logramos probar no todas las seis razones que aducimos, sino una sola en favor de la vía estrecha, habremos ganado la litis entablada hace años entre las dos vías ancha y estrecha; pero la dificultad está en que la prueba satisfactoria para ellos no es posible nunca, porque nunca será posible construir dos líneas paralelas de igual longitud, construidas en idénticos terrenos, con márgenes iguales para paseos, cunetas, declives, etc., y según los mismos hay que recurrir á argumentos indirectos ó negativos para probar que la tesis sostenida no es verdad: en una palabra, nuestros contrarios necesitan ver cons-

truidos dos puentes, dos ferro-carriles de anchos distintos en el mismo terreno para averiguar la diferencia de sus presupuestos; pero el suponer que los contrarios quieren que se tome tan en absoluto ese párrafo, inferiría que carecían de todos los conocimientos propios de la profesión que ejercen, en cuyo caso estaba de más el discutir con dichos señores; pero es claro que debemos suponer que ingenieros de tanta fama como parecen serlo los ortodoxos antireformistas, tendrán costumbre de formar presupuestos para averiguar la diferencia de coste de dos obras por sí mismos. Diremos, pues, que tal vez no se tarde en hacer aquella prueba en América; pero que hay que demostrar mientras tanto con argumentos *directos y positivos*, que sus aseveraciones relativamente a estos dos puntos de la tesis, no son verdad, y sí lo son las nuestras, confrontando los resultados citados por el general G. P. Buell, ingeniero jefe que fué del ferro-carril, de 1,500 millas de largo en el Texas Pacific, desde el valle del Mississippi hasta el Océano Pacífico, construido con vía estrecha, con la experiencia adquirida en la práctica, y con las opiniones de algunos ingenieros basadas en esa experiencia.

Dicen los contrarios, que para aclarar el error que comete el general Buell, «se debería suponer hecho y sacado del centro un corte longitudinal de 1 pié 2 1/2 pulgadas, en una vía ancha de 4 pies 8 1/2 pulgadas, determinando luego la relación entre él y la obra de explanación, figurando cerrado el hueco, puesto que los mismos serían los declives de los desmontes y terraplenes; las cunetas, estribos, muros de remate, albardillas, mampostería, obras de fábrica, serían las mismas para ambas vías, pues está probado que el ancho indispensable de los puentes para permitir el paso de coches del ancho mayor, no es más de lo que se necesita para la construcción de los refuerzos laterales indispensables para mantener el puente en línea y ajuste perfectos; y siendo 14 pies el ancho de la obra de explanación para la vía ancha (aunque opinan los contrarios que son bastantes 12 pies) sin el corte longitudinal se queda reducida a 10 pies y la economía total en la construcción del prisma, no será más que de 1/6 ó un 16 por 100; y si se añade el coste de los demás elementos, que tanto éstos como los de edificios, talleres, plataformas, son los mismos en ambas vías, ancha y estrecha, el coste total queda reducido a tan poca cosa, que la cuarta razón que tienen los reformistas para recomendar la adopción de la vía estrecha pierde toda su fuerza, y no merece ocuparse de ella.»

Veamos lo toco de los argumentos de los antireformistas, y deshagamos todas las argucias teológicas en que se apoyan.

En primer lugar, consideran la vía estrecha, cuando más, como un recurso pasajero, y no como un sistema capaz de sustituir eficazmente a la vía ancha, figurándose que aquella, comparada con la ancha, pierde su eficacia en proporción a la reducción que se verifica en la distancia de los rails, mientras que el coste queda el mismo, pierden de vista las grandes ventajas que hemos expuesto ya de la primera en la explotación, y consideran como importantísima la economía en la construcción.

Pues en realidad, sucede que la economía tan considerable en la construcción no es más que incidental y no fundamental; la principal es la ventaja que tiene la vía estrecha en la explotación; pues la experiencia de los ingenieros constructores de ferro-carriles, de los directores, duques, nobles ó príncipes, de las empresas ferro-carrileras y de sus abigarrados consejos de canónigos inconscientes en su inmensa mayoría, en los últimos cincuenta años ha dado al mundo un sistema de ferro-carriles en su mayor parte de un ancho oficial de 4 pies 8 1/2 pulgadas, cuyo plan general y trazado de los mismos en no pocas naciones satisface la avaricia de los ricos, y debe también reformarse con el tiempo, y los ha construido con ciertos túneles, viaductos, puentes, terraplenes, desmontes, estaciones y talleres proporcionados al ancho de la vía, los cuales están construidos para material móvil de un peso excesivo y poca carga, ó como si dijéramos, para llevar y transportar una gran jaula, y bonita, que lleve dentro un pajarillo como un canario; así las gentes sensatas dicen: pues esos señores directores, ¿no conocen que aquí, ó sobra jaula ó faltan pájaros, para que no se despilfarre fuerza motriz, dada la desproporción entre el vehículo y las cargas útiles transportadas?

Dicen los contrarios, que es productiva en la mayoría de los ferro-carriles construidos así en el mundo, la explotación de los mismos, y por tanto, que nada deja que desear en materia de construcción de vías férreas la experiencia de cincuenta años; y yo digo que es mal modo de discurrir ese, porque las mismas líneas hubieran dado mayores dividendos á los accionistas si se hubieran construido con todos los principios económicos, y por tanto, deja bastante que desear la explotación actual del medio siglo pasado; y en verdad que esa experiencia ha comunicado á muchos la necesidad de hacer grandes y trascendentales reformas en los ferro-carriles, no solo en el ancho de la vía, sino en su material fijo y móvil, y en sus trazados, ateniéndose en éstos, más al bien público y general, que al particular de los poderosos, ricos y grandes potentados industriales, comerciales, banqueros ó manufactureros.

Es, pues, cierto, que los contrarios, para formar

la vía estrecha, en la hipótesis dada á conocer antes, sacan de la ancha un trozo de una milla de largo y de 1 pié 2 1/2 pulgadas de ancho; pero olvidan que con nuestra vía estrecha se puede reducir material y proporcionadamente la altura de los terraplenes y la hondura de los desmontes; no tienen tampoco en cuenta las obras hechas á media ladera, y no es cierto que los taludes ó sus inclinaciones sean las mismas en una vía que en otra, pues serán menores en la vía estrecha; si las pendientes fuesen las mismas, lo que no podemos conceder, pues para un trazado económico hay, deben buscarse y pueden hallarse siempre pendientes más suaves que para uno de lujo como los actuales, y como tampoco concedemos que sea solo 2 pies la diferencia en el ancho de la superficie de la vía, según suponen los adversarios nuestros; aun dado caso que esas suposiciones que hacen fuesen verdaderas, que no lo son, por la sencilla razón de que una milla normal de vía estrecha, proyectada como es debido y no como lo hacen los adversarios, y dispuesta para la obra de explanación, no es lo mismo que una milla normal de vía ancha de lujo con un trozo sacado del centro; aun dado ese caso, decimos, que la economía será mayor que el 16 por 100 del prisma, porque la vía económica no requiere tanta elevación por cima de la superficie del suelo natural como la que es indispensable en los perfiles de las vías de lujo; de aquí el que sean más bajos los terraplenes, menos hondas las trincheras, cortaduras ó desmontes y el que dé por resultado además una gran reducción en el ancho de la superficie de la vía en las pendientes y en los taludes, porque los pesos en movimiento son menores, exigen menos área para su sostenimiento, y como con locomotoras tan poderosas ó más como las mejores que se usan en los ferro-carriles de ancha vía ó de lujo, podremos arrastrar, dado un material construido más económica é inteligentemente que el actual, cargas que se aproximarán mucho más á la máxima que se puede llevar en un tren, no exige el perfil económico de una vía férrea como lo exige el ancho y lujoso, ni declives tan fuertes ni curvas tan inmensas en terrenos accidentados si se ha de viajar con seguridad y gran velocidad; y esa reducción de declives y curvas disminuye el coste de las grandes y poderosas obras de fábrica, cuasi siempre se evitan los túneles, y donde son absolutamente necesarios el trabajo de hacerlos es menor, por lo que, dicho sea de paso, ahorra en lo sucesivo la tarea de las máquinas perforadoras, y disminuirá también el coste de los grandes puentes, de viaductos, muros de sostenimiento, etc., siendo natural que todas estas ventajas en favor de la vía estrecha se manifiesten mucho menos cuando el terreno es llano que cuando es pendiente, atribuyendo á todas esas obras incluidas en ese grupo el general Buell una economía de 23 por 100 sobre el coste de la vía ancha, lo cual no debe ser excesivo para los señores nuestros contrarios, puesto que ellos mismos, sin contar algunos elementos, nos conceden el 16 por 100 ya, y si quieren suponer que es poco mayor el coste de la vía ancha que el de la estrecha, sólo lo podrán lograr con una vía ancha pobrísimamente construida, que para conservarla bien les costará más dinero que lo que se han ahorrado en gastos de construcción, siendo además ineficaz, mientras que la vía estrecha barata prestará mejores y más eficaces resultados y más provechosos servicios para el tráfico que la mejor vía ancha que pudiera trazarse.

Demostremos que esa diferencia de 30 y 45 por 100 del coste de la vía estrecha, ó 23 por 100 de el de la vía ancha para las obras hasta el nivel de la explanación, no es una exageración y está conforme con la experiencia de la construcción de los ferro-carriles de vía estrecha.

Citaré en primer lugar el sistema noruego como construcción de vías estrechas de ferro-carriles, introducido por primera vez en 1861 por M. Carl Pihl, ingeniero de aquel Gobierno, mejor dicho en 1870, aunque debemos confesar que los primeros ferro-carriles se empezaron á construir en 1854 por M. Robert Stephenson, con ancho de 4 pies 8 1/2 pulgadas, y un coste de cerca de 13.000 libras esterlinas por milla, cuyo tráfico no cubría el desembolso, y Noruega se halló como se halla hoy España entre tener ferro-carriles baratos ó no tenerlos. M. Pihl pudo reducir el coste á 6.500 libras por milla, incluidas las estaciones y material móvil, pero no los talleres, demostrando así que son posibles las vías férreas estrechas en países pobres, de poco tráfico y largas distancias, y haciendo estudios mayores adoptó el ancho de 3 pies 6 pulgadas, logrando aún construir ferro-carriles á 3.142 libras esterlinas por milla para una vía, á 5.300 para otra, y para una tercera á 4.600, incluyendo los talleres, en país accidentado, terrenos de rocas, algunas obras de más de 70 pies de altura y de gran extensión, con curvas de radio corto.

Sigamos citando las deducciones de dicho señor Pihl relativas á la diferencia de coste absoluta que existe entre ambos sistemas. Así, por ejemplo, halla este que la diferencia media en altura de terraplen y desmonte con el ancho de 4 pies 8 1/2 pulgadas, comparado con el de 3 pies 6 pulgadas, está en la proporción de 13 á 10; y tomando un terraplen de 50 pies de altura con declives de 1 por 1, la cantidad de obra en los dos sistemas está en la proporción de 7 á 4 y no en la de 32 á 31 próximamente, como afirman los contrarios en un caso análogo. Pero es indudable que el general Buell ha tenido en cuenta los declives de mayores proporcio-

nes que 1 por 1, en cuyo caso la diferencia sería menor que en el ejemplo tomado. Podrá ser hoy bastante, no 12 pies 6 pulgadas para la superficie de la vía que tomó M. Pihl y que es excesiva para los ferro-carriles estrechos, sino 10 pies 6 pulgadas (tres veces el ancho de la vía) que según M. John Fowler, ingeniero al servicio del Gobierno de la India, y según M. Farlie creen ser suficiente, pero de esto á asegurar como quieren los contrarios que reconozcamos nosotros, el que es suficiente el ancho de 12 pies para el ancho de la superficie de la vía ancha, hay alguna diferencia que no podemos admitir, pues creemos que ese ancho no puede ser menor de tres veces el ancho de la vía de 4 pies 8 1/2 pulgadas, ó sean 14 pies; y si no quisiéramos construir una vía de ese ancho en los carriles y 12 pies para toda la superficie, y verán los adversarios que gastarán más dinero en conservarla que lo que economizarían en el coste de ella. Tenemos, pues, un ancho de 14 pies comparado con el nuestro de 10 pies 6 pulgadas; y una altura media de terraplen de 13 pies comparada con otra de 10 pies: imaginemos que los declives sean de 1 y 1/2 por 1, se tendrá que el área de tales terraplenes, como los mencionados más arriba, será de 435 pies y 235 pies, mientras que el terraplen con 12 pies de anchura sólo contendría 409 pies.

Luego el área del terraplen de 3 pies 6 pulgadas, no contendría más que un 58,6 por 100 menos de la del de 4 pies 8 1/2 pulgadas, ó un 62 por 100 de la del terraplen de 12 pies de ancho de superficie de vía, el cual contendría 94 por 100 del terraplen proyectado, como es debido, para la vía ancha; y aun suponiendo que las obras de fábrica de la vía no tengan más que una altura media igual á 4 pies por término medio en la ancha, y de 3 pies en la estrecha, tendremos siempre una diferencia de 44 por 100 en favor de los ferro-carriles de vía estrecha. Lo propio sucederá con los desmontes que se hacen en éstos, porque no exigiendo la vía estrecha una elevación tan grande sobre el terreno natural, no deben ser tan anchas las cunetas, y el área de estos desmontes será por lo menos de un 44 á un 58 por 100 menor que la de los de vía ancha; no olvidando que en los cortes, trincheras, ó desmontes en roca granítica ú otras y en túneles de esta naturaleza, la diferencia es menor naturalmente, porque se puede y se debe reducir de un modo considerable el ancho de la superficie de la vía.

Disminuida la altura de desmontes y terraplenes, se economizaría también en el material que entre á formar los muros de contención, de revestimiento, y en los puentes y viaductos cuya altura sería menor también, y como la economía verdadera de las obras dependería en más ó en menos de la topografía del país, afectando además la disminución en la anchura de la vía al peso total de toda ella, que sería mucho menor que el peso de la vía ancha, resultará que por este lado obtendremos también una disminución de 25 por 100 en el ancho de todas las obras de fábrica, las cuales podrán tener estribos más ligeros, que tendrán que hacer menos fuerza ó resistir mejor, porque disminuiría con el ancho de la vía el peso de la carga total en movimiento por metro recorrido, pues admitimos accidentalmente, y solo en el caso de que los terraplenes y viaductos sean muy largos, la suposición de nuestros contrarios de que no se debe reducir el ancho de la vía por causa de que la estabilidad lateral disminuye también; pero en todos los demás casos, se hallan de pie para refutar las aseveraciones de los contrarios nuestros, no pocos viaductos, terraplenes, puentes y túneles, etc., de los ferro-carriles, con vías estrechas en Noruega, en el Canadá, en Suecia, en Rio-Grande y Denver, en el Colorado á Méjico, en Rusia, etc., y de 30, 40 y hasta 60 ó 70 pies de altura. Creo, sin embargo, que podremos permitirnos, para los adversarios nuestros, el citar aquí la opinión respetable de M. John Fowler al aconsejar al Gobierno de la India que adoptase el ancho de 3 pies 6 pulgadas, cuando en esta cuestión de los puentes en esas dos clases de vías ancha y estrecha, evaluó dicho señor en un 10 por 100 la economía en el coste de la construcción comparado con el de los puentes necesarios para una vía de 4 pies 8 1/2 pulgadas, y M. John Hawkshaw, otro ingeniero inglés, aunque opuesto al sistema de vía estrecha, calculó en una Memoria suya, que esa economía en solo los puentes asciende al 15 y puede llegar al 20 por 100; y lo que sobran son hechos en apoyo de esta ó de la otra particularidad referente á la economía en la construcción de las vías estrechas, basadas sobre datos auténticos, efectivos, reales y positivos de una vía dada en presupuestos calculados con rigorosa severidad y suma minuciosidad, pues buscando argumentos para convencer á los contrarios, estampamos aquí otra cita de otra eminencia constructora inglesa, en materia de vías de comunicación, la cual es la de M. Ch. Douglas Fox, en la que dice:

«La diferencia de coste entre los dos anchos, radica principalmente en las obras de explanación, puentes, muros de sostenimiento, balasto, traviesas, y en la primera se puede realizar sobre todo una gran economía, merced al empleo de curvas más rápidas que las que fuera prudente emplear en vías más anchas; como lo he ejecutado en el ferro-carril de Toronto, Grey y Bruce del Canadá, que tiene un ancho de 3 pies 6 pulgadas.»

P. C. CALVO Y MARTIN.
Ingeniero civil.

(Se continuará.)

ITALIA: LORENZO DE MÉDICIS.

La *Representazione* es el nombre genérico bajo el cual se pueden comprender las producciones italianas semejantes á lo que en Francia se llamaban *Misterios* y en España *Autos sacramentales*.

A los comienzos del siglo XIV aún conservaba un carácter litúrgico; pero pronto predominó el elemento profano, y aun satírico, desde mediados del siglo XV, por más que la elección de los asuntos permaneciera todavía siendo sagrada en la forma, porque en el fondo era el espíritu y las costumbres de la historia contemporánea las que se reflejaban en el traje, más que trasparente, de los nombres y de los lugares de la historia santa.

En aquellos espectáculos populares, aparecían ya, apenas disfrazadas, todas las clases de la sociedad italiana, las huellas visibles de los sucesos contemporáneos, y nada ménos que los grandes nombres de Lorenzo el Magnífico y de Jerónimo Savonarola.

Eran los ensayos tímidos de la comedia política.

La larga lucha entre el papado y el imperio, entre los Gúelfos y los Gibelinos, impidió á la Italia de la Edad Media llegar á la paz y á la unidad.

Las repúblicas que se establecieron, por la ambición de los hombres políticos y de las discordias que se suscitaban en el seno de aquellos Estados republicanos, que no estaban unidos por principios de solidaridad y de un interés común ante un enemigo común, prolongaron durante más de un siglo todavía, los desórdenes y los sufrimientos que después de tan largo tiempo desgarraban la Italia.

Todas las principales ciudades fueron el teatro de divisiones funestas y de luchas fratricidas, Venecia como Nápoles, Milán como Florencia, y los audaces *condottieri* lograron establecer la tiranía casi en toda Italia, por no haber sabido aprovecharse los Gobiernos populares de las favorables circunstancias en que se encontraron, libres del poderoso enemigo de su reposo y de su unidad, después que las pretensiones imperiales perecieron para siempre sepultadas en la tumba de Enrique VII, y que fué trasladada á Aviñón la Santa Sede.

La tiranía revistió diversos caracteres en la infortunada Italia.

Florencia, patria del Dante, elevada á una alta cultura intelectual, estableció una Constitución aristocrática, y sus revoluciones al fin del siglo XIII, sustituyeron al reinado de la nobleza el de la clase media.

Los Médicis habían adquirido una inmensa fortuna y lograron apoderarse del poder público; pero el grande hombre de esta familia fué, sin duda, Lorenzo el Magnífico, que, iniciado por su padre en los secretos de la política, fué asociado muy jóven al Gobierno, y le ejerció solo á la edad de veinte y dos años, á la muerte de su padre, en el año 1470.

Hijo de una mujer distinguida, Lucrecia Tornabuena, dotada de una instrucción superior y de un talento poético que era admirado en la Italia del Renacimiento, Lorenzo tuvo por primer maestro á Gentilis, prelado, sincero creyente, que inspiró á su discípulo el ideal religioso que resplandecía después en todos sus actos y en todas sus obras.

El ilustre Landino, y el peripatético Argyropulo, le instruyeron en la literatura griega y latina; al mismo tiempo él desarrollaba sus ventajas corporales, sobresaliendo en la lucha, en la natación, en la caza y en el torneo, que fueron sus ejercicios favoritos.

Aunque era feo de rostro, el fuego de su mirada y de su elocuencia fascinaban á los ciudadanos, que podían aproximarse á su persona, que fué accesible siempre para todos los que solicitaban sus favores.

Merced á la superioridad de su espíritu, de su carácter afable y liberal, restableció la calma en el interior, turbada por la desmaña de su padre, que había provocado la conspiración de los Pitti.

Florencia se veía amenazada de una liga casi de todos los Estados de Italia; su ruina era cierta si se lanzaba en la lucha, á ménos que no aceptase el auxilio del extranjero, de Luis XI que se lo ofrecía. Lorenzo le rechazó con dignidad: «Yo no sé todavía, respondió él, preferir mi interés al peligro de la Italia entera. No quiera Dios que los reyes de Francia piensen en ensayar sus fuerzas en este país, lo que sería la ruina de Italia.»

El tuvo la audacia de ir al campo de su más peligroso enemigo, exponiendo su libertad por salvar la independencia de su patria, y tuvo la fortuna de disuadirle de sus designios amenazadores.

Consagró su inteligencia sobre todo á establecer el equilibrio de Italia, ya que las rivalidades recíprocas impedían fundar la unidad.

Este equilibrio exigía un tacto delicado, una vigilancia incesante y una firmeza mezclada de cierta flexibilidad de mano del que tenía la balanza, y Lorenzo logró ser el árbitro supremo de los destinos de Italia, y durante los diez últimos años de su reinado ninguna guerra desoló la Península.

El se encontraba al frente de una casa de comercio que se parecía mucho á la situación financiera que ocupa hoy en Europa la casa de Rothschild, y no desatendió los negocios interiores y los suyos propios, porque al extender las

relaciones comerciales, interesó en toda clase de empresas á un número de hombres que siempre fué en aumento, adquirió una grande propiedad territorial para dar á su familia bases más sólidas de un poder que habiendo faltado á su abuelo, en vano estalló la conspiración de los Pazzi, que pudo reprimir con una crueldad excesiva en los primeros momentos, aunque más tarde hizo alarde de una tolerancia absoluta de las opiniones legalmente emitidas, y si no consiguió extinguir todos los odios, al ménos pudo dominar todas las resistencias.

Lorenzo no desdeñó las más humildes clases de la sociedad, así como las más elevadas, en su deseo de extender la civilización de su país. Dedicado al culto de las letras y de las ciencias, y á la educación intelectual del pueblo; hombre de acción, espíritu práctico en la vida, al mismo tiempo amante del placer, sábio y guerrero, diplomático y comerciante, era también idealista en sus aspiraciones y poeta melancólico.

Abandonó el peripatetismo, que le había enseñado Argyropulos, por el idealismo y los sueños poéticos de Platon; comunicó una vida nueva á la Academia platónica fundada por Cosme, en la que se reunieron á aquel grande hombre de Estado los nombres inmortales de Marsilio, Ficini, Pico de la Mirandola, Angel Politien, para hablar de los problemas eternos del género humano, emancipándole de los lazos del escolasticismo, abriendo nuevos horizontes al pensamiento humano, superior á los instintos materiales.

Lorenzo prodigó sumas inmensas para adquirir los manuscritos de la antigüedad, acumulados en aquella biblioteca, rica de tantos tesoros, y de los títulos de nobleza del género humano.

Protector inteligente de las letras y de las artes, reunió todas las estatuas, todos los restos de la antigüedad, que hemos admirado todavía en la galería de los oficios, y se puede decir, sin exageración, que despertó así el génio del jóven Miguel Angel, para dirigirle desde luego hácia los modelos inmortales de la escultura clásica.

Parece que Lorenzo fué poeta, y segun el juicio de la crítica, sin ser bastante original su concepción poética, ni bastante poderosa y perfecta la composición de sus obras, resalta en ellas la unión de la más encantadora sencillez con la más exquisita elegancia, y su inspiración sin elevarse á las nubes, la caracterizaba una naturalidad popular que no degeneró en vulgaridad, y que se encuentra hasta en su poesía el sello fundamental de su política, educar al pueblo, confiar la dirección de los negocios á los espíritus más cultos, rejuvenecer, vigorizar sin cesar la acción como el arte en la atmósfera popular, en la opinión, en la publicidad, en la inspiración nacional.

Removiendo todos los géneros poéticos, no se proponía solamente un fin literario, sino un fin político, ó más bien social.

El quería ejercer su influencia sobre el pueblo, divertirle é instruirle, pulir sus costumbres, ofrecerle espectáculos y placeres, que no solo excitasen su imaginación, sino que le hicieran pensar; así se mezclaba con sus hijos en las mascaradas, en las cabalgatas, en los espectáculos públicos que organizaba con extraordinario gusto artístico, y al mismo tiempo se esmeraba en atender con prodigalidad al clero, para que las procesiones, las fiestas de la Iglesia, las representaciones sagradas se ejecutasen con toda la pompa y toda la solemnidad, que las imaginaciones meridionales demandan á todas las manifestaciones exteriores de la religión.

De igual manera por sus colecciones, sus galerías de pintura y de escultura, sus bibliotecas, sus reuniones académicas, obraba sobre los espíritus distinguidos y sobre las altas clases sociales para ennoblecer las costumbres.

Se ha hablado mucho de sus *canti cornasvialeschi* para acusarle de inmoralidad, sin atender á que Lorenzo pertenecía á su tiempo, que no era muy escrupuloso en materias de salud moral, sin embargo de que su génio supo tocar más de una cuerda, y que la flexibilidad de su talento se presentaba á poner de relieve todos los contrastes de luz y de sombra, y escribió tambien los *lundi spirituali*, que sus admiradores aseveran que pertenecen á lo que la poesía sagrada de todos los pueblos ha producido de más puro y de más elevado.

Tambien aluden sus panegiristas á una sátira, que califican de encantadora contra la embriaguez de sus Florentinos, á los *Beoni*, viaje poético que evoca el recuerdo del infierno del Dante, á un poema didáctico, la *Alteratione*, que elevaron á la cumbre del idealismo más puro, en el cual discute con un campesino, y con su amigo el platónico Marsilio Ficini sobre la verdadera felicidad, sátira y poema inspirados por la realidad á imitación de los antiguos, sin exagerarla, al parecer; penetrado de su espíritu, él no elegía asuntos tomados de la antigüedad, sino contemporáneos, que reve-tía con el traje de los antiguos.

Experimentaba la necesidad de ir de tiempo en tiempo á reposar del tumulto de los negocios en el campo, y en el Ambrá, pequeña isla en medio de la Ombrónia, su retiro favorito. «Cuando mi alma está turbada, escribí un día en una carta á Marsilio Ficini, por el tumulto de los negocios públicos, cuando mis oídos están aturridos por los gritos de los ciudadanos agitados, ¿cómo podría yo soportar tantas fatigas, si no encontrase en la ciencia el medio de calmar mi alma?»

Se cita un bello idilio, la *Nencia de Barberino*, que relata amores campestres con un vigoroso

realismo, en la inimitable alegoría de su querida Ambrá, en que el torrente desbordado le arrebató la pintoresca ermita, la compara á una ninfa adorada robada á un amante por el dios del río.

Lo que resalta de más personal en su obra poética, son sus sonetos á Lucrecia de Donati: los sábios nos han revelado que Lorenzo la amó á los veinte años.

Il tempo é l' non convien chio canti;
Ché dove si bel sole é sempre giorno,
E paradiso ov'è si bella donna.

Su teoría platónica sobre el amor, consistía en desear lo bello (*appetito di bellezza*) y rechazar lo feo. Lorenzo de Médicis se defendió contra los que le acusaban de perder su tiempo en componer y comentar las pasiones amorosas que no eran dignas ni de las fatigas, ni del tiempo de un hombre que tenía tantas ocupaciones.

M. K. Hillebrand, juzga muy favorablemente sus sonetos; pero, sobre todo, la comedia popular la *Reppresentazione* política, la obra más importante del grande hombre de Estado, por ser la que mostraba mejor de qué manera entendió á la vez distraer é instruir al pueblo florentino, y quedar fiel á las tradiciones populares, aun evocando los recuerdos de la antigüedad; porque su génio, inspirado por el sentimiento nacional y religioso, quiso elevar á sus compatriotas á las concepciones más altas y las más puras del arte de gobernar á los hombres.

En los últimos años de su vida, parece que compuso la *Rappresentazione di San Giovanni e Paolo*, que se puso en escena con motivo del enlace de su hija Magdalena con Franceschetto Cibo, el hijo de Inocente VIII. Los hijos de Lorenzo, los hermanos de la novia, ó recién casada, que pertenecían á la compañía de San Juan, que era una *troupe* de aficionados, tomaron parte en aquella pieza dramática, ó misterio religioso; eran adolescentes de trece á diez y seis años.

Lorenzo de Médicis prodigó sus riquezas para solemnizar el casamiento de su hija, sorprendiendo la imaginación de los espectadores por el lujo y la suntuosidad de las decoraciones y de los trajes. La obra se prestaba singularmente al esplendor escénico.

El poeta florentino hizo una historia dialogada del establecimiento del cristianismo. La conversión por las armas, por medida política, por persuasión, se encontraron reunidos en este extraño misterio.

El padre de Leon X no se proponía otra idea que la de presentar á sus hijos y á su pueblo una serie de cuadros vivos, una serie de consejos y de enseñanzas puestos en escena y en acción.

Abdicaciones, dos batallas en la escena misma, coronación de emperadores, Constancia curada de la lepra escitando la alegría de sus hijos, las palabras tiernas é inquietas que ella dirigía á sus hijos, los recuerdos melancólicos de Juliano el Apóstata sobre la grandeza pasada de Roma, y la grandeza de alma de Galicano sometiéndose á las órdenes de su emperador, eran, segun la opinión de M. R. Hillebrand, bellezas poéticas de primer orden, de inspiración y de estilo. El ilustrado crítico ha analizado la pieza y traducido los pasajes más notables.

Pone de relieve los preceptos políticos, las alusiones al estado de Florencia, y á la situación de la familia de los Médicis, á pesar de la época en que se presumía la acción.

El autor pensaba en los peligros de una división de poder entre sus hijos, cuando hizo decir á Constantino el jóven: «*Nuestro padre quiere que uno solo le suceda en el gobierno, porque si éste no fuera concentrado en las manos de uno solo, no habría más unidad, lo que con frecuencia es ocasión de desgracias para un Estado.*»

El secretario de la república de Florencia, Maquiavelo, parece hablar, cuando Juliano declara que «aquel que gobierna un imperio y lleva una corona sobre la cabeza, sin ser rodeado de respeto, es como si no reinase, porque no es como un personaje privado: el verdadero soberano representa el todo. No es soberano aquel que renuncia á los cuidados para abandonarse al placer y acumular riquezas, es el pueblo entero quien sufre estas acumulaciones, esta oscuridad; si tiene grandes rentas, éstas le son dadas para gastarlas con liberalidad y con discernimiento; si el trigo es caro, que intervenga á fin de que el pueblo no muera de hambre. La soberanía, la fortuna del Estado, no es de modo alguno suya, pertenece al pueblo entero; aunque todo parece pertenecer al jefe; él no es ni el poseedor, ni aun el usufructuario, sino en realidad, el dispensador de tantas fatigas; él no debe obtener otro fruto que el honor; el honor, que hace parecer vil todo lo demás; el honor, que es el precio más bello para una alma elevada y noble (*a core alto é gentile*). El estímulo del honor me impulsa siempre, la llama de la gloria es siempre ardiente, ella es la que da espuelas al caballo que corre ya, y que me hace intentar una nueva y grande empresa.»

El autor puso muchas sentencias políticas en la boca de Galicano, del rey de los Dacios; de tantos personajes y las que prestó á Constantino mismo, fueron sin contradicción las que hirieron más; la escena de la abdicación del viejo emperador, era evidentemente el alma de toda la obra y contenía el pensamiento íntimo de Lorenzo de Médicis.

M. K. Hillebrand las tradujo en estos térmi-

nos: «Saber que aquel que quiere gobernar un pueblo, debe pensar en el interés general, y aquel que quiere corregir las faltas de otro, debe desde luego no obrar mal, porque el ejemplo es de una gran influencia sobre el pueblo, y lo que hace el soberano, el gran número lo imita pronto, por que es sobre el soberano donde todas las miradas están fijadas,—que no piense en su interés y en su placer personal, sino en el bien universal y de cada uno; es preciso que tenga los ojos abiertos, porque los otros duermen con los ojos de uno solo, y que se vea que él tiene bien la balanza de la justicia, que está tan distante de la avaricia, como de la prodigalidad,—el dueño debe ser el servidor de los servidores, etc.»

Estos fueron los principios generosos y elevados que guiaron á Lorenzo durante todo su reinado, y estas palabras parecen ser su testamento político, porque dos años apenas habían transcurrido después de la representación de *San Juan y Pablo*, cuando la muerte lanzó en la tumba de toda la fuerza de su edad, á este héroe de la clase media—es el nombre que le dá Goethe—y puso un término á esta bella y risueña página de la historia florentina.

La muerte prematura de Lorenzo fué seguida pronto del fin más precoz todavía del joven Pico de la Mirandola, de sus amigos Angel Pilotien, Masillo Focin, de Esmolao Bárbaro y de Bojardo; fué como la campana fúnebre de la encantadora primavera del Renacimiento, á la que sucedió la edad pedante de la fría imitación y la época dolorosa de la opresión clerical y de la dominación extranjera.

Y añade M. Hillebrand: se diría que el gran iniciador presentía la brevedad de su propia vida, el fin simultáneo de esta bella adolescencia de la historia moderna, cuando cantaba estos alegres versos de carnaval que el pueblo toscano repite todavía sin comprender su espíritu melancólico:

«Quant é bella giovinezza
Che si fugge tuttavia,
Chi vuol esser lieto, sia;
Di deman non é certezza.»

EUSEBIO ASQUERINO.

LOS SERVIDORES DE LA DEMOCRACIA

BARRERE

I

Entre los retratos más admirados del gran pintor David, debe mencionarse el soberbio cuadro que representa á Barrere en la tribuna de la Convención nacional, en el momento en que pronuncia el célebre discurso que hizo condenar á muerte á Luis XVI. A propósito de este retrato, de un vigor singular, han pretendido ciertos críticos que el pintor David había tenido la intención de representar á Barrere con el tipo del perfecto retórico, añadiendo: «Ese demagogo sospechoso es el que pronunció las odiosas palabras: ¡Únicamente los muertos no vuelven jamás! ¡Ello es, que excitó sucesivamente á los triunfadores del momento á represalias sangrientas, á implacables crueldades!»

Antes de aceptar estas acusaciones contra Barrere, es conveniente analizarlas á sangre fría. Después de examinadas será fácil demostrar que Barrere vale más que su reputación, y que merece (á pesar de sus errores de conducta y de palabra) ser clasificado entre los hombres que han prestado servicios á la causa democrática. Esta es la opinión de un juez imparcial, de nuestro eminente maestro y amigo Carnot. Para nosotros, esta opinión es de más peso que las diatribas del inglés Macaulay contra Barrere.

II

Barrere es un meridional. Nació en Tarbes en 1755, y muy joven aún se hizo notar como abogado, por su brillante facilidad. Se distinguió, sobre todo, por el liberalismo de sus sentimientos y el generoso ardor de sus ideas, por cuyos motivos fué enviado como diputado á la Asamblea constituyente en 1789. Su papel en aquella gloriosa Asamblea fué modesto. Barrere aborció raras veces la tribuna, pero en cambio se manifestó como periodista activo y militante. Se le debe la publicación de un diario, hoy día muy buscado, titulado *La Alborada*.

El diputado por Tarbes no llegó á ser realmente célebre hasta el momento de la Convención y con motivo del proceso de Luis XVI. Barrere fué el encargado de dirigir los debates de aquella memorable causa, y cumplió aquella difícil misión con incontestable dignidad, puesto que aun los mismos defensores de Luis XVI prestaron homenaje á la cortesía del presidente Barrere. No obstante, votó la pena de muerte contra el rey. «La ley pronuncia la muerte contra los tiranos,—exclamó Barrere con el énfasis de aquel tiempo;—yo no soy más que el órgano de la ley.»

En otra circunstancia más trágica aún fué designado Barrere por la Convención para hablar al pueblo en nombre de la idea republicana; era el momento de la coalición de los reyes contra la Francia. El territorio estaba invadido por el extranjero, la guerra civil acababa de estallar en el Mediodía y en el Oeste, y sólo un heroico esfuerzo podía salvar el país. La Convención nacional decretó que la patria estaba en peligro, y Barrere

redactó, por orden del comité de Salvación pública, esta magnífica proclama:

«La libertad se ha hecho acreedora de todos los ciudadanos; los unos le deben su industria, los otros su fortuna; éstos sus consejos, aquéllos su brazo; todos la deben su sangre. Así, pues, todos los franceses, sea cual fuere su sexo y edad, son llamados por la patria á defender la libertad. Todas las facultades físicas y morales, todos los medios políticos ó industriales le pertenecen; todos los metales, todos los elementos son sus tributarios. Que cada cual ocupe su puesto de combate en el movimiento nacional y militar que se prepara...»

Este llamamiento á las armas, especie de maravillosa en prosa, terminaba con esta frase memorable: «La república no es más que una gran ciudad sitiada; es preciso que Francia no sea más que un vasto campamento.»

Este altivo lenguaje arrastró á la nación. Los voluntarios acudieron en su socorro, y su valor y su abnegación nos salvaron entonces de la guerra extranjera y de la guerra civil. Barrere contribuyó poderosamente con su elocuencia á este resultado, y este hecho sólo sería suficiente para honrar su vida é ilustrar su memoria.

III

Merece igualmente que se rinda tributo á su valerosa actitud en el 9 Thermidor. Ya se sabe que Barrere contribuyó enérgicamente á la caída de Robespierre. Juzgaba bien al hombre que arrastraba la Francia á su perdición, confiscándola todas las libertades. «Si Robespierre, escribía, no hubiera venido á comprometer nuestra obra con su insaciable ambición y sus venganzas de amor propio herido, la república hubiera conquistado toda la Europa.»

¿No se hacía ilusiones Barrere al hablar así? En todo caso, la caída de Robespierre no impidió la caída de la república.

Las desgracias de la revolución, las causas principales de su aborto fueron las rivalidades de los partidos y los odios de personas. Se ven sucesivamente á los girondinos víctimas de los montañeses, á los partidarios de Danton aplastados por los amigos de Saint-Just, de Robespierre y de Couthon, y á estos últimos enviados al cadalso por la coalición thermidoriana, de la que formaba parte Barrere.

El triunfo de los coligados del 9 Thermidor fué de corta duración; se indispusieron unos con otros y se denunciaron recíprocamente como malos ciudadanos y traidores á la patria. Barrere, que se había hecho sospechoso para sus antiguos cómplices, fué preso y condenado después á destierro. Tuvo que soportar durante largos años la prisión, los sufrimientos más horribles y las injurias más atroces.

Cuando estaba preso, y por consecuencia, en la imposibilidad de defenderse, se publicaron contra él abominables folletos. El antiguo convencional soportó valerosamente las tristezas de su destino. «Pueden hacerme sufrir, escribía á uno de sus parientes, pueden ultrajarme, pueden condenarme á muerte; una cosa hay que no podrán hacer jamás, y es impedirme que ame á mi país y crea en el triunfo final de la revolución.»

Volviendo después sobre su pasado, habla Barrere en la misma carta de la obra llevada á cabo por el Comité de Salvación pública. Esta fué, según él, una obra de gigantes. Algunos personajes, desconocidos la víspera, improvisados hombres de gobierno por la inspiración revolucionaria, crearon ejércitos, inventaron generales, triunfaron de las dificultades financieras, salvaron todos los obstáculos y dominaron todos los peligros. Barrere hacia justamente notar el desinterés de sus colegas del Comité de Salvación pública: «Dos ciudadanos, entre otros, decía, Prieur y Carnot, han tenido una influencia inmensa sobre los destinos de la Francia libre. Han ejercido el más absoluto poder discrecional que hayan conseguido jamás los ministros y los reyes, y no obstante, cada cual de ellos ha permanecido en su puesto y con su grado, sin que ninguno de ellos haya pensado en hacer su fortuna militar. Mientras el poder estuvo en sus manos, los que pertenecían al ejército no usaron siquiera del derecho de ascenso por antigüedad.»

Lo que Barrere decía de Prieur y de Carnot, puede también decirse de él mismo. Barrere gastó su patrimonio y todos sus recursos personales en servicio de la patria y de la república, y ante su tumba pudieron pronunciarse estas palabras, que ratificará la posteridad: «Ciudadanos y franceses, seamos agradecidos con el hombre que, en unión de ilustres amigos, defendió la independencia de la patria, y fundó la libertad al precio de su reposo y de su fama.»

MONTESQUIEU.

La fecha del nacimiento de Montesquieu merece retenerse en la memoria. Nació en el castillo de la Brede, cerca de Burdeos, en 1689, un siglo justo antes de la revolución francesa. Su familia era de la sangre azul, y Montesquieu, á pesar de su talento, daba cierta importancia á las cuestiones de descendencia. «Acabo de hacer, escribió un día, una cosa bastante necia; he compuesto mi genealogía.» Pero declara, con franqueza, que esta cosa, que califica de necia, le había entretenido agradablemente. Podía haber agregado, pues con

franqueza hablaba, que los Montesquieu, ante la posteridad, solo datan desde él.

Destinado á figurar en el Parlamento, estudió Montesquieu, desde muy joven, la jurisprudencia; pero como sus comienzos fueron nada más que medianos, prefirió consagrarse á la literatura y á la política. Publicó en 1721 las *Cartas persas*, su primer libro, que es una obra maestra de estilo y de humor, llena de justas y delicadas apreciaciones del estado social de Montesquieu no salva á nadie: ataca á los ministros, á la corte, á los hacendistas y al clero. Así el público francés, siempre aficionado á la crítica, acogió con entusiasmo las *Cartas persas*, cuya primera edición se agotó en pocas semanas. Los libreros, alentados con este éxito, en cuanto veían un literato le preguntaban si les haría la continuación de las *Cartas persas*; más para escribirlas era preciso ser el mismo Montesquieu. Las escribió, en efecto; pero con un estilo y bajo un título más graves: *El espíritu de las leyes*.

El espíritu de las leyes es la obra capital de Montesquieu, que empleó veinte años en componerla. Para conseguir su objeto no economizó esfuerzos, ni fatigas, registrando las bibliotecas más célebres y recorriendo la Europa entera. Este libro, tan profundo y tan erudito, es al propio tiempo de lectura muy agradable; y hablando de él, decía madame de Deffaud que era el ingenio en las leyes. «*C'est de l'esprit sur les lois.*» Nadie lo negará. Lo formal no excluye lo ingenioso, y en Francia como en todas partes, la erudición puede marchar unida con la gracia.

Voltaire habla con más justicia que madame Deffaud del *Espíritu de las leyes*, y en su magnífico estilo decía: «El género humano había perdido sus títulos; Montesquieu los encontró y se los devolvió.» Sus apreciaciones acerca de *El espíritu de las leyes* no tienen nada de exagerado. Montesquieu trazó clara y admirablemente los derechos del hombre bajo todas las clases de Gobiernos, dividiendo á éstos en tres categorías: el Gobierno despótico, el Gobierno monárquico y el Gobierno republicano.

Fiel á su método de traducir su pensamiento por anécdotas, así describe Montesquieu el Gobierno despótico: «Cuando los salvajes de Luisiana quieren probar el fruto de un árbol, le cortan de raíz. Hé aquí la imagen del despotismo.» En otro párrafo se sirve de otra anécdota para expresar la misma idea: «Carlos XII, cuenta, descontento de las decisiones que el Parlamento resolvió en su ausencia, escribió que en adelante enviaría una de sus botas para que presidiera las sesiones.»

En dos rasgos muy bien dibujados marcó Montesquieu en *El espíritu de las leyes* la diferencia que existe entre el gobierno monárquico y el gobierno republicano. Según él, se funda el primero en el honor, el segundo en la virtud. El honor implica ideas convencionales, que pueden ser justas ó falsas. La virtud es un sentimiento natural. El fausto y el lujo se hacen fatalmente puntos de honor de ciertas monarquías. La austeridad, por el contrario, se impone como regla y deber de las repúblicas.

No se limita Montesquieu, en su hermoso libro, á dar la definición de los gobiernos que se han sucedido en la historia y de los que existían en su tiempo; busca también cuál ha sido, ó cuáles, sus razones de ser, y cree hallarlas en la diferencia de climas. Teoría ingeniosa, pero inadmisibles, que permitiría á los esclavistas del Sur justificar por consideraciones de canícula la trata de negros. Felizmente la paradoja de Montesquieu no impidió que se decidiera en favor de la libertad política, ni de defender la teoría de la tolerancia religiosa. En las *Cartas persas* y en *El espíritu de las leyes*, el gran escritor examinó la causa de los jansenistas perseguidos y de los protestantes desterrados, sublevándose igualmente, con una elocuencia indignada contra los abusos y la crueldad de la justicia de su época. Los tormentos empleados entonces con tanta frecuencia contra los acusados, le tuvieron por adversario constante. Deseaba que se tratase á los acusados y á los mismos criminales como hombres, y que las penas legales fuesen una represión, no una venganza. Merecieron sus esfuerzos los más cumplidos elogios de los juriscónsultos y de los filántropos, habiendo sido Montesquieu en este punto el precursor y el maestro del gran Beccaria.

Dos particularidades merecen notarse respecto á la vida y carácter de Montesquieu. Este hombre, que con sus libros ejerció en el mundo una influencia tan considerable, huía de la gente y solo estaba contento en su retiro. Se parecía en esto á sus ilustres émulos en dominación intelectual: Voltaire, Buffon y J. J. Rousseau. El primero pasó veinticinco años de su vida en la pequeña aldea de Ferney; Buffon se hallaba siempre metido en su castillo de Montbard; Rousseau buscaba la soledad y pasaba su tiempo en el campo. El filósofo ginebrino, lo mismo que el autor de *El espíritu de las leyes*, tenía una razón personal para huir de la sociedad mundana y brillante. Los dos grandes hombres eran tímidos. En los salones, Rousseau guardaba silencio ó decía sandeces, como él mismo confesaba. Montesquieu se quedaba aturdido y se le paralizaba la lengua, lo que no impedía que de vez en cuando pronunciase alguna gracia muy picante. Un día en que cierto impertinente afirmaba una falsedad y decía: «Si no es cierto lo que digo, os ofrezco mi cabeza,» le respondió Montes-

quieu: «Acepto. Los pequeños regalos sostienen la amistad.»

Otra vez, cuenta, encontrándose en Roma, obtuvo una audiencia del Papa y licencia para su familia de comer de carne los viernes. Antes de abandonar la Ciudad Eterna, se le ocurrió visitar al secretario del Pontífice, y le dijo en la conversación: «El Papa ha sido muy bueno para mí y para los míos, pues no ha concedido licencia de no comer de vigilia.»—«Sí, replicó el secretario, pero os falta el breve firmado por Su Santidad, y esto os costará mil escudos y después ya os lo enviare.»—«No os molesteis, replicó Montesquieu, tengo confianza en el Papa y me basta su palabra.»

Pero estas gracias en la conversación eran raras en el autor de las *Cartas persas*; y todavía hoy, visitando el castillo y el parque de la Brede, se comprende perfectamente el gusto que tenía Montesquieu en su encantadora soledad, donde todo estaba arreglado, según sus hábitos y deseos. En un país delicioso tenía sus prados y sus viñas; y desde ese rincón del mundo hacia a sus amigos de Inglaterra sus pedidos de trebol y de lucerna. Desde la Brede está fechada la carta de que habla Villamain en su *Curso de literatura*, donde Montesquieu escribe a lord Cherterfiel lo siguiente: «Podo mis cepas yo mismo y vendo mi vino muy caro, pero no le echo agua.» Se conoce que ya en ese tiempo todos los cosecheros bordeleses no podían decir otro tanto.

Viviendo así al aire libre, entre sus prados, sus bosques y sus viñas, acostándose tarde y madrugando se concibe que el gran escritor prefiriese su querida soledad a las frivolidades de este mundo. Guardaba la flor de su talento para sus libros, y lo que perdieron sus contemporáneos, lo hemos ganado nosotros.

Montesquieu legó a la posteridad estas tres obras maestras: las *Cartas persas*; *El espíritu de las leyes* y las *Consideraciones acerca de la grandeza y la decadencia de los romanos*, de que nada hemos dicho todavía. Este último trabajo consta de pocas páginas, pero son una maravilla de erudición y de profundo ingenio. Leyéndolas, se aprenden más cosas de Roma que cuanto encierran las más voluminosas historias de la antigüedad. Montesquieu tomó el secreto de Tácito, abreviándolo todo, porque todo lo ve. En su notable opúsculo, el autor sigue fiel al liberalismo de sus primeros escritos. Allí también, allí sobre todo, señala con el dedo los riesgos del despotismo. «Por la libertad es como los pueblos se hacen grandes; por el poder personal como se debilitan y mueren.» El eclipse de la grandeza romana coincide, efectivamente, con el eclipse de la libertad política.

Por lo que acabamos de ver, se explica muy bien la popularidad de Montesquieu al principio de la Revolución francesa. La mayor parte de los constituyentes se declararon discípulos suyos: Thoret, Barnave, Bailly, el mismo Mirabeau, le citan con frecuencia en sus discursos, tomando de él la teoría de la separación de los poderes, de la libertad política y de la tolerancia de opiniones.

Desde esta época, la autoridad de Montesquieu no ha disminuido en un ápice. Los liberales de la Restauración no cesaron jamás de invocarle; y en nuestros días, un orador de primer orden, Mr. Jules Favre, el Cicerón francés, como le han calificado, se complace en decir que ha aprendido, leyendo a Montesquieu, a amar y a servir la libertad. Indudablemente, examinándolas despacio, algunas páginas de *El espíritu de las leyes* han envejecido; pero el libro, en su conjunto, sigue en pie como uno de los más gloriosos monumentos.

ANATOLIO DE LA FORGE.

UN FESTIN EN ROMA.

Mi amigo, el conde de S., es un hombre verdaderamente escéntrico: es casi un inglés.

Jóven aun, pues cuenta poco más de treinta y cuatro años, vive separado por completo de los altos círculos, y entregado con particular ardor a los inocentes goces de la agricultura.

Es un artista de grande inspiración, que pinta bien y escribe mejor; pero sus lienzos no van jamás a las exposiciones, ni sus obras literarias a los escaparates de las librerías. No pertenece a la familia aprovechada de esos autores, que aunque ricos, estrujan sin compasión el bolsillo de los amigos para dar salida a sus producciones. El conde de S. regala los libros; no así los cuadros que decoran una gran parte de los departamentos de su espléndida morada.

Datan la nobleza y la inmensa fortuna del conde, de los tiempos de Felipe IV, en que uno de sus ascendientes era íntimo agente del Conde Duque de Olivares, y aprovechando tan favorable circunstancia, hizo explotar hábilmente el monopolio comercial con las provincias de Nueva-España, y como los cargamentos de sus mercancías iban y venían en los galeones del rey, y por consiguiente libres de portes y gabelas de toda especie, las ganancias que obtenía eran tan colosales que en poco tiempo llegó a ser uno de los más ricos y opulentos capitalistas del reino. El conde de S. disfruta hoy una renta de más de cuatro millones, y dicho se está, que tiene sobrados medios para vivir con la opulencia de un Creso.

Pero el conde no brilla por sus fastuosidades en los salones cortesanos, y de aquí, la opinión de muchos, suponiéndole avaro y mezquino.

Su nombre no figura nunca en las listas de las suscripciones benéficas, ni concurre al Veloz Club, ni siquiera es miembro de la Sociedad protectora de los animales y de las plantas.

Bajo este punto de vista es un sér extravagante, y refractario por completo a las costumbres de la moderna civilización.

En cambio, tiene exacta noticia de todas las necesidades y miserias que existen diez leguas a la redonda, y a remediarlas acude con afán solícito y caridad inagotable, siendo día y noche la providencia de los desgraciados.

Para averiguar dónde reside la verdadera pobreza, se vale de los médicos y de los sacerdotes, pero guardando siempre el sigilo más completo, y escusando absolutamente esas manifestaciones ruidosas del agradecimiento que tanto halagan a los vanidosos de corazón y a los filántropos de pega.

Para ser amigo del conde de S., es preciso censurarle con ruda franqueza, cuando por sus actos merezca las severas lecciones de la crítica. Lo demás, para él, es torpe y mezquina adulación.

Según refiere a las poquísimas personas de su intimidad, solo una vez sintió en su alma el fuego de las pasiones amorosas; pero el destino, avaro sin duda de la felicidad que le aguardaba, le arrebató la mujer que había elegido por compañera, y desde entonces su corazón es el sepulcro de sus pasados afectos. Dice y repite constantemente, que el verdadero amor solo se siente una vez en la vida; y como su apasionamiento se remonta a los primeros años de su juventud, es ya probable que permanezca soltero hasta el día en que llame a sus puertas la inflexible parca.

II

El palacio del conde se halla situado a pocos kilómetros de Madrid, y es una verdadera residencia feudal. Su aspecto es el de una fortaleza de la Edad Media, con sus pardos torreones festoneados de almenas, sus puentes levadizos y sus airosos chapiteles. Elevado sobre una gran plataforma, a la cual se asciende por suaves y elegantes escalinatas, domina completamente la vasta llanura que le rodea, que se ve poblada de bosques espesísimos de pinos y encinas, de olivares frondosos, de viñedos extensos, de huertas pintorescas y plantíos de frutales de variedades infinitas. Verdaderos ejércitos de ganados circulan por entre aquellos inmensos prodigios de la vegetación, destacándose de trecho en trecho, como blancas palomas que anidan sobre la verde alfombra, las vaquerías y los establos, y el colmenar y los palomares, y las casitas de los pastores y los hortelanos. Un río caudaloso cruza de Norte a Sur por el centro de la finca, admirándose en sus poéticas riberas los modelos más perfectos que ha inventado la maquinaria moderna para la elevación y aprovechamiento de las aguas. Como en todos los cotos cerrados, la caza es abundantísima, y bien puede decirse que las tierras del conde de S. merecerían estar enclavadas dentro de los mágicos vergeles del paraíso terrenal.

Colonia de la Providencia se titula la posesión, y ciertamente merece ese título, porque es verdadera providencia de los pobres, a cuyos míseros hogares van a consumirse casi todas las producciones agrícolas y forestales de aquel suelo privilegiado. El conde de S. vende solamente sus vinos, y eso porque jamás transigió con los borrachos, y no quiere que sus numerosos protegidos incurran en el vicio repugnante de la embriaguez. Por lo demás, pastores y hortelanos, labriegos y cultivadores de toda especie, en una palabra, cuantos trabajan a las órdenes del conde adoran a su dueño, mirando su hacienda y su fortuna como cosa propia, porque todos perciben en remuneración de sus servicios, además del salario convenido, una parte proporcional del rendimiento de las cosechas.

Es, pues, el dominio del conde sobre sus vasallos y pecheros, un dulce patriarcado cuyo misterio estriba en la generosidad de su alma y la gratitud de los patrocinados.

¡Virtud admirable la de esa riqueza que proporciona la interna satisfacción de todos los goces, sin excitar los negros impulsos de la rencorosa envidia!

III

He dicho que el castillo de la Providencia hacia recordar por los detalles de su construcción, las fortalezas señoriales de la Edad Media, pero una vez dentro de sus muros, la ilusión sube de punto, porque el conde vive enteramente a la usanza de aquellos soberbios magnates que imperaban en sus tierras como soberanos y disponiendo a su antojo de las vidas y haciendas de sus afortunados vasallos.

Allí se ven gentiles hombres, pajes y escuderos, soldados y hombres de armas que lucen las pintorescas vestimentas de los tiempos de doña Urraca, relucientes coseletes y bruñidas armaduras de finísimo acero: los pajes ostentan ricas dalmáticas bordadas de oro, y los servidores todos lujosas ropillas de brocado que atestiguan en sus detalles minuciosos la opulencia de la casa y los caprichos de su dueño.

Los cocineros y jefes de la repostería, sirven constantemente las comidas a uso y estilo de los tiempos medios, y las mesas se cubren de cecinas excelentes, de carnes ahumadas, aves en conserva y otros manjares deliciosos que no envidian por cierto las delicadas confecciones de la culinaria moderna. Los vinos extranjeros no franquean jamás el puente del castillo, cuyos moradores se limitan a cubrir las necesidades de la vida con los variados y abundantes productos que les suministran el cultivo y la explotación de la finca.

Ya lo dije antes de comenzar, el conde de S. es un verdadero escéntrico, que vive a su placer y sin que le preocupen las críticas mordaces de los envidiosos de su fortuna.

Uno de estos parásitos que viven y se nutren al calor de los buffets de las grandes recepciones cortesanas, le increpaba en cierta ocasión porque las puertas del castillo se mantenían siempre cerradas a las bulliciosas irrupciones de la buena sociedad; pero el conde le interrumpió secamente contestándole de esta manera:

—Yo daré siempre de comer a los pobres: los ricos avaros y los glotonos y parásitos de oficio, que engullan y llenan el buche en el comedor de su casa.

Dire por último y para completar la imperfecta reseña del castillo de la Providencia, que en su interior encierra una preciosa capilla gótica, de cuyo servicio se hallan encargados seis sacerdotes ancianos, a quienes el conde recompensa sus

virtudes y sus merecimientos concediéndoles seis verdaderas canongías en aquel apacible y sosegado retiro.

IV

Debía yo pasar el día con el conde de S., y disfrutando el calor de mi chimenea aguardaba la llegada del carruaje que había de conducirme a la Providencia. La mañana estaba fría y lluviosa, como mañana de Enero, y casi casi sentía pereza de abandonar la suave temperatura de mi cuarto. Sin embargo, aunque con los ojos cerrados, y apurando con delicia un excelente veguero, esperé el aviso del criado, decidido a no faltar a la cita de mi cariñoso amigo.

Oí por fin ya soñoliento la voz sacramental: «Señorito, el carruaje», y en él me acomodé desde luego para tomar la ruta de la colonia.

Iba yo muellemente recostado sobre los blandos cojines, y con síntomas vehementes de quedarme dormido, cuando observé que los caballos se detenían en su marcha, y sin causa, a mi parecer, para interrumpir mi viaje; pero al sacar la cabeza por la portezuela, ví con asombro una litera de forma extraña al lado del coche, y dentro de ella al conde de S. que me invitaba a bajar: así lo hice en el acto, explicándome bien pronto que aquel nuevo elemento de locomoción había sido inventado para sorprenderme por la móvil y pasmosa excentricidad del conde.

Era la litera de oro y marfil, y la conducían cuatro esclavos nómadas de formas hereáticas, cuya miserable condición indicaba una cadena de plata que les rodeaba la cintura descendiendo al tobillo del pié derecho, al cual iba sujeta por una pequeña argolla del mismo metal. Aquel signo ominoso de la servidumbre, daba también señal manifiesta de la riqueza de su señor. Cuando ya me hallaba en posesión de uno de los asientos de la litera, el conde me dijo:

—Vamos a pasar el día en Roma, y comeremos en casa de un fastuoso senador, que se distingue entre todos los potentados de la ciudad de los Césares por la magnificencia de sus festines, y será muy posible que entre los invitados contemos al mismo emperador, que es el príncipe de los traganes del mundo.—Espero que te agrade la expedición, y por eso he querido que hoy presenciáramos de nuestra cansada rutina de mi castillo de la «Providencia.»—Tértulo, añadió después dirigiéndose a uno de los esclavos que conducía la litera: llévanos a Roma, pero antes de entrar en la ciudad, nos detendremos en la casita que ya conoces a orillas del Tíber, para cambiar de traje: no es cosa que nos presentemos en el banquete con levita y pantalón.

El conde, adivinando la especie de estupor de que yo me hallaba poseído, me dijo sonriendo: Soy un májico que puede obrar toda especie de maravillas, y ya verás cómo no te arrepientes de haberme acompañado.

Ibamos atravesando una campiña feracísima, cuajada de hermosas casas de campo, que como atalayas de nieve, se destacaban entre el verde follaje de los jardines matizados de flores y festoneados de arbustos de las más raras especies; pero ni aquellos edificios, ni aquellas plantaciones verdaderamente exóticas, se asemejaban un punto a la estructura de nuestras quintas modernas y de los parterres que las rodean. El panorama de la ciudad eterna era deslumbrador, y yo le contemplaba con verdadero asombro.

Templos, circos, acueductos, arcos triunfales, soberbias columnatas, estatuas, palacios y anfiteatros, todo aparecía a mis ojos brillante y maravilloso, y mostrando en el conjunto tales magnificencias, que en aquella mole colosal de fausto y riqueza se habían aglomerado como por encanto las májicas artísticas de todas las civilizaciones, sometidas por la conquista a la soberana del mundo.

Yo conocía algo de la moderna Roma: meditando sobre los destinos de esa ciudad sempiterna saqueada unas veces por las bárbaras huestes de Alarico, y otras por los soldados cristianos del condestable de Borbon, teatro fecundo de todos los vicios y de todas las virtudes, de todos los heroísmos y de todos los crímenes, había recorrido absorto y silencioso sus campiñas muertas y asoladas, sembrada de rocas volcánicas, sus históricas ruinas y los mármoles carcomidos de sus antiguos monumentos, brotando por sus grietas ásperas ortigas, y todos aquellos fósiles de la grandeza pagana, mudos testigos de las trajedias sangrientas y de los cataclismos de la antigüedad, aparecían a mis ojos como los descarnados esqueletos, que envueltos entre heladas capas de polvo y de ceniza, yacen arrojados sobre las superficies movedizas y aplanadas de los cementerios.

Había contemplado con devoción artística y devoción cristiana, la obra portentosa de Bravante y de Miguel Angel, la basílica de San Pedro, catedral augusta del mundo católico, templo soberano de la Iglesia universal, y alcázar insigne a la vez que sacratísimo y admirable panteón de las dos grandes columnas de la fé, del apóstol de los creyentes, y del apóstol de los convertidos; al cual sirven como de guardianes y avanzados centinelas las soberbias estatuas ecuestres de dos grandes emperadores célebres, atletas de la religión de Cristo, Carlomagno y Constantino.—Presa de hondo y profundísimo temor, y como subyugado por el influjo irresistible del génio, había sentido mecerse sobre mi cabeza y mi pequeñez humana en las amplitudes del espacio, aquella cúpula sin rival, de forma y proporciones ciclópeas, verdadera corona de la religión católica, que flota entre la púrpura de las nubes a quinientos piés de altura desde su plan terreno, cobijando con magestad augusta el trono de los Papas, cuyo blanco dosel se asienta sobre los cimientos carcomidos del circo de Nerón.

Yo conocía de la antigua ciudad de las siete colinas, el Quirinal y el obelisco de la plaza de San Pedro, los jardines pontificios y el Vaticano, el Pincio y el castillo de San Angelo, la villa Borghesse y la iglesia de San Pablo, la Vía Apia y San Juan de Letran; yo había visto al Papa llevado en hombros sobre unas andas de oro, empujando en sus manos las llaves del cielo, ciñendo a su frente la tiara de tres coronas, símbolo de su autoridad suprema, rodeado de guardias nobles, de cardenales cubiertos de púrpura, de arzobispos y obispos de todas las partes del mundo, de generales y abades mitrados de las órdenes religiosas, de escuderos pontificios, de auditores y sacerdotes, de los senadores de Roma; le había contemplado como a un semi Dios bajo un palio gigantesco, entre nubes de incienso, y anchos y

pintados abanicos de pluma; en una pa'bra, acariciado y bendecido por todos los poderes y todas las majestades de la tierra, y en verdad que no habia experimentado las extrañas sensaciones que agitaron mi espíritu al presentarse ante mi aturdida imaginación el conjunto de maravillas que á la contemplación de los sentidos ofrecia la metrópoli del gentilismo. Más de una vez creí que soñaba...

V

Por fin se detuvo la litera: habíamos llegado á la casita que debia servirnos de guardaropa, y allí nos esperaban dos esclavos germanos, que nos presentaron respetuosamente las diversas prendas del traje usual de los patricios de Roma; porque segun me indicó el conde, nosotros éramos dos personajes consulares, muy conocidos ya de aquella opulenta aristocracia, por nuestro valor y nuestras hazañas durante el imperio de Septimio Severo.

Yo estaba demasiado preocupado por las circunstancias en que me hallaba, y sin replicar una palabra dejé que los esclavos comenzaran á vestirme, ó mejor dicho, á disfrazarme con los extraños adornos de la *toilette* romana.

Pusieronme, en efecto, el *indusium*, especie de camisa de lino de Cahors; luego una túnica de seda de diversos colores, ceñida al talle con una lujosísima faja con bordados de oro, y por último, la toga de púrpura, de sin igual riqueza, pues me aseguró el conde que la libra de aquel incomparable tejido le habia costado á mil denarios la libra. Mis botas prosaicas fueron reemplazadas por unos espléndidos borceguies de color de e-carlata, ó *calcei*, como les llamaban los esclavos, y me parecieron de un trabajo delicadísimo, por la multitud de matices de oro con que estaban adornados. Mi *hongo* de viaje no tuvo reemplazo, porque, como caballeros *intonsi*, debíamos sujetarnos á la moda del país, renunciando por completo á toda especie de abrigo para la cabeza.

Vestidos ya como dos proconsules, me dijo el conde riendo: «Podemos marchar, mi querido Licinio: sé que nuestros amigos nos aguardan con impaciencia.—Tértulo, á la ciudad: entraremos por la puerta Capena.» Y nuevamente tomamos posesion de nuestra litera, dirigiéndonos á la que fué residencia modestísima de Caton, pero ya convertida en un emporio de lujo y riqueza, merced al génio y á las espléndidas munificencias de Augusto.

—Si te parece bien,—añadió cuando ya estábamos dentro de los muros de la ciudad,—daremos un paseo por las regiones más notables, luego nos bañaremos en las termas de Caracalla, y despues iremos á comer.

—Haremos lo que tú quieras,—le contesté;—eres como tú mismo has indicado, un mágico irresistible y estoy entregado completamente á tu voluntad.

Difficil seria pintar el bullicio, la animación y el movimiento que se notaba en las calles. Por todas partes cruzaban generales luciendo sus corazas de oro y sus brillantes cascos, en los que llevaban águilas por cimera; senadores y magistrados con el manto pretexto guarnecido de púrpura; jóvenes de alta clase que despues de haber depositado su bota de oro en el altar de los dioses lares, habian entrado ya en la vida social cubriéndose con el manto viril; jefes y oficiales de legionarios y pretorianos, con capas de púrpura y clámides de colores diversos; augures que iban vestidos con sus trabeas de escarlata, blancas y amarillas; soldados que llevaban mantos de lana y los borceguies llamados *caligas*, que sugetaban á las piernas con tiras de cuero; tribunos y decenviros; flámines con sus velos de color de fuego; pontífices, grandes sacerdotes y sacerdotisas de todos los templos; prefectos y cuestores, augures y ediles; guardias del pretorio y pages del emperador con escudos dorados y lanzas de plata; vendedores ambulantes de afeites, cosméticos y amuletos; músicos y cantores de enrucijada, haciendo sonar flautas y cítaras, y entonando himnos de triunfo en honra de los antiguos héroes; frumentarios con la cabeza envuelta en la lacerna de color oscuro; mendigos harapientos y gentes del pueblo; personajes consulares, precedidos de los lictores con el hacha y el hacedillo de varas al hombro, y cruzando en todas direcciones, entre aquella muchedumbre abigarrada de trages y distintivos, emblema de la disparidad de fortuna y de las desigualdades sociales, las literas de oro y márfil de las nobles matronas, esposas de los altos dignatarios del imperio, ostentando bajo la dorada mitra, la rubia cabellera de la esclava germana cubierta de polvos de oro; la stola de púrpura y el magestuoso *pallium* bordado de pedrería y ricos metales; aquellos lujosísimos vehiculos, en cuyo interior se reclinaba muellemente la orgullosa patricia sobre un pulvinar de seda perfumado con esencia de rosa, eran conducidos por seis esclavos medos ó germanos, á los que precedian los anteambulones con su varilla en la mano, formando el resto de la comitiva un verdadero enjambre de servidores y mujeres, curiosos desocupados y eunucos de triste mirada y rostro amarillento.

Era aquella muchedumbre un revuelto mosaico de lujo y pobreza, de poder y de servilismo, de orgullo y degradación, de riqueza y miseria; la expresion viva y palpitante de un pueblo envilecido que, ávido de goces, vegetaba sumiso bajo el yugo despótico de una aristocracia altiva, opulenta y fastuosa.

VI

Con arreglo al itinerario que el conde habia indicado á Tértulo, dimos principio á nuestro paseo por la region de la puerta Carpena, en la cual descollaban entre otros monumentos arquitectónicos, el famoso templo de Marte, decorado en su interior con infinidad de lanzas, espadas y escudos, depositado allí en memoria de triunfos obtenidos contra los enemigos de Roma. Luego examinamos los lagos de Mamertino, Prometeo, Vespasiano y de la Esperanza; las termas de Cómodo y Severo; los graneros públicos, las mil y tantas islas que habitaban los pobres; los palacios suntuosos que servian de morada á los ricos; los templos de Apolo, de Minerva y de Mercurio; el mutatorio de César, en donde el famoso dictador se despojó de la toga vistiendo el sagun militar para marchar á las Galias, maravillándonos la apiñada multitud que circulaba por aquellos sitios ansiosa de contemplar las bellísimas pinturas del templo del honor y

de la virtud; los sepulcros que guardaban los restos de los Horacios y los Curiaos que perecieron en singular y personal batalla defendiendo la supremacia de Roma y de Alba su rival; el bosque sagrado de las musas, el hipódromo de Caracalla; las estatuas del templo de la Tempestad, erigido por Scipion en memoria de la que sufrió en las costas de Génova; los jardines del valle Egerino y otras mil curiosidades artísticas, impregnadas de los recuerdos y de la fama de los antiguos héroes.

En la region celimontana, en la cual se asientan los más suntuosos palacios, entre ellos los de Vitelio y Filipino, pudimos admirar los templos de Fauno y de Baco, la escuela de los gladiadores, el árbol Sagrado, el campo Marcial, y el de los soldados extranjeros; el Armamentarium, ó arsenal de la marina; el palacio de los siete Partos, y la estatua ecuestre de Marco Aurelio.

Nos faltaba el tiempo, y nuestra excursion por las regiones de la Paz, Esquilina, del Alto Sendero, de la Vía Lata, del Foro, del circo Flamínio, Palatina, del circo Máximo, de la Piscina y del Aventino, fué rápida en extremo; sin embargo, entre otras mil soberbias construcciones que atestiguan la grandeza y el inmenso poderío de la reina del mundo, *hija de lobos madre de Neronés*, como dice el incomparable Zorrilla, vimos los templos de Remo y de la Paz, de Venus, de Jano, de la Concordia, de la Tierra, del Sol y de la Luna; la basílica de Paulo, el Coloso del Sol, las Trompetas de oro; el Foro, gigante coloso de mármol que tenia de alto ciento veinte piés: la estatua ecuestre de Clelia, la esforzada doncella de los tiempos primitivos de Roma, que cruzó el Tiber á nado para librarse de las cadenas de Porseña, rey de los etruscos, célebre en la historia, por haber sido causa del heroísmo memorable de Scévola: los elefantes de bronce del templo de Remo: el Lupercal, famosa capilla de mármol al pié del Palatino, en la cual una loba de bronce amamantaba á los dos hermanos fundadores de la gran ciudad: los templos de Júpiter Viminal, Esculapio, Venus y Minerva: la dorada cúspide del templo de la Fortuna; las Termas de Diocleciano, y el campo *Malvado* donde eran enterradas vivas las vestales que relajaban sus votos, víctimas desdichadas del fanatismo gentil, que debian perecer entre las angustias horribles de la desesperación, del hambre y de la sed: los jardines de Lúculo y la columna de Trajano, en el inmenso foro del mismo emperador, obra maestra de Apolodoro, formada con treinta y cuatro trozos de mármol y que parecia hecha de una sola pieza; era su altura de ciento y tantos piés, y se enroscaba en una espiral de veintitres vueltas, en cuya tersa superficie habia esculpidas más de dos mil quinientas figuras representando episodios de la guerra de Dacia; hueco su interior, por el que se subia al capitel, rematando por último con la estatua de bronce dorado del famoso emperador, paisano nuestro, que tenia en una mano una lanza, y en la otra un globo con sus cenizas. A pesar de mi aturdimiento, confieso que experimenté cierto orgullo al recordar que tan célebre personaje habia nacido en tierras de la península ibérica: vimos tambien la higuera ruminal: los arcos de triunfo de Tiberio y Septimio Severo; el templo de Saturno coronado de tritones: el Miliar de oro, que remataba en una esfera representando el mundo, en la cual con letras de ese metal se hallaban escritos los nombres de todas las vías que cruzaban el imperio: el Panteon consagrado á Júpiter vengador, que contenia las estatuas de todas las divinidades gentílicas: el sepulcro de *Sila el feliz*, de aquel tirano, abominable chacal, monstruo de ferocidad, que entraba en Roma precedido de la cabeza de Mario, dejando treinta mil cadáveres en la puerta Colina, y mientras dirigia reposadamente un discurso al Senado amenazando á todos con la proscripción y la muerte, hacia degollar á las mismas puertas del templo de las leyes, ocho mil prisioneros samnitas, que habian sido fúnebre trofeo de sus sangrientas victorias... el famoso Capitolio, rodeado de una muralla flanqueada de torres y la roca Tarpeya: el templo de Júpiter capitolino: el Ateneo, salon grandioso consagrado á las Bellas Artes; el soberbio teatro de Marcelo, obra monumental de Augusto, capaz de contener treinta mil espectadores: el circo Máximo, en que doscientos sesenta mil presenciaron el suceso verdaderamente asombroso de que el esclavo Androcles se salvara de ser despedazado por un leon, al cual habia sacado una espina en las selvas africanas, teniendo la fortuna de que el noble animal le reconociese en el momento de saltar desde la cavea á la enrojada arena del circo. ¿Pero á qué fatigarnos? Necesitaria muchos volúmenes para reseñar los infinitos monumentos, que como vistas de un encantado cosmorama pasaron ante mis ojos, y nunca acertaria á describir las bellezas artísticas que atesoraba la ciudad de los Césares, emporio de grandeza, condensación de todas las civilizaciones antiguas, reflejo y trasunto de todos los orgullos, de todos los vicios, de todos los despotismos, de todos los crímenes, de todas las degradaciones, de todas las rapiñas, y de todas las miserias que puede abrigar en su seno un pueblo abyecto y rebajado por sus licenciosas costumbres y por sus avaras rapacidades.

Roma era un monstruo de corrupcion y libertinaje, de liviandad y escándalo... la aristocracia podrida, comprando en el foro el sufragio de la muchedumbre para consumir su riqueza en los excesos de un sensualismo desenfundado; la plebe vendiendo su independencia y su honra por unos cuantos denarios!

VII

Dando por terminado nuestro rapidísimo paseo, nos dirigimos á las famosas termas de Caracalla, donde debíamos bañarnos, segun los deseos del conde. Pasaban de ochocientos cincuenta los establecimientos de aquella especie que se contaban abiertos para recreo de los habitantes de Roma, pero mi compañero de viaje habia elegido como mejores los que llevaban el nombre del célebre emperador, y en ellos entramos desde luego. Y en verdad que me sorprendió la magnífica perspectiva de aquel inmenso palacio, destinado por la munificencia imperial á los tibios esparcimientos del público. Contenia unas mil seiscientas pilas de mármol, que á la misma hora se llenaban de agua caliente, y en ellas se zambullian sin distincion de clases ni jerarquías los pobres y los magnates, y los humildes frumentarios al lado del mismo

emperador. Era aquello una verdadera algarabía de cantos, risas y gritos, pues hasta los poetas recitaban sus versos, procurando todos excitar la hilaridad y buen humor de sus vecinos á fuerza de ingenio y originales agudezas.

Imitando nosotros las costumbres romanas, nos bañamos primero en agua caliente: luego, para cerrar los poros, nos sumergimos en agua fria; despues, nuestros esclavos nos quitaron con el strigilo de marfil la capa untosa y pegadiza que el sudor estendia sobre la piel, y por último nos rociaron de perfumes delicados, quedando ya perfectamente dispuestos para asistir al banquete.

VIII

Era nuestro anfitrión un joven soltero, disipado, vicioso, general y senador, conocido y envidiado en Roma por el lujo oriental de su casa, y particularmente por sus opíparos festines gastronómicos, siempre dignos de la refinada glotonería de Heliogábalo y Vitelio y de las fastuosas prodigalidades de Lúculo y de Apicio.

Su palacio era una maravilla de lujo y riqueza: la plataforma estaba coronada de laureles, cipreses y sicómoros: los pórticos sostenidos por centenares de columnas de mosaico y mármoles exquisitos, destacándose airoso las estatuas de bronce entre los surtidores caprichosos, que comunicaban vida y frescura á las flores y á los arbustos. El vestibulo era un inmenso jardín en cuyo fondo se destacaba la fachada principal del edificio, cuyas graciosas líneas, pilastras y ventanas, delicadamente esculpidas, recordaban todas las bellezas de la escultura griega: la puerta era de bronce con adornos dorados, y por ella se penetraba en el átrio, que estaba circuido de columnas de mármol blanco, viéndose antes el departamento del esclavo portero y el perro de Epiro, encadenados el uno al otro, como dos bestias, para desempeñar mejor su oficio de guardianes.

Un pórtico espacioso cerraba las cuatro fachadas de aquel primer recinto, que en verano refrescaban las aguas cristalinas de una fuente cubierta de flores, defendiéndole de los rayos del sol tordos riquísimos de color de púrpura. Seguián luego los fauces que daban entrada á los comedores de invierno y de primavera, y los infinitos departamentos y estancias del palacio, tales como la galería de las recepciones, los baños fríos y calientes; la pieza que contenia los afeites y los perfumes, las cocinas, las caballerizas y los cuartos de los esclavos, pero brillando en todas partes los tapices de oro y seda, los triclinios embutidos de marfil y metales preciosos, los muebles cubiertos de placas de concha y de plata; los pedestales de mármol de color de rosa para sostener los candelabros que alumbraban las nocturnas orgías con aceite de nardo, y las estatuas talladas en hermosos bloques de Luna ó de Carisco.

La servidumbre de la casa estaba constituida por un verdadero ejército de esclavos, germanos en su mayor parte: allí se veían mayordomos, porteros, introductores; jardineiros, encargados del guardaropa, guardadores del triclinio de invierno; de la volatería, de las bodegas, cazadores, bañistas, peluqueros, anteambulones, silenciosos, efemeridios, que eran los consultores del Calendario, libreros y copistas; nomenclatores, encargados de decir á su dueño los nombres de las personas que deseaba conocer, ó que encontraba en las calles; cocineros, reposteros, cooperos, trinchantes, directores de las comidas, y los que estaban destinados para anunciar los convites: todos ellos sometidos á la voluntad de hierro y á los caprichos de su señor, cuyo látigo rugia sin piedad sobre sus espaldas á la menor falta que pudiesen cometer en el ejercicio de sus funciones. ¡Allí vivian en splendor eterno millares de desdichados, para hacer más grata, sensual y voluptuosa la existencia de un solo hombre!...

La tarea seria interminable, si yo hubiese de reseñar, punto por punto, las bellezas y el lujo de la morada opulenta que nos consumia sus ócios y su fortuna aquel hijo mimado de los dioses: bastará decir, sin embargo, que semejante palacio era digno de la ostentación fastuosa del jefe del imperio

IX

Despues de anunciados al joven magnate por el esclavo admisional, penetramos en el comedor, donde ya se hallaban reunidos la mayor parte de los personajes invitados: eran la *creme* de la aristocracia romana; todos hombres de pocos años, y por extremo viciosos y libertinos, cual era su costumbre en aquella sociedad liviana y corrompida. Su trajera ya el traje del banquete, es decir, manto blanco festinal, luciendo en la cabeza y en el cuello, fragantes coronas de hiedra, rosas, mirtos y violetas. Las mesas eran de plata, cinceladas primorosamente, y despues de las ceremonias y saludos propios de gentes finas y bien educadas, fueron recostándose en las camas cubiertas de púrpura y oro, de tres en tres, aguardando que los esclavos los despojasen de las sandalias, y que á una señal del triclinarca, que iba vestido con túnica corta sin mangas, otros servidores les presentasen las áureas jofainas para que se lavasen las manos, que despues se enjugaban en las rubias cabezas de unos niños, esclavos tambien, y ya sujetos á la voluntad de hierro de su opulento señor. Aquellos hijos pródigos de la fortuna, medio cocidos por el agua caliente de las termas, y encorvados bajo el peso de una obesidad prematura, pálidos y débiles, acostados sobre las camas del festin, mas que jóvenes robustos y vigorosos, semejaban verdaderos monstruos de carne humana, próxima ya á los instantes de su corrupcion. El triclinium, ó sea el comedor donde nos hallábamos, era una maravilla de gusto y riqueza. Alfombras costosísimas de Babilonia cubrian los mármoles del pavimento, y velaban las paredes tapices de valor incomparable, bordados con primor sin igual: violetas de Tibur, rosas de Pesto, y otras mil especies de flores olorosas, formando ramos y guirnaldas, difundian por todas partes sus delicados aromas, brillando en los aparadores la vajillas de oro y plata, y las cinceladas copas cuajadas de pedrería... El banquete prometia ser digno de Sardanápalo.

Por fin comenzó el servicio y á una seña del *promuscundus*, esclavo ordenador, nos presentaron los infiores del *gustatio*, en grandes salvillas de plata; estos manjares se componian de huevos y lechugas, aceitunas y frutas, híg-

dos de ovas blancas, que habían sido cebadas con higos y lomos de liebre, y carne salada de grullas de Melo. Los pocilladores no cesaban de derramar en nuestras copas, vino de Falerno, cebuco y másico, calés, tan celebrado por Ate-neo, crus de Sorrento y Spoleto y otros diversos néctares espirituosos y aromáticos.

Sin embargo: rara y singular costumbre, que revelaba á los ojos del extranjero, la confianza que inspiraba á los patrios de Roma, la fidelidad de aquellas turbas de servidores. Nadie llevaba la copa á los labios, sin que antes el esclavo pregustador, hubiese probado el contenido de las ánforas.

A una simple ojeada del promuscundus, se sirvió la segunda mesa, como decían los romanos, presentando los esclavos, carnes de javalí y cerdo troyano, gallos cebados con pasta de leche, faisanes, becafigos, cigüeñas, avestruces, ruiseñores y cabritos de Ambrosia, pichones de Campania y pavos reales de Samos, cuyos manjares trinchaba con la mayor pulcritud y delicadeza el scisor, despues que habían sido puestos en orden por el esclavo structor.

Una vez ordenado el servicio, éstos dejaban el puesto á los pocilladores encargados de derramar los celebrados vinos de Creta y de Chipre.

Aquellos hombres, entregados constantemente á los placeres de la gula más desenfadada, comían y bebían sin tasa ni medida, y arrojaban al suelo sobre los tapices el vino que quedaba en las copas. El triclinium empezaba ya ó convertirse en un verdadero muladar. Por lo que á mí hace, ni podía comer recostado en la cama, ni atravesar un bocado de aquellos guisotes estrambóticos, tan distintos del paladar de nuestra cocina moderna.

Pronto el sonido de la flauta anunció que iba á comenzar el tercer servicio. Los invitados se sonrieron de placer, al saborear de antemano los exquisitos platos que estaban ya preparados. Cubriéronse, en efecto, las mesas con grandes fuentes de oro y de plata, en las cuales aparecían esturiones coronados de laurel, merluzas de Pesinunta y otros pescados rarísimos, alternando con los caracoles que se habían nutrido de harina y vinos cocidos por el método de Hirpino. Entonces corrían á torrentes los deliciosos néctares de Lesbos, Rodas y Chio, servidos por otros esclavos vestidos con túnicas de muselina bordadas de perlas, y saturadas con los más exquisitos perfumes.

Ebrios en su mayor parte casi todos los comensales, arrojaban el vino y los manjares por bocas y narices, y los que conservaban fortaleza bastante en las piernas para mantenerse en pie, sostenidos por un esclavo se dirigían al vomitorio, de donde salían con nuevo é insaciable apetito para continuar engullendo como al principio de la comida, que tal vez excedería de mil platos.

Pero nuestro joven anfitrión, que indudablemente sabía hacer los honores de su casa, nos preparaba nuevas sorpresas. Entre los torrentes de armonía de las cítaras, crótalos, flautas, sistros y liras que pulsaban los músicos más célebres de Roma, vimos aparecer una verdadera pléyade de mujeres jóvenes y hermosas, casi desnudas, ejecutando caprichosas danzas, mientras el techo de marfil del triclinio se abría de repente por virtud de un ingenioso mecanismo, para refrescar la atmósfera ya viciada de aquel fastuoso lupanar con el fresco vivificante de una menuda lluvia de exquisitos perfumes... Nos hallábamos á la mitad del banquete y empezaba la orgía. Nuevos y costosos manjares cubrieron las mesas, sirviéndose entonces sesos y lenguas de faisanes y ruiseñores; trufas con ámbar; arroz cocido con perlas; lechugas que habían sido regadas con leche; chochas de los Alpes y pechugas de perdices; murenas y otros peces alimentados en los estanques con la carne palpitante de los esclavos vivos y otros mil manjares inventados por el Sibaritis del anfitrión, que era en aquellos tiempos el fénix de los cocineros de Roma. La variedad de pastas y dulces era infinita: los vinos seguían derramándose á torrentes.

El baile había cesado, porque aquellas mujeres impúdicas, vendidas á la seducción y esclavas del vicio, bebían y comían como si no tuvieran hartura... La bacanal había llegado á su colmo...

Hubo, sin embargo, un instante de quietismo y reposo, en que los ojos de aquellos hombres extraviados y chispeantes por los vapores del vino, aparecieron turbios, apagados y tristes... Tal fué la lúgubre impresión que les produjo un pequeño esqueleto de plata, que no se sabe quién hizo circular de mano en mano como sarcástico memento contra el desenfreno de aquella saturnal, más propio de salvajes que de gentes civilizadas... Pero las punzadas del remordimiento pasaron veloces como un rayo y los débiles quejidos de la conciencia, envuelta perpétuamente entre los negros effluvios del libertinaje, murieron ahogados entre las risotadas y los gritos y el ruido argentino de las copas que rodaban por el suelo.

Yo estaba fatigado y convulso... Aquellas escenas de brutal cinismo y de estúpida glotonería habían alterado la serenidad de mi espíritu de un modo indecible; hice, pues, un esfuerzo supremo para levantarme de la cama, y entonces oí gritar fuertemente á mis oídos: «Señorito, el carruaje.» Abrí los ojos y desperté... Había soñado, dormido en la butaca al calor de la lumbre de la chimenea...

Salí, pues rápidamente y me dirigí al castillo de la «Providencia» con el propósito de referir punto por punto á mi amigo el conde de S., todos los incidentes de mi improvisada excursión á la opulenta ciudad de las siete colinas.

BONIFACIO CARRASCO DE CAMPOS.

FRASES.

El pensamiento concentrado en una fé verdadera; una fé que se dilata en el dolor de todos los hombres hasta ser infinita... ¡Oh caridad! ¿Eres la tristeza de Dios?

El amor es la dicha que la virtud ofrece á los ángeles.

Nos movemos en un pequeño espacio desierto, y pensamos en la inmensidad: Dios en la duda, y flores viejas en un camino sombrío; abajo todo estéril, sobre nosotros una noche estrellada: la duda en el amor, y un arroyo seco sobre la arena.

Prefiero la piedad de la virtud al juicio de la sabiduría. La piedad es la sabiduría del amor. Es más bella la pálida luz del crepúsculo que los resplandores de un incendio. El sol alumbrá; el volcán alumbrá y hace llorar.

¡No vives! ¿Y qué? ¿Tiene mi espíritu más realidad que tu sombra? ¿No te siento? ¿No abro mi corazón á la ternura de tu mirada? ¿No respondes á mis quimeras? ¿No son tuyas mis oraciones, mis felicidades y mis sonrisas? El perfume de las flores en la oscuridad, la luz de la aurora sobre la frente del que medita en el silencio, los rayos de la luna sobre las olas de un mar agitado, los rayos de las estrellas en los nidos vacíos, no son tan puros como la luz de una mirada que brilla en el fondo de todos los dolores, de todas las alegrías y de todos los cielos.

Es necesario que la esperanza sea bondadosa, como Dios.

La inteligencia puede prescindir de la fé; más el corazón no puede vivir sin caridad.

La vida del sábio es una filosofía. Su primera verdad es Dios; la segunda es el amor á todos los hombres.

Dos verdades pueden formar un alma.

Hay espíritus tan caprichosos, que aman á la libertad y á la vida. Son ciegos que pueden decir sin temor de equivocarse: Pensamos; pero la luz no aparece.

Todo es hielo en la estupidez: la gota de rocío y el espíritu humano.

Hay horas en que el dolor engrandece al hombre transformándole en estatua. Esa estatua piensa. Su pensamiento no está lejos del infinito.

La tristeza crea la duda, la duda es una meditación, y la meditación conduce al ideal. El ideal es el deber en el hombre, y Dios en lo absoluto.

Dos seres unidos en el amor y en la desgracia, no son más que la caridad de un mismo cielo.

Piensa en tu virtud con el interés con que piensas en un guante de una mujer ó en las palabras de un imbécil, y estás salvado.

Una sonrisa dice á un hombre: Levántate: no niegues tu pensamiento á la luz. ¿En qué vives?—Y ese hombre se arrodilla, y abre sus ojos, y llora por lo que fué; pero ama.

Los corazones privilegiados y oscuros no son más que flores tocadas por los dedos de la muerte. Su amor es muy triste, como la claridad esparcida en unas ruinas; pero su tristeza baja de lo alto, como la claridad, es decir, como el amor.

Hay virtudes que parecen obras de Dios divinizadas por la ternura del hombre.

Su dolor pensaba siempre en el cielo, única luz vislumbrada desde el fondo de un nido por una golondrina enferma.

No hay nada más grande que la desesperación que acaba con este grito: ¡Dios!

La felicidad es de todos. El hombre la compra, la vende, destrúyela en sus hermanos, y no la encuentra en sí mismo: amad al hombre poniendo vuestro amor en Aquél que no puede ser ciego.

Vive; pero en su vida, que tiene todo el misterio de una lucha sobrenatural, su espíritu no entra para nada.

Una luz, que viene de la infancia, brilla en la soledad del corazón humano; y entonces... ¡Ah! Entonces el corazón adora, iluminanse los cielos y las tristezas, y los árboles, las flores, los pájaros y los niños, cantan ó murmuran alegremente: ¡Ya estás con nosotros!

El hombre que olvida lo futuro para volver con la imaginación al mundo de sus recuerdos, dice: Dios ha pasado por aquí.

No dudemos de la caridad de Dios, porque no es lógico dudar de lo necesario. Lo lógico es amar pensando en la caridad infinita.

¿Sabes lo que será el espíritu de tus enemigos?

Si el dolor no fuera una virtud, el hombre no sentiría su miseria.

El sentimiento da claridad á la vida; el orgullo cierra los horizontes á los miserables, á la oración y á la aurora.

La unidad de los principios políticos es necesaria en la honradez.

La pasión es una sombra; pero así como la espuma está sobre la corriente, y la esperanza sobre la nube, el ideal está sobre la pasión.

¿Qué valen los amores perdidos? ¿Quién piensa en las hojas agitadas en el polvo? ¿Qué luz nos hace llorar? ¿Un sepulcro insensible á las lágrimas del que reza! ¿Qué valen las hojas del árbol arrancadas por el viento de las nieves?

Su corazón, como la flor de una noche, daba su perfume á la oscuridad. Pero sobre la oscuridad están los astros, y sobre los astros está Dios: todo luz. Y el perfume no cae.

¿A dónde van las almas? Al infinito, es decir, á la muerte. ¿Lo infinito es la luz? ¿Es el polvo? ¿Ama este polvo? ¿Es inteligente aquella luz? Estas preguntas son enigmas. El enigma es la sombra. ¿Y cuál es el astro que fulgura en esa sombra? ¿Cuál es la nave que no retrocede ante los abismos? El deber.

Llegamos muy pronto al dolor, y nunca llegamos á la última esperanza.

Dios está sobre todo.

Un hombre, tal vez un estúpido, nos saluda, nos acompaña, y escita en nuestro corazón sentimientos vulgares. Nosotros oímos. ¿Y qué? Todo se reduce á pensar en un imbécil.

¿Pero pensamos en Dios?

¡Es verdad! La ignorancia es una noche, nuestra vanidad es negra. ¡Vivimos en la sombra!

¿Qué vida!

¿Quién habla en esa sombra? ¡Una mujer! ¡Y esa mujer nos ama! Luego pensamos en Dios.

¡Oh, mujer!

Una estrella en la soledad del cielo; un amor en la vida: dos puntos luminosos que nos hacen pensar en el infinito.

¡Ah, Señor! Tu piedad es inmensa; el alma humana no tiene luz en su sombra, ni esperanza en su duda, ni voluntad en sus pasiones...

Todo vive, todo siente, todo se agita.

¿Para qué?

Mujeres que hablan y rien, pájaros embriagados de aroma, profundidades espléndidas, sombras movibles, murmullos, flores que se inclinan sobre césped cargado de rocío... La naturaleza es un templo: la claridad de la mañana sube por los dilatados espacios de su nave, rasga el velo de niebla extendido sobre las ondas, blanquea la espuma de los arroyos, y brilla en el nido colgado de húmeda rama y en las alas de la mariposa que aspira el perfume de la violeta.

Todo vive, todo se agita, todo siente.

¿Para qué?

¡Ah, Señor! Todo vive; pero nadie te busca.

Sentir es buscar á Dios.

Las lágrimas que caen en la sombra, la tristeza de los ojos que alumbran con el pensamiento de su luz la fría oscuridad de un corazón inanimado, los temores de la mujer virtuosa, el amor de todas las conciencias, el deseo de la desgracia, las palabras de la virtud combatida, la caridad que se oculta, la fé de la resignación ignorada: todo eso es un sentimiento.

El sentimiento es la fé de la inteligencia.

En las religiones hay luces que alumbran y nos hacen llorar, y tinieblas que mueven á risa.

La fuerza de las crisis humanas es grande, más grande que el egoísmo de los hombres, porque es la lógica de Dios.

Toda virtud incompleta ó débil, se destruye á sí misma.

El hombre es una razón embriagada que condena; Dios es la piedad. Y la piedad es el amor, que no es más que la razón que perdona.

Hay alegrías verdaderas: las que sobreviven á un pensamiento.

Después de la llaga, una cicatriz ó una nueva epidermis. Y nada más.

La vida se agita en el polvo: de ese polvo, agitado por el amor, salen estrellas y sueños, puntos luminosos para la sombra y claridades para las almas.

El sentimiento vale lo que la suma de ideas conquistadas por la razón.

La igualdad es la virtud.

Es bella el alma que fija sus meditaciones en una fosa; pero es más bella la que las fija en el cielo.

Dios está en la vida. ¿Podrá negarnos un rayo de luz de su infinito?

La poesía más bella es el alma iluminada en sus desfallecimientos por la ternura de un ángel.

El pensamiento que cae desde los sueños de su vanidad, puede convertirse en oración.

Es una virtud soñar en la misericordia de Dios después de habernos conocido; pero es un dolor meditar en nuestra nada sin la fé del que sueña en la misericordia divina.

Murió ¿Qué más he de saber?

Cuando la Providencia obra, me contento con esperar.

El ignorante vacila en las tinieblas, y cae. ¡Silencio! Los que negaron á un alma la luz de la caridad y el amor de la razón, no pueden ser jueces.

Fuera de la vida del egoísmo, hay causas para todos los efectos y piedad para todos los hombres.

El deber es la fé del justo.

La dicha tiene luz para los corazones doloridos, y oscuridad para cegar á los dichosos.

La indiferencia de las almas pensadoras es más que una contradicción: es un crimen.

La idea de la caridad es tan pura, tan íntima, tan perfecta, que hace de nuestros dolores un amor á los dolores abandonados.

El corazón que se dilata con su sentimiento en lo desconocido, apártase de sus dudas, de su soberbia y de sus odios, y se ilumina con la fé de los miserables, con la humildad de la fé, con la esperanza de la humildad y con el amor de la esperanza.

Las misteriosas agitaciones de la inteligencia, la sombra, los temores y las claridades de la fantasía, la lucha de las pasiones concentradas, el vuelo del pensamiento y los espacios del egoísmo, tienen un límite, lo absoluto. Y lo absoluto es la verdad, y la verdad está en las palabras de Jesús: *Amáos los unos á los otros*

Amar siempre, amar á los débiles, á los pobres, á los enfermos, á los malos, á los niños y á las prostitutas, ver á Dios al través de una lágrima, ser despreciados con la virtud, conquistar la libertad, enseñando á todos á ser libres... ¿Dios mío! Tú eres el amor. Mi amor es una sombra.

Y la sombra es hermana de los sueños pensadores.

No basta vivir; es preciso dignificar la vida perfeccionando la razón. De la muerte de la ignorancia y de las supersticiones nace la concordia, el amor, la luz. No basta vivir; el alma debe ser una libertad.

La vida sin amor es como una selva sin pájaros: está triste.

Hay felicidad en los dolores del espíritu humano; pero piérdese por falta de sabiduría.

El amor es el bien.
El alma dice á las tinieblas: Apartaos de Dios.
El alma es feliz: es un pájaro que abandona su nido para volar sobre la nube.

¿Qué pedimos á la vanidad? El placer es lo que el hombre: un poco de tierra y un soplo.

Las alegrías de la ignorancia no serán duraderas: únicamente la virtud carece de alegrías inútiles.

Cuando tu inteligencia se confunde con tu corazón y se convierte en piedad, estás en buen camino: amas.

Hoy, en la felicidad, en medio del día, la virtud, como la flor, tiene aroma y es bella; pero es más bella cuando tiene lágrimas.

La lágrima es el aroma de las flores marchitas.

No es justo que el corazón esté solo; pero yo prefiero estar solo á estar fuera de mí.

El amor es la lógica del ideal.

Oigan todos á su virtud, y duden de los consejos de sus padres, y de los libros que carecen de sabiduría. No debemos confundir las inspiraciones de la inteligencia con la sagacidad del egoísmo.

El espíritu humano está vacío de caridad, y la noche, es decir, la soberbia, cae sobre el vacío del espíritu humano. ¿Qué falta? La vida, el aire respirable, la luz. ¿Hay luz sobre la muerte?

Para el que ha caído en el abismo, no hay espuma, ni barcos coronados de flores, ni auroras que brillan en los cielos, ni soledades espléndidas que se reflejan en las aguas.

Dices: Ya está hecho. Y yo te pregunto: ¿Qué hiciste? ¿Tu felicidad?

Adcrad á Dios en el bien, é imítadle en el amor.

Dios es la luz de la sabiduría.
Amad á Dios: este es el consejo de la felicidad verdadera.

La democracia es el imperio de la razón y la gran filosofía del cristianismo.

El brillo de la dicha nos parece triste cuando la vemos reflejado en la conciencia.

Todo es amable: la voluntad de Dios, la constancia de un amor humano, la fidelidad de un perro, el aroma de una violeta, el gérmen de una planta, el trabajo de una hormiga... ¿Quién sabe amar?

Somos tan miserables, que debemos nuestras alegrías á la fé de la razón.

En presencia de las necesidades y dolores de la humanidad, el sábio debe tener algo superior á su sabiduría: ese algo es una lágrima.

El que sabe amar, amaré; el que ama, soñaré; el que sueña vive en un pensamiento ilimitado, en la meditación, entre la estupidez que ríe y la esperanza que llora, entre el hombre, que le abofetea, y Dios, que baja para santificar su frente con la luz de la resignación infinita.

Todo amor que no es caridad, es injusto.

Las lágrimas del egoísmo son lágrimas de hielo; la risa de las almas profundas parece una convulsión dolorosa; una frente serena puede ser una amenaza... Todo es misterioso: el pensamiento niega la fé de los sentidos.

Amar es soñar en Dios, vivir en la caridad, purificar el pensamiento en una confusa meditación religiosa, condensar en una virtud todo lo bello, todo lo verdadero, todo lo infinito; es decir á la filosofía humana: Tú no estás en mí, porque no estás en la luz.

Jesucristo vino á darnos una ilusión, y no la fé.

Nos amamos, porque podemos amar á quien nos aborrece.

La ignorancia es una exajeración del placer. El placer es como algunos árboles: tiene ramas, pero no tiene flores. Y un árbol cuyo tronco es un nido de reptiles, y cuya copa es un adorno de ramas inútiles, no debe crecer en una tierra fértil.

El vicio colocado en una inteligencia privilegiada, se gloria de su ingenio como si fuera suyo.

Pocos hablan de la virtud con palabras humildes. Todos hablan de la duda con palabras de fé.

Cuando soy feliz, vivo pensando en mis alegrías. Y pensar es conocer la vanidad de todo.

¿Dónde está la grandeza del hombre, si no está en el alma ni en el cuerpo? ¿Qué memoria dura más que el calor de la sangre? ¿Qué juicio es más poderoso que una enfermedad? La hermosura del cuerpo no nos pertenece.

Amar la belleza es amar á Dios.

Cuando digo: *Puedo ser dichoso*, no me alegro de mi poder.

La ignorancia grita: Esa literatura es nueva. Lo desconocido no es nuevo.

Hombre feliz, pensamiento inútil.

Lo que nos parece más bello es una imagen de la nada de nuestra fantasía. Lo que nos parece más vano es una imagen de la vanidad de la razón.

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

VISITA A LOS MUERTOS.

I

Si á todo ello presidió un cálculo maduramente meditado, cosa que no puedo asegurar, diré que hubo acierto en la designacion de un día melancólico de Noviembre para la conmemoracion de los fieles difuntos. Porque si esta solemnidad no cayera sino en el corazón del verano, el contraste entonces de la muerte, de su frialdad intensa, de la helada que siempre deja caer sobre los corazones á cuyo lado pasa, de la especie de panofobia que su oscuridad inspira, de su dureza marmórea, de su aridez desesperante y de su silencio despreciativo con los excesos de luz recorriendo el espacio durante la canícula, con los triunfos del sol, con las transparencias del cielo, con la sonrisa de los horizontes, con la exuberancia de los bosques y de los valles, con la incesante cancion de los pájaros, con la sonoridad de las tempestades, con las incansables correrías de las mariposas sobre las flores, con los latidos isócronos y el temblor de alegría que vitaliza toda la tierra, hubiera sido demasiado cruel, acaso perjudicial á la salud del espíritu y como una confirmacion de las contradicciones del maniqueísmo.

Y si el día que concedemos á los muertos fuera uno de los más frios de Diciembre, la muerte entonces dejaria de impresionarnos, de sorprendernos, como conviene para despertar los corazones y convertirlos, de la rutina y de los intereses transitorios de esta vida, á las graves consideraciones de la eternidad; como que habria entonces demasiada analogía entre la muerte del hombre y la vida del universo, tal como aparece en invierno, ningun contraste entre los muertos y el sudario de nieve que pesa sobre la tierra, y el sol cadavérico en un cielo plúmbeo, y las vidrieras, los ojos del hogar, deshaciéndose en lágrimas y las gárgolas y los canalones y las vigas salientes bajo las techumbres, agigantadas por moles de endurecida nieve, semejantes á narices de perfiles varios, á cual más grotesco (como abundan en los salones de dibujo elemental), y más afeadas aun con prolongaciones colgantes como las carúnculas de los pavos. Todas las fases de la muerte, las serias y las burlescas, aparecen entonces saturándonos de ideas de destruccion y nulidad.

Se comprende muy bien el día de difuntos en medio del otoño, en la melancólica estacion del tránsito de la vida estival á la muerte del año y de la naturaleza que nos rodea. Hay en este caso analogías, en conveniente medida, entre la naturaleza y nuestro destino, para templar la fuerza de los contrastes entre lo que muere esperando resucitar en primavera, y lo que de nosotros, míseros vivientes de un solo día, desaparece en la eterna noche y el invierno irremisible. Pero si hay acierto, como digo en la eleccion del día, añadiré que no lo hallo cuando procuro explicarme la intervencion ó intrusion del buñuelo en estas fiestas del dolor. Pasteles, ojaldures, hojuelas, rosquillas y otras golosinas elaboradas con la misma masa del buñuelo de nuestros días, sé que se comian con gran apetito por personas de todas edades, allá en la antigua Grecia, para solemnizar las fiestas ó los dolores de Orfeo; aquel dios de la armonía, que segun Quevedo nunca parece que la conoció en la compañía de su amada Eurydice; por lo que, segun el mismo nombrado autor de *El Sueño de las Calaveras*, cuando Eurydice murió procuró él bajar á los infiernos, no á buscarla precisamente, como han propagado los sacerdotes de aquel culto, sino para asegurarse bien de que su esposa habia ido á parar allí efectivamente. Las tortas enmeladas además, que segun otras historias y rituales, habia que ofrecer al canchero ó conserje del profundo bátraco, para conseguir la entrada en tan peyor lugar y registrarle por un momento, así como lo hicieron Eneas, hijo de Anquises, y otros hijos igualmente piadosos; me dan explicacion suficiente de la estrecha relacion entre las buñolerías y los mausoleos ú otros lugares fúnebres de la antigüedad pagana. Pero si pasamos la consideracion á los sufragios por las ánimas benditas, en su día oportunamente marcado, entre los pueblos de la cristiandad, vanamente busco la oportunidad de esa torta horadada, de ese anillo de harina, frito en aceite hirviendo cuando las campanas de nuestras iglesias con dobles y lúgubres clamores, despiertan nuestra memoria y nos piden especialmente la renovacion de la cadena que enlaza cada corazón viviente con los corazones de sus antepasados yacentes en la sepultura. ¿Qué tiene que ver una caldera de aceite abrasador apestoso con los abismos de la eternidad, ni qué necesidad hay de que los hijos amantes ó los amantes sin ser hijos, mastiquen alguna cosa, para acordarse lo más devotamente posible de sus antepasados, ó de sus prendas queridas devoradas ya por la viviente podredumbre de los cementerios?

Recuerdo ahora el año en que más efecto me hicieron las señales del día de finados, y pensaba bien en lo que hacia, cuando comprendiendo lo que me decian las campanas y lo que salmodia la Iglesia en derredor de cien túmulos mortuorios,

resolví seguir las calles que guían á cierto cementerio de Madrid, confundido entre las muchedumbres reverentes.

El no tener que hacer, ni ganas de hacer tal cosa, confieso que fué lo único que me obligó á permanecer todo aquel día encerrado en mi cuarto de estudiante. Yo pensaba en los muertos, sí; pero en eso suelo yo pensar siempre que me domina la pereza, por lo cual he considerado más de una vez que este mal llamado vicio capital produce en mí efectos de virtud misericordiosa. A la pereza, pues, al desgan de vida activa, y no á los llamamientos de la Iglesia vigilante, ni al empuje de las gentes que obedecían á la costumbre tradicional, repito que debía yo mis pensamientos sobre los novísimos y postrimerías del hombre. Más de mil veces hice aquella tarde lo que hacen muchos solitarios en su olvidado rincón, aunque más especialmente en largas noches de malestar, noches viudas del sueño: iba de tiempo en tiempo á examinarme la lengua en el espejo, á verme el rostro, á verme, porque ésta no siempre es operación de la vanidad, sino parte del deseo de conocerse uno propio, y acordarse de sí mismo y de lo que parece á los demás; puesto que nada olvida uno tanto como su propia fisonomía con su sello distintivo. También consulté varias veces mi pulso, siguiendo con la vista el secundario de mi antigua cebolla de oro; y luego, arrebatado por el diablillo de la aritmética, me puse á contar las vigas del techo, las tabillas de mis persianas, y finalmente, las hebras de un rizo del color de aquel oro con que el sol y yo jugueteábamos más alegremente.

Luego empecé á encender fósforos y más fósforos, uno tras otro, solo por el gusto de ver saltar la llama repentinamente, de sentir el fuego entre mis dedos, con lo que suelo gozar más en mis horas solitarias que el niño rompiendo juguetes de resorte y cajas de sorpresa.

Cansado de despertar la vida en las cerillas, se me antojó seguir los efectos de la llama en algunas de ellas, hasta verlas consumidas casi del todo y tener que sacudirme violentamente los dedos con el dolor de la quemadura. Cada fósforo de aquellos me recordaba un amigo ó una amiga muertos de excesos de vida apasionada. En el primer momento la llama del fósforo subía al cielo y la cerilla también mantenía erguida su cabeza y yo la hacía bailar un vals de algunos segundos entre las yemas de mis dedos. Muy pronto la llama, bajando, llegaba á interesar aquella parte del fósforo que, cuando este se nos figura que es un cuerpo humano, debe representar el pecho. Cuántas cosas pensaba y recordaba yo en aquel punto, viendo salir de aquel pecho de cera una lengua de fuego devorador, y á mi pobre fósforo inclinándose cada vez más su rendida cabecita para mantenerla con asombrosa insensatez hundida en la llama de su corazón, como sér resuelto á vivir tan solo de sus pasiones, y á solo deber la muerte á la fatalidad de su propio destino.

Había visto ya suicidarse á unos veinte en esta forma, cuando supe á cuántos estábamos y me hice cargo de los dobles de las campanas y entré de lleno en la atmósfera moral del día.

Doblé la frente, me amortajé con la capa y salí diciéndome:

—Una visita al cementerio. Allí bien puedo seguir haciendo lo que aquí, entregarme á mis entretenimientos de cuando no duermo ó no tengo nada que hacer. Allí veré mis fósforos, fantoches ó títeres de Guignol, ó figurillas de maese Pedro, por un esfuerzo fácil de la imaginación; pero los veré más crecidos, en un retablo más en grande y vistoso, y serán cirios estilistas, en número de diez ó doce delante de cada nicho, sobre negros blandones por columnas, y achicándose y encorvándose más por momentos, como para atravesar la más baja de todas las puertas.

—¿Con cuál de mis muertos iré?—preguntéme ya en la calle.—¿O con cuál idea de la muerte y personificación suya, iré preparándome en el trayecto hasta llegar al sepulcro de mi amigo Felipe Dolmeda, hecho por suscripción entre sus compañeros de universidad, y por tanto con un desembolso por mi parte de catorce duros? ¿Iré con Espronceda? La muerte de su ideal ó su ideal de muerte, habla así en *El Diablo Mundo*:

*Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores;
Y ofrezco lecho de flores
Sin espinas ni color;
Y amante ofrezco el cariño
Sin vanidad ni falsía;
No doy placer ni alegría,
Más es eterno mi amor.*

—Pero esta muerte virginal y etérea, se me antoja que tropieza y puede caer en el prosaico empedrado de buñuelos que conduce hoy al campo santo,—me dije allá para mis entretelas ó sudarios.—Antes que Espronceda acudió á mi memoria el nombre, la sombra de Quevedo. No sé por qué se me figura que hay más lágrimas en las risotadas de Quevedo que en los dolores de Espronceda. Por eso fueron igualmente desatendidos; porque Espronceda buscaba compasión poniendo de relieve sus desventuras, y Quevedo quería disimular las suyas despreciando las comparaciones de sus semejantes. Y el mundo descreyó al uno lo mismo que al otro; á Espronceda por lo que ha parecido dos generaciones graciosa y no sentida exclamación:—*¡Malditos treinta años!*—

¡Funesta edad de amargos desengaños!—Y á Quevedo por lo que jamás pensó, ni dijo ni escribió jamás.

Y luego añadí:
Desde ayer, que estuve hojeando al autor de *El Caballero de la tenaza* y de la *Visita de los chistes*, oigo su voz repitiendo á mi oído lo que en una de estas obras dejó estampado:—«Vivo has de venir conmigo á hacer una visita á los difuntos, que pues han venido tantos muertos á los vivos, razón será que vaya un vivo á los muertos.»—Yo no recuerdo que hayan venido muertos á visitarme á mí, como no sea Espronceda y otros parecidos á él, que bien muertos estaban ya cuando quisieron dar al mundo ó á la gloria muestras de que vivían ó habían vivido. Pero de vivos que bajan conforme viven á visitar forzosamente la morada de los muertos, de esos tengo más de una noticia sin aludir con esto á los tratados de catalepsia. De todos modos, si he de ir vivo y aun redivivo, como Quevedo quería, á hacer mi visita á los finados, tomaré por guía la muerte tal como la vió el mismo Quevedo, al hacernos su retrato:—«Parecía mujer, recuerdo que dice, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotos, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo abierto y el otro cerrado, y vestida y desnuda de todos colores; y por un lado era moza y por el otro era vieja.»—No parece sino que el pesimista Quevedo había visto en una sola pieza los dos tipos mortales ó mortíferos que muchos años después retrató el pesimista Leopardi en su diálogo de *la moda y la muerte*, que bien pudiera titularse también:—*Las alegres comadres del Diablo Mundo*.—Pero qué punto de semejanza habría entre la *virgen de los últimos amores*, que vió Espronceda al retratar la muerte, y la repugnante prostituta que diciendo arrogantemente á Quevedo:—*Yo soy la muerte*, se presentó, como acabamos de ver, tan recargada de arrequives á aquel gran incrédulo que parece haber pronunciado delante de ella la tristísima cuanto sincera confesión:

¡Yo, ni los V... ni los diablos veo!

—¿A cuál de los dos creer? ¿A Espronceda ó á Quevedo? Por de pronto, iremos á la visita con el ideal y el recuerdo del último, á cuya opinión parece más inclinado el mundo que me cerca con su poco reverente devoción, y su prosa y su pringue de buñuelos. Y porque al fin Quevedo no se aleja mucho del ideal ó de los presentimientos poéticos de Espronceda, cuando al pensar que había topado con la muerte, por haber visto huesos descarnados en un cementerio, oyó la voz de su ideal que le decía:—«Eso no es la muerte; esos son los muertos, ó el vagar que de los vivos queda. La muerte no la conocéis, con ser vosotros mismos vuestra muerte. Tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos, todos sois muerte de vosotros mismos. La calavera es el muerto, la cara es la muerte; y lo que llamais morir, es acabar de morir... y lo que llamais vivir, es morir viviendo.» (1).

II

Nunca he sido aficionado á las visitas. He dejado de hacer muchísimas que debía, porque no me las pagasen ó devolviesen. Porque en esto de visitas, lo mismo que en el engorro de la correspondencia por escrito, siempre ha de haber un infeliz en deuda con otro; y el único medio de romper esa cadena pesadísima de deudas tras deudas, para una persona de juicio, es decidirse á quedar debiendo eternamente una sola carta y una sola visita á cada uno de nuestros ausentes y de nuestros amigos, incluso los médicos.

Respecto á los muertos, digo lo contrario, y solo porque me las pagaran había de hacerles á algunos de ellos más de una visita diaria, y no de médico; si no fuera porque ya las hago indirectamente, pues suelo rondar sus habitaciones, ser nocherniego de algún cementerio, como en él no se perciba la hedentina, tolo en busca de silencio, de ese silencio que no se encuentra ya en ningún otro punto de Madrid, silencio indispensable para conversar con mis muertos íntimos. Quiero decir, que paso por esas ciudades profundas, indiferente á las lápidas y á las inscripciones, que me guardo bien de leer, con el mismo escrúpulo con que respeto carta cerrada cuyo sobre no se dirige á mí. En mis dos de Noviembre, pues (hablo de los de los de mi almanaque particular que reza por lo menos doce al año), los cementerios de Madrid no me prestan más que su silencio y yo pongo las sepulturas.

Por muy demócrata que uno sea ó lo haya sido ó haya tenido que parecerlo, para probar á lo que sabe llamar amigos y correligionarios á unos pocos; nunca he podido consignar en mi *Constitución del 69*, el derecho de reunión y asociación en todo terreno indiferentemente y para todos los altos fines de la vida. Me ha parecido más racional y necesario el derecho de estar solo y sentirme solo al visitar los más notables monumentos de la antigüedad, ciertas maravillas de arte, los ejemplares de un arte cuyo secreto murió con los genios

(1) Estas palabras de Quevedo, como también las citadas antes, se encuentran en aquel de sus sueños que se titula *Visita de los chistes*, que en el fondo es más bien una visita á los muertos.

que lo elevaron á la perfección y tales ó cuales panoramas de la naturaleza por donde parece que ella tiene un corazón y podemos auscultarla. Visitar el museo del Prado en días en que todo el mundo tiene permiso para entrar allí y pasearse por aquellos salones tan llenos de mejor vida, es hacer lo más contrario á la práctica de un culto, es tropezar con un carnaval de sátiros robando niñas virginales, cuando vamos en busca de una Pascua de Resurrección y es hacernos por fuerza cómplices de groseras violaciones. Yo no puedo leer un libro, por mucho que me interese el asunto que su título propone, si viene á mí ya con las señales de que ciertas manos lo tocaron y con la peste de tabaco de ciertas respiraciones entre sus páginas. Por eso prefiero el ejemplar nuevo, sin empastar, bien impregnado aun del olor acre de la prensa, y obligándome á cortar las hojas con la plegadera, pues el libro así me trae más virginales sus ideas, y sobre todo, tales como las engendrará el cerebro del autor. En cuanto al Escorial, prefiero el de Felipe II al de una trulla ó patrulla de viajeros compinchados para recorrer juntos la tierra con billetes de Cook. Pues afirmo que el propio monumento de Don Felipe, según mis impresiones, pasa á ser obra monstruosa de la más vil muchedumbre, en cuanto pululan por aquellos recintos unos cuantos representantes del mundo anónimo. Para que el Escorial sea de quien lo ideó y lo hizo, necesario es que yo lo vea sin una mayoría que se me imponga y se lo apropie. Entonces yo solo me sepulto allí, penetro en el mundo de las almas elegidas, y cuando de allí salgo me llevo, y aun me duran por muchos días, los aromas de un viaje alrededor, digo mal, no al rededor sino al interior de una gran vida.

¿Pues qué diremos de un cementerio de Madrid en la víspera de un día de difuntos? Para mí deja de ser lo que es, cuando asisto á un entierro, y cuando le veo convertido en paseo de unas cuantas familias poco penetradas de lo que están haciendo.

Contra lo que disponen las leyes modernas de la higiene, han pensado almas piadosas que los cementerios deberían ocupar el centro de cada barrio populoso, para morijerar con su aspecto las costumbres, y ser como fieles centinelas de la eternidad, dando el quien vive en nombre de la muerte á los infinitos centros del vicio, de la prostitución, de la infamia.

Todo se conseguiría, con esta vuelta al culto de los muertos, según los antiguos; menos lo que se proponen varios consejeros de la piedad, poniendo un centro de muerte dentro de cada centro social como está la niñeta oscura en medio de la pupila. Para eso bien podían influir los entierros. Rara es la calle de Madrid por donde no pasen tres ó cuatro cada día. ¿Y qué propósito malsano, qué cita con afán solicitada, qué mercado infame, qué vicio mimado, qué emboscada en preparación, quedaron interrumpidos y dejaron de llegar á su fin y coronación por la vista de un ataúd?

—¡Ya, eso!...—me objetaba un sacramentero ó sacramentalista;—pero es por que en un entierro, además del muerto que el ataúd lleva, van otros sujetos que llevan el ataúd; y yo de mí sé decir que nunca he llegado á persuadirme de que vendrá día en que sea yo quien vaya dentro de la caja. Ahora lo otro sí, tengo esa costumbre, lo hago por devoción y por eso entré siendo todavía muy mozo en una sacramental.

Por razones que con estas se rozan, prefiero yo que los cementerios estén á alguna distancia de las poblaciones, y á ser posible en una montaña. Digo de los barrios de la muerte lo que digo del mar. No conviene recibir sus impresiones de continuo, y como cosa corriente y á la vez que otras impresiones con que la vida cotidiana nos urge hasta embotarnos el sentido. No nos conviene que la visita á la muerte, ó de la muerte, sea cosa tan fácil que lleguemos á familiarizarnos con ella; pues aquí también se cumple aquello de que la mucha familiaridad y los excesos de confianza son causas de menosprecio.—Procuremos que en el mar haya algo más que agua para nuestras meditaciones, y en la muerte algo más que el vacío y la nada de las sepulturas, para no desganarnos de creer y orar.

Doy por eso con gusto largos rodeos cuando me dirijo á la una ó á la otra de estas dos inmensidades: con gusto salgo entonces de casa, del barrio, de la bulliciosa capital, busco un cansancio de dos leguas, y dejo atrás todo lo que no conviene que me siga, hasta llegar muy solo á la playa, apto para recibir en secreto la impresión virginal de lo inmenso anegado en lágrimas.

El cementerio en la tarde de Todos los Santos tiene el aspecto de una exposición ó de una feria fúnebre de las vanidades. Los corazones disputan con los nichos á cuál está más vacío, y algunos de aquellos que han conseguido hacerse lápidas, juegan al escondite con las lápidas. Ni detrás de éstas, ni dentro de aquellas es fácil hallar lo que se busca.

En la tarde á que me refiero, se me figuró, desde que empecé la marcha, que los muertos en cuestión no eran otros que los antiguos sistemas de alumbrado, anteriores y posteriores á las lámparas de M. Quinquet, los cuales hoy han cedido el puesto al gas hidrógeno, al petróleo y á la electricidad. El olor penetrante, acre y nauseabundo del aceite refrío que salía de las tascas y buñolerías, impregnando de prosa y de dejos de pabesa, la atmósfera de Madrid, mientras las campanas clamaban

reaban sin compasión, me hablaba únicamente del fallecimiento de las lamparillas de alcoba, de las mariposas, de las sombras, de los faroles de la extrema-unción, al mismo tiempo que algunos hombres que habían pasado cerca de mí con haces de velas, y luego los regueros de gotas de cera en las galerías y patios de la Sacramental, me confirmaban en la idea de que habían finado para siempre las luces del altar y de las fiestas reales de la Edad Media.

Y una buñolería en cada esquina, y entre esquina y esquina otra; y un buñuelo en cada boca, y todo el óleo del Samaritano en cada buñuelo, me decían también que los muertos á quienes se honraba acababan de entrar en putrefacción.

—Y si no, me pregunté entrando en el cementerio, —en qué semblante de los muchos que ahora se apiñan alrededor mio, se descubre el sello, la más leve indicación, el disimulo siquiera de un dolor en consonancia con la solemnidad de un verdadero día de finados?

¡Y lo que es la tenacidad del pensamiento, la temeraria persistencia de una idea fija! Desde aquel punto ya no me propuse otra cosa más que ser inquisidor de las fisonomías, de los ojos, de los pañuelos, de las frentes, de los ademanes, de los rumores, de los hábitos, rebuscando nada ménos que el grado de parentesco, el vínculo estrecho, natural ó electivo, de algunos rostros que me llamaban más particularmente la atención, con las lápidas en que fijaban la suya. En ninguno, en nadie descubrí las lágrimas que buscaba. Verdad es que tampoco las hallé en mi corazón á quien antes las había pedido! Lágrimas! Solicitarlas en aquel momento, y en aquel *mare-magnum*, era pedir cotufas en el golfo. «¡En casa del herrero cuchillo de palo!» — «¡Si serán las lágrimas otro de los aceites cuya desaparición se esté celebrando en el actual 2 de Noviembre!» — Esto añadí á mi monólogo.

¿Pero qué monólogo está hoy seguro de no ser roto en diálogo por repentina intrusión?

—¿Quiere el señor que yo le enseñe algunas cosas? ¿Cómo está el señor? Buenas tardes. Soy uno de los zacatecas de la sacramental. José de Arrimateas, que el señor habrá oído nombrar. Aquel es Nicodemus.

—Quisiera estar solo.

—¿No quisiera usted ver el palio nuevo?

—No.

—Hay allí algunas mejoras que merecen visitarse. Allí está el sepulcro de D. Felipe Dolmeda, el literato que se suicidó ahora dos años en Biarritz.

¿Le conoce el señor?

—Luego, luego.

Dije esto con tal énfasis, que me creí obedecido y seguí mi trabajo de adivinación.

Una anciana venerable daba vueltas en derredor de una sepultura fastuosa. Parecía muy afligida, y en ocasiones se inclinaba demasiado á la tierra, como en busca de alguna cosa que se la hubiera perdido.

—Esa es la madre, —exclamé en voz alta. —Ahí está el sufrimiento sincero que buscaba con interés.

—¿Cuánto me da el señor, —dijo el Arrimateas de antes, que seguía pisándome los talones é interrumpiendo el curso de mis ideas; —cuánto me da si le declaro el negocio y le entrego lo que esa buena señora anda buscando?

—Quisiera estar solo, le digo á usted.

—Esa señora busca un billete que se le cayó del bolsillo al sacar el pañuelo para espantarse una mosca ó una lágrima.

—Se mete usted en todo lo que no le importa.

—Lea usted, —dijo él acercando á mis ojos el billete abierto.

Estaba escrito en caracteres muy grandes, como para que pudieran leerle ojos cansados. Decía en tres renglones: —«Esta noche, á las diez. Tú llevarás la página que dices de la *Celestina*, y yo el capítulo de Zola, y si las ilusiones son completas...»

—¡Mentira! —exclamé irritado. —Ese papel no ha estado nunca en poder de aquella señora.

—Vea usted, —dijo mi cicerone, y acercándose á la señora mayor añadió presentándole el papel:

—Mi generala, ¿es esto lo que Vd. busca?

—¡Ay, José, gracias! —balbuceó la generala con voz temblorosa. —Me ha quitado Vd. un peso de encima, una losa del corazón. Tome Vd. el hallazgo.

Y se apoderó ella del papel y dió lo que decía en cambio, todo con movimientos rápidos, juveniles, cálidos de *calinerie* parisiense.

—Todo ha muerto, dije, viéndola escapar de aquel patio. Todo se ha perdido.

—Ménos el amor, —añadió José de Arrimateas.

—¿Quién dice que eso no sea un sepulcro vivo, en donde las pasiones no puedan acabar de morir?

—Calle Vd. que deseo adivinar á quién llora aquel caballero.

—¿Aquél de sesenta á setenta?

—Se ha detenido delante de tres sepulcros, y el rostro aquel da señales de que ha llorado el buen señor.

—El primero de los tres nichos guarda los restos de una joven de veinte años, en el segundo enterramos á otra de diez y siete y en el tercero cumplió los quince la...

—¡Calla! ¿No ves cómo llora el pobre padre?

—¡Sí, padre! Yo fui criado del señor baron, y recuerdo que en una carta de las muchas que lle-

vé á personas de su conocimiento especial, decía, entre otras cosas: —«Quevedo parece que me está dictando y así os digo, señora mía, que si yo quisiera que me llamasen padre, en mi mano estaba hacerme fraile ó ermitaño. Desengáñese vuestra merced, yo no puedo ni tragar ni probar los manjares de Saturno.»

—¿Pero no ves cómo llora?

—No siempre es el dolor el que nos hace sentir la dulzura de las lágrimas:

«La juventud, convenido,
Suele hacer cosas non santas;
Pero á veces, convengamos,
Suelen ser bien dulces faltas.
Viejos hay que se arrepierten
De sus locuras pasadas
Con el fin de procurarse
Ocasión de recordarlas.»

—Este epigrama es del baron.

—Tome Vd., tome Vd. y déjeme en paz, —dije enfurecido dándole un duro.

—¡Requiescat! —respondió el hombre haciendo una inclinación de cabeza con la grotesca rapidez con que un pato en su estanque dobla y hunde cabeza y cuello, é *incontinenti* se vuelve enseñando al espectador la cola empinada á flor de agua.

Con la oposición se agravó mi deseo de indagar por el rostro de algunas personas, no diré las más tristes, pero sí las más serenas, qué grado de verdad había en el dolor de los corazones.

Pasé más pe dos horas aguzando el oído, afanado en percibir, en medio del rumor propio de las muchedumbres que quieren hacer silencio, algún sollozo sofocado á medias, algún hipo de angustia venciendo el pudor de una tristeza magna que luchara por no ser descubierta, un nombre pronunciado en voz baja por quien lo hubiese pronunciado así durante muchas noches, dos ó tres meses antes, á la cabecera de un enfermo bien amado; y nada, yo no oí nada, nada sentí que me hiciera decir de aquellos grupos entrantes y salientes: — ¡Aquí vienen ó ya se van las familias de estos muertos!

Luego pensé que si las consideraciones mundanas, el respeto á las conveniencias que no sé por qué se llaman así, el miedo á la crítica, á la murmuración ardiendo más que aquellos hachones, vedaban la manifestación de los dolores sinceros á inconsolables; en cambio los pensamientos que dominan un cerebro con exclusión de otros pensamientos, las ideas fijas, las memorias siempre vivas, los nombres grabados con letras de fuego dentro de pechos que han amado una vez, hallan en todas ocasiones maneras de esteriorizarse contra la voluntad de los mismos que los sufren. Estas voluntades muertas para el mundo son las que acusan más pura y espontáneamente la existencia de sentimientos nobles, escondidos bajo apariencias impenetrables.

Entonces estudié el andar de algunas personas, y casi les pedía con el deseo alguna irregularidad en los pasos; y no sé si con alguna mirada indiscreta rogué á un joven solitario que interrumpiera de pronto sus paseos con paradas como las que impone al cuerpo el pensamiento cuando más rápidamente anda este girando en derredor de un recuerdo, de una esperanza ó de un problema; —y pienso que mendigué de otra persona simpática las actitudes copiadas por pinceles místicos, en las que dicen tanto dos manos enlazadas sobre el pecho, dos brazos cruzados sobre el corazón, una mejilla medio apoyada en la palma de la diestra; y quise que una niña, ya con la inquietud de los quince años en todos sus movimientos, fuese á sentarse en cierto banco de piedra para arrodillarse disimuladamente, cuando todos, ménos yo, creyeran que lo hacía tan solo por descansar del paseo, y nada más. Pero no ví, no sorprendí ningún dolor, ningún amigo premoriente reviviendo un minuto en el amigo superviviente. Y seguí, exaltándome y persistiendo con tenacidad enfermiza en mis cavilaciones; y llegué á querer interpretar supersticiosamente las cosas inanimadas en favor de mi idea de la muerte, ó más bien en obsequio de los muertos que allí reposaban; el roce de los vestidos, el crujir del raso, el aleteo dado al aire por una mantilla que se iba cayendo de los hombros de su dueña; y recorrí las cornisas con la vista, buscando pájaros agoreros, insectos feos y negros, sombras de la muerte; y nada, el repito que nada ví, nada sentí, nada encontré en el cementerio que no fuesen impresiones teatrales de la vida mundanal en sus horas de estúpida indiferencia. A las once de la noche la descuidada concurrencia era numerosísima, y mi mal humor había llegado á su colmo, cuando un chicle hambriento pasó por mi lado comiéndose un buñuelo con *stridor dentium*, y restregándose me el aceite de otro en la solapa del gaban. Entonces, todo me pareció burlas; el cementerio, las velas, los velones y las candelillas, las flores y las coronas de trapo, las cruces con sus letreros, los responsos con sus ochavos, la conmemoración de los fieles difuntos, todo, todo me pareció un descomunal buñuelo llorando aceite á lágrima viva, la refundición del gran Buñuelo de D. Ramon de la Cruz, —*sainete para llorar ó tragedia para reír*.

TRISTAN MEDINA.

(Se continuará.)

FOLK-LORE,

AL INSPIRADO POETA SEVILLANO DON LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.

Cuando, hará hoy próximamente unos seis meses, el querido amigo á quien dedico este artículo nos concedió á Alejandro Guichot y Sierra y á mí la afectuosa distinción de ser testigos de la presentación é inscripción de su hijo Luis en el registro del juzgado municipal del Salvador, de Sevilla, una serie de ideas y sentimientos cruzaron por mi mente y por mi corazón.

La inscripción de un niño en el Registro, constituye para mí un acto solemne de la vida, siquiera la irreflexión y acaso la ignorancia de los que han establecido en España esta institución no hayan sabido revestirla de las formas artísticas adecuadas á la severa majestad de aquella y á la importancia de la relación jurídica que por el acto de la inscripción se establece entre el recién nacido y la sociedad que le admite en su seno. La Iglesia católica, más previsora, más prudente, más práctica, más conocedora del corazón humano que nuestros legisladores, se mofa con razón de la torpeza de éstos: mientras los hombres seamos lo que somos, y á nadie es lícito asegurar con autoridad bastante lo que seremos mañana, las grandes ideas necesitan para encarnar en el corazón de las sociedades de grandes tiempos; los tiempos han de ser de la naturaleza de la idea á que en ellos se rinde culto. *Las apariencias engañan*, repetimos á cada paso; las apariencias, sin embargo, son algo de la cosa misma y lo primero que de las cosas conocemos, lo primero por lo que de ellas podemos formar juicio.

¿Habeis pensado alguna vez, madres de familia, lo que significa la inscripción del nombre de vuestro hijo en ese libro que se llama *de nacimientos*? La Iglesia, mediante el bautizo, le redime de faltas que ni él ni vosotros habeis cometido. La ley civil, ménos piadosa, que no le redime ni le perdona culpas que no le son imputables, se limita á inscribir su nombre y apellidos con el número de orden que le corresponde. ¿Qué será de ese nombre en lo porvenir? ¿Cuáles las notas marginales de esa inscripción? ¿Será el testimonio de ella un tesoro de inapreciable valor para formar el catálogo de los hombres que ilustran á la humanidad ó irá á formar parte y antecedente necesario del proceso que se le siga por uno de esos crímenes horribles que ponen espanto en el corazón del hombre más duro y más feroz? ¿Qué será mañana del nombre de vuestro hijo? La inscripción del nombre de un niño en el Registro tiene siempre para mí algo de incierto; algo de lo que se siente al ver una barquilla lanzada al mar. La sociedad, como este elemento tiene olas, volcanes, tempestades, escollos, sirtes, corrientes, peligros de mil géneros. La Sociedad, como el mar, ora devuelve dulcemente á la playa la embarcación adornada de alegres banderas que anuncian que el éxito coronó la empresa del marino, ora la arroja rota la quilla, deshecho el mástil y perdido el timón, contra el duro peñasco de la costa.

La inscripción del nombre de un niño en el Registro es siempre para mí una especie de oscuro, aunque no irresoluble problema. La calidad de la madera y la habilidad del carpintero que la labra influyen por mucho en la suerte de la embarcación. El niño que como Luisito Montoto y Sedas goza la fortuna de tener buenos padres, lleva ya mucho adelantado para salir airos del viaje cuya feliz partida hemos tenido la dicha de presenciar. ¡Ojalá que los vientos más prósperos le acompañen y conviertan en risueño lago las agitadas olas por que atraviesa su embarcación!...

Tal deseo formulaba interiormente, cuando mi amigo Luis, terminada la inscripción y despues de firmarla Alejandro y yo, nos dijo: «*Luisillo está llamado á ser un gran folk-lorista.*» La alusión no podía ser más delicada. Alejandro y yo somos entusiastas por esta nueva ciencia; con el auxilio de Luis, que al dedicarse á este estudio en parte obedece á sus propias inclinaciones, en parte se sacrifica en aras de nuestra amistad, escribimos hoy la *Biblioteca del Folk-Lore*. Establecer en España la institución de este nombre, conseguir que sea respetada en vez de escarnecida, y que por ella se reconstruya la historia peninsular bajo más amplia base, la historia de los dos pueblos hermanos que habitan la península, no escrita aún á pesar de los gigantescos trabajos de Herculano y los muy apreciables de Lafuente, es para Alejandro y para mí el mejor de los ideales. Realizarlo, nuestros sueños de oro.

El ver que mi amigo asociaba á esta empresa el nombre de su hijo, me era tan halagüeño, que encendió en mí el deseo de ver convertido en realidad su afectuoso pronóstico. ¿Convertía de este modo mi amor propio en grata esperanza lo que era solo una galantería de mi amigo? Acaso. La pícaro vanidad, bruja por todo extremo maléfica, nos juega frecuentemente estas y aun peores pasadas. Pensando en tal propósito soñé que mi hijo Titin me dictaba la siguiente carta, dirigida á Luisito Montoto y Sedas; de esta carta endiablada á todas veras, como se verá por su contenido, soy solo torpe amanuense:

«Querido Luisito: por el pájaro verde, que como sabes me lo cuenta todo, supe el otro día que tu papá está en camino de volverse loco, como el mio que anda poco ménos que

de atar con estos pícaros calores. Figúrate, para que no me taches de exagerado ni mentiroso, que el otro día le decía á abuela, con gran formalidad: *Titin es todo un maestro de sintáxis*. Comprenderás, Luisillo, lo que por mí pasaría al verme llamado maestro de sintáxis, ¡yo que ni aun puedo pronunciar la S ni la X y que cuando quiero llamar á mi hermano Pepe para que se siente á mi lado á jugar conmigo, en vez de decirle como diría cualquiera «Pepe, siéntate aquí,» me veo obligado á no decirle más que: *Pepe, ¡ntá!*...

¿Comprendes mi asombro al verme llamado maestro, cuando, á tí puedo confesártelo, hasta para hacerme entender necesito acompañar aquellas palabrejas de gestos y ademanes, que harían entender á un sordo-mudo mis deseos? Pues bien, papá lo dice y, lo que es peor, en casa lo creen todos, y yo que no puedo expresar mi pensamiento de otra manera, me veo obligado á seguir monosilabeando como acostumbro, no quedándome más consuelo que el de contarte mis cuitas y el de prevenirte contra los males que te aguardan, si es cierto, como me han asegurado, que tu padre se atrevió á predecir el día de tu inscripción en el Registro que ibas á ser un gran folklorista. Medrados estamos si hemos de ser *folklorizadores* algún día y si esta es la carrera á que piensan dedicarnos. Por mi parte, te aseguro que preferiría á esto ser veterinario, pues ni estos reciben más coces que hemos de recibir nosotros, á seguir las inspiraciones de nuestros padres, ni á tomar los consejos de éstos hemos de lograr triunfos más señalados y legítimos que el de aquel célebre albéitar que logró sanar en poco más de un mes al señor alcalde de su pueblo.

Prepárate, Luisillo, para que nos escapemos de casa cuando podamos, dejemos disparatar á tu padre y al mío á sus anchas, mientras nosotros nos vamos por esos mundos de Dios, en busca, no de aventuras, sino de mejor ventura que la que, á juzgar por el cariz que van tomando las cosas, en nuestra propia casa nos espera.

¿Pero qué, permaneces callado? Presumiendo acaso de reflexivo porque no me contestas, me reputas quizá como un mal hijo y te engrías con pasar ahora plaza de *maestro de fonética*, como la paso yo de *maestro de sintáxis*? En ninguna ocasión vino mejor á cuento el recuerdo de aquel «maestro ci-ruela, que no sabía leer y puso escuela.» ¿Qué sabes tú de fonética? ¿Qué se yo de sintáxis? ¿Quién nos ha enseñado estas ciencias? ¿Callas? Pues bien, sábelo. Si no te decides á aceptar mi proposición, perdemos las amistades. ¿Callas aún? Tu silencio me irrita y me obliga á decirte todo. No ya tú y yo, que somos dos mocosos, pero ni tu padre ni el mío con todos sus *doctorados* y *academáticos* saben una palabra de fonética ni de sintáxis. Y no la saben por una razón muy sencilla; porque ellos no han tenido quien se tome el trabajo de enseñárselas. ¿Pudieras tú ser maestro de fonética, sin saberlo? Acaso, ¿pudiera serlo yo de sintáxis? Quizá. De ménos nos hizo Dios.

¿A más de Pepe, 'ntá he dicho ya en una ocasión *abea, amí pan* (abuela, comí pan), acompañando la acción á la palabra; *Cancon 'ngasté* (Encarnación, venga usted); y en muchas, siempre que quiero jugar con mi padre y distraerle de su monomanía: *Papá men, papá men*. Al decir esta frase que con las otras ha formado mis primeras oraciones, y que, á ser mi padre tan poeta como el tuyo, hubiera quizá convertido en primorosas poesías, he advertido que aquel escribía en su libro de memorias: *infinitivo (tal fecha); pretérito perfecto (antes que el infinitivo); primera de activa; imperativo; sustantivo, etc.* ¿Qué significa esta *jerga*? Para mí, *papá* es solo un sér que me acaricia y que distingo de otros que me acarician también: por ejemplo, mamá, abuela, abuelo, Encarnación. *Pan* es algo que como con frecuencia y lo que acababa de comer el día que dije por vez primera *abea amí pan*. *Abea* es para mí el nombre de otro sér afectuoso conmigo, que no es papá ni mamá y á quien mis hermanitos llaman abuela y yo *abea*, porque todavía no puedo pronunciarlo de otro modo.

Los términos *abuela* y *pan*, según he oído decir á un señor muy anciano, suponen muchos siglos de vida en la humanidad, una organización familiar muy perfeccionada y una serie de adelantos agrícolas é industriales importantísimos. ¿Pero qué sabemos tú y yo de eso? ¿Qué saben de eso multitud de personas, para quienes acaso el pan es un producto natural, una creación espontánea, como lo era el chocolate para aquella señora que al preguntarle el mozo qué frutas traía para postres, le contestó sin turbarse: melón, ciruelas y chocolate? Pues bien, querido Luisillo, el lenguaje como el pan y el chocolate de la señora es para muchos literatos un fruto natural que nace del hombre con la misma espontaneidad y soltura que las manzanas del manzano. De repente, como contestó aquel gastrónomo obligado á decir de qué había muerto su padre, cuando más engullía.

Pocos, muy pocos se paran á considerar que así como una onza de rico chocolate presupone, entre otras mil cosas, la producción y el cultivo del cacao, la de la caña de azúcar y la de la canela, y el descubrimiento de aquellos países en que se dan las mejores clases de estos géneros, tales como Guayaquil, isla de Cuba, etc., así un discurso de Castelar ó de Donoso Cortés, presupone la formación del idioma castellano y la emancipación de España del yugo romano, gótico y agareno, cuyas indelebles huellas conservamos en nuestra lengua, y la necesidad de que millones de niños como tú, nacidos en tierras españolas, hayan estado martirizando á los que le escuchan y encantando á sus padres con el clásico *ab-joo* que han dicho también, sin duda alguna los príncipes de nuestra elocuencia.

Las sílabas *pa* y *ma*, que pronunciarás pronto, son, dice, raíces verbales sanscritis que tuvieron un valor determinado en los idiomas que se hablaron primero en el país de este pájaro verde que me cuenta las cosas y forman con el sufijo *tar*, según muy reputados filósofos, el *patar* y *matar* de que derivan el *padre* y *madre* y la multitud de vocablos análogos, con que se expresan las ideas que aún no acierto á explicar ni comprender, pero sí á expresar con las palabras *papá* y *mamá*.

Mis primeras oraciones acreditan que no es regla tan general como ha supuesto el ilustre filólogo norteamericano Whithney, y que la primera forma verbal que nosotros empleamos sea el infinitivo. *Men* (ven) y *amí* (comí) desmien-

ten, en mí, la universalidad de tal regla, por lo que á veces creo que si mi papá ó el tuyo siguen con la manía de continuar apuntando en sus cuadernos todas las palabras y frasecillas que digamos, han de conseguir quizá, si su enfermedad se hace, como es de temer, contagiosa, salirse con la suya de que seamos, sin saber palabra ni saberlo nosotros, héroes por fuerza, ó á la fuerza, como *El médico á palos*, cosa que nos conviene evitar á toda costa.

Por lo pronto, la sintáxis es para mí algo que ni se come como el pan, ni quiero como á mamá ó abuela; pero algo también cuyos primeros gérmenes pueden estudiarse observándonos desde los veinte meses en adelante; yo, según me voy enterando, construí mi primera oración á los veintidós meses, esto es, hará poco más de un mes, porque cumplo dos años en el que va corriendo; antes de conocer los nombres de las cosas y de las acciones, ya combiné las veintitantas palabritas que sé y construí oraciones de activo y de imperativo; el imperativo lo manejo á las mil maravillas, cuando salgo á la puerta y le digo *adios* á papá con la boca y con las manos y con la cabeza, en vez de despedirlo, le hago siempre volver; hé aquí un imperativo que no está en las mejores gramáticas, aunque sí en una muy buena que tienen tus padres; la palabra *adios* es, pronunciada por mí, una oración elíptica que significa «*papá, no salgas distraído, fíjate en mí, vuélvete á besarme, y cuando te vayas, ven dispuesto á jugar conmigo.*»

Esta sintáxis mía creo que merece otro nombre y exige otros discípulos más aventajados que los que solo admiran pasmados y con la boca abierta los discursos de Castelar ó Gambetta que no son á la larga, ni más dignos de estudio que estas primeras oraciones nuestras, ni otra cosa que la combinación de estos elementos simplísimos cuya trama cada vez más compleja y perfeccionada constituye la lengua española y la francesa, obras de siglos y en las que han intervenido millones de hombres.

Pero rompes por fin tu interrumpido silencio. ¿Lloras?... Me alegro. No es el hambre lo que te aqueja, teniendo como yo una madre española que invierte su generosa sangre en alimentarte. ¿Lloras la pérdida del sonajero? No: toca: lo tienes debajo de tu almohada. Lloras porque sientes y piensas y no puedes hablar. Si hablaras me dirías que así como tu padre y el mío son buenos amigos, nosotros lo hemos de ser muy buenos andando los tiempos, y tanto que has de concluir por aceptar mi proposición de que nos escapemos de estos manicomios, yéndonos con la música y la sintáxis á otra parte. Tu amiguito,

Joaquín Machado y Ruiz.

Hasta aquí la carta de *Titin*. ¿Qué te parece, querido Luis, cómo nos trata el niño? Cria, cria cuervecitos y te sacarán los ojos. Nuestros hijos se nos suben á las barbas, y como hoy los angelitos nacen sabiendo, como dijo el otro, que no sé yo quién era, se burlan de nosotros y se compinchán con sus compañeros para emanciparse de nosotros. ¡Hay irreverencia igual! No contentos con ponerse de acuerdo para fugarse de nuestro hogar, nos tachan de ignorantes y locos y presumiendo ellos de prácticos y sesudos porque desdénan el Folk-lore, como otros tantos niños que desdénan esta ciencia hoy, como tu Luisito.

Que no sea éste folk-lorista, que no lo sea *Titin*; que se vayan benditos de Dios por esos mundos en busca, ¡qué insolencia! de mejor ventura que la que en sus propias casas les espera; que busquen en otras casas, en otros estudios, mejores condiciones de vida y conocimientos más útiles que en aquellas y con estos les aguardan; positivistas á su modo, que no á la manera científica, dejen á estos que ellos consideran viejos, y llaman idealistas invirtiendo los términos, en paz con su locura: sean ellos diputados, senadores, ministros, banqueros opulentos y déjenos á nosotros con nuestro pobre Folk-Lore, déjenos con la confianza de redimir de las tinieblas en que yacen envueltas á esas miríadas de sentimientos é ideas y deseos que constituyen el tejido de las obras que ellos admiran y de que acaso desean ya ser autores y de la verdadera historia humana.

En nuestra locura nos acompañan hoy los hombres más eminentes de Europa; sabe para que te consueles de las irreverencias de *Titin* y del también irreverente silencio de tu Luis, que el *Folk-Lore* no es ya, como hace cuatro años, una sociedad aislada, una ciencia de maníacos, como creen nuestros hijos: la célebre sociedad inglesa ha acordado por unanimidad en el pasado Julio una trascendentalísima proposición de M. Fenton, encaminada á combinar sus esfuerzos con los de la sociedad froebeliana, á fin de que la *pedagogía* y la *psicología* consigan sus altísimos fines, que son el conocimiento de las leyes de lo que llamamos aún el espíritu humano y la educación de los niños. la obra artística de más importancia del siglo XIX y de los venideros; educación también necesaria para que no vuelvan nuestros hijos á llamar manicomios á tu casa y á la del buen amigo que te dedica este artículo.

A. MACHADO Y ALVAREZ.

LUIS DE MORALES.

SUS TIEMPOS, SUS CUADROS Y SU ESCUELA.

(Continuación.)

Puede decirse que los cristianos hubieran ganado en Alejandria, si la explicación del dogma no la hubiesen alterado con ciertas mezclas de doctrinas racionalistas que fué el origen de las primeras herejías que dieron nuevamente impulso al Panteísmo. Pero en España todo duerme por aquel entonces en el olvido, con la invasión de

los bárbaros, que destruyeron todo lo grande, todo lo sublime, todo lo hermoso, condenándonos al embrutecimiento, hasta después de la Edad Media, ó mejor dicho hasta el siglo XVI en que todo marcha por nuevo cauce, con la aparición de Lutero, predecesor de Voltaire, cuando todas las antiguas filosofías renacen como el Fénix en sus mismas cenizas, y formando otras escuelas modernas se reprodujo el Panteísmo. Patrizzi, hizo revivir la Emanación; Jordan Bruto presentó el Panteísmo algo más completo; Espinosa lo presentó en una forma más metódica, mientras mil Padres de la Iglesia Católica por una parte, y por la otra el tribunal de la Inquisición, se esforzaban en purificar el espíritu humano de los errores en que le hacía caer los contrarios á la religión de Jesucristo.

Y mientras en España, Francia y Portugal, los Padres de la Iglesia conseguían prosélitos, en Alemania aparece Kan, jefe del movimiento intelectual de la filosofía moderna, el cual nos dió discípulos como Fichete, Schelling, Hegel y otros, que fueron más tarde los que influyeron poderosamente para fundar la escuela, que aun hoy mismo existe, y cuenta con prestigio entre los herejes de distintas naciones europeas. Y de paso diremos también ahora, que todos los sistemas Panteístas vienen siendo iguales en el fondo de su filosofía, aunque distintos aparezcan en las formas ó manera de explicarlo. Por eso Patrizzi, Jordan Bruto, Espinosa, Kan y todos sus discípulos confirman la unidad é identidad de la sustancia, de la que el mundo y el hombre no son sino atributos.

Esta es, pues, la esencia de todas las doctrinas Panteístas desde Pitágoras hasta Demócrito, desde los Vedas hasta los Alejandrinos y desde el célebre Lutero hasta Voltaire, que todos están conformes en punto dogmático, esto es, «en la unidad é identidad de todas las sustancias, de la que el mundo y el hombre no son sino los meros atributos,» ora se le dé á esta sustancia la idea y el sér, ora se le dé el nombre ó dictada de absoluto, ora el de identidad universal, ora el Yo propio, ora lo infinito ó la unidad suprema: todo es igual, todo es una cosa, todos los caminos van encaminados á los mismos fines, es decir á confirmar los mismos principios: la diferencia solo es del nombre. De estas doctrinas se comprende que todo lo múltiple, ó lo diverso y limitado no es más que fórmula ó apariencia, puesto que no existe mas que una sustancia que no se concibe sino bajo la noción de lo infinito. Tales herejías se sostenían por aquella época en Alemania y Francia, mientras por Italia se despertaba el cisma de Paulo III al lanzar la excomunión contra Enrique VIII de Inglaterra, antes de terminar el concilio de Trento, y Enrique VIII, establece después el Protestantismo, mientras Grecia empobrecía, Roma seguía aumentando su poder, y España, siempre agena á las luchas filosóficas del Neoplatismo y Panteísmo, se queda sumergida dentro de la Religión Cristiana y alentada por la fé de sus creencias religiosas se estiende por la tierra con todas sus banderas y se hace la dueña del mundo entero.

Parece mentira el poder de España; parece mentira que pudiera una nación, que apenas era nacida, llegar á dominar el Imperio más grande que conocen las épocas modernas. Recorrer la historia de nuestros gloriosos hechos durante los siglos XV y XVI, es repasar una verdadera epopeya que sólo puede cantarse en un poema. Después de las gloriosas jornadas de Sobrarbe y Covadonga, en que por Don Pelayo nos hacemos dueño de Asturias, y más tarde por Aragón, cuna de nuestras libertades, peleamos en Africa y en Italia, entrando en Sicilia y Nápoles; que peleamos contra Francia y Constantinopla, y vencimos á ambos pueblos, haciéndonos más tarde dueños del Portugal, nuestra nación hermana, y así, de gloria en gloria, de conquista en conquista, de jornada en jornada, corrimos hasta los reinados de Felipe II, en que España era tan grande como la nación que más ha dominado, y por sus dilatadas costas jamás se ponía el sol, pues éramos dueños del nuevo continente que años anteriores descubría el gran Colón para la reina Isabel I. Entonces era para España una época feliz, en que se señoreaba por la tierra. Y para tanta gloria, para encontrar España tanta grandeza, solo presentó la cruz y la bandera nacional. Este exceso de patriotismo religioso inspiró á los genios españoles; y mientras Cortés salía de Medellín, y Pizarro de Trujillo, mientras Valboa nacido en Jerez de los Caballeros, y los Albarados en Badajoz y todos corrían á la victoria teniendo que cruzar los mares, mil poetas y cancioneros quedaban en la Península cantando en cien poemas las gloriosas victorias alcanzadas por unos en el moderno emisferio, y por los Garcilaso, el Cid, Paredes, Fernán-Pérez, Vargas-Machuca, y otros miles hombres que pusieron los peñones cristianos sobre los muros de la predilecta ciudad oriental, córte que era del último Bohadil, cuando Juanes y Dorales pintaban en la tabla las imágenes más propias que pueda revelar el pincel de un artista.

Tales eran, pues, aquellos tiempos para España. Como se vé, no puede darse más grandeza para nación alguna, ni puede idearse más gloria para un pueblo.

España por entonces era un templo de dioses místicos, donde el sol del cristianismo encendía todos los cerebros, y las efigies de Dios y de la Virgen-madre eran solemne y públicamente adoradas, no causando admiración ni sorpresa la mul-

tipificación excesiva de estas imágenes, todo lo contrario, ya fuera a la santa de un nicho, ya a la estatua que hiciera Herrera, ya a un cuadro de Morales, el creyente se arrodillaba en presencia de todas estas obras que presentaban en la tierra a Dios, y ora fuera en la calle, ora en una plaza pública, allí rendía culto a la religión y al arte. Haciéndose cargo de este espíritu místico que dominaba a nuestros abuelos, bien se puede comprender que la pintura, como la escultura, tenía que llevar el sello de la época, tenía que reflejar las costumbres y hábitos de todas aquellas gentes, tenía que fotografiar, mejor dicho, los corazones de aquella raza compuesta de guerreros, de sabios, de inspirados poetas y de místicos pintores. Entre todos estos hombres, el mejor en el arte era Luis de Morales, que desde muy niño había cubierto las paredes de los templos con mil figuras divinas, a donde todos los fieles iban a adorar, inspirándose a los poetas y artistas tales cuadros los grandes conceptos que llevan a sus obras.

Se conoce que el arte cristiano era una inspiración suprema para Morales, y al arte estaba ligada su vida entera, su porvenir y su gloria, como su alegría y sus dolores. Con el arte cristiano se relacionaban todos sus pasiones, pasión pura, pasión mística. Para el que haya estudiado el carácter de Morales se explica fácilmente su obstinación en pintar solo cuadros místicos. Movíale a ello todo su amor al arte, todo su fuego religioso, que componía el estímulo principal de sus obras. El cielo cuya inmensidad azulada miraba en los días de calma, y negro y de mil colores en los días de nubes; las grandes fajas del horizonte meridional de la Lusitania y del Bétis, cuyos esplendores contemplaba; la hora de los crepúsculos siempre interesante para los pintores, por los celajes y ráfagas diversas que cubren la gran bóveda celeste; las fiestas populares y cristianas que se desplegaban en los circos con un grande aparato; las justas y los torneos que aun se corrían en Castilla; y por otra parte, las obras maestras del genio, las estatuas, los lienzos de sus rivales, los cuadros de su maestro, sus frescos, sus emociones, todo en fin, la creación de Dios así como la creación del hombre, lo estudiaba y lo hacía recaer en provecho del arte; y sobre todas aquellas emociones que venían, de la magnificencia y esplendor del mundo exterior sobre todas aquellas verdaderas grandezas para el genio, se destacaba en el pincel de Morales solo Dios, y se elevaba la belleza triunfante del cristiano, admirable cúpula del edificio sublime y siempre célebre el inmortal artista.

Examinando las obras de Morales se comprende muy pronto la verdad de nuestras palabras. Él inspirado en todas las cosas divinas le hace aparecer su época y sus pinturas ante nosotros doblemente grande.

Así lo vieron también todos nuestros antepasados al ponerle el sobrenombre de *PINTOR DIVINO*, nombre que le pertenece porque todo lo que pintó fueron *Sacras Familias*, *Dolorosas*, y medios cuerpos del *Salvador*; todas obras hechas con una precisión notable, en sus pinceles como que pintó cuadros que todas las generaciones admirarán en el arte, é hizo cabezas con los cabellos tan naturales que el mismo inteligente, el más maestro en la pintura, le impulsaría a soplarlos por ver de moverlos.

El mismo Palomino, bien docto en la materia dice, «que hizo cabezas de Cristo con tanto primor y sutileza en los cabellos que al más curioso en el arte ocasiona a querer soplarlos para que se muevan, porque parece que tienen la misma sutileza que los naturales.»

En esto del sobrenombre de *Divino*, que mereció Morales, no opina Cean Bermúdez con Palomino, y dice de Morales, que fué «llamado vulgarmente el *Divino Morales*, ó porque fueron sagrados los asuntos que pintó, ó por el mérito de su pincel: epíteto arbitrario, que por cualquiera de estos motivos conviene a muchos de nuestros pintores españoles;» y es que Cean Bermúdez no quiere reconocer que el pincel de Morales tenía más unción mística que ninguno otro de los artistas de sus tiempos; y esto solo, ya que no bastase para el caso el sentimiento religioso que llevó a todos sus cuadros, le merecieron, con justicia, el nombre que le ha reservado la posteridad.

El mismo Cean Bermúdez, haciendo una sucinta biografía de nuestro artista, al tomo tercero, página 183, dice de él lo siguiente:

«...Nació en Badajoz á principios del siglo XVI, porque era muy viejo cuando falleció, y dicen que dió nombre de Morales á la calle en que vivía. Palomino le hace discípulo del maese Pedro Campaña; pero como éste no hubiese parecido en España hasta poco antes del año de 1548, y por otra parte se hallen pinturas de Morales en la iglesia de la Concepción de Badajoz, firmadas el de 46, no pudo haberlo sido en el sentido de haberle enseñado los principios de arte; y más bien se debe suponer haberlos aprendido en Valladolid ó en Toledo, donde había muchos y buenos profesores. Aquí hubo de principiar á pintar medias figuras ó figuras de medio cuerpo para oratorios, y después para templos de Extremadura, las que diremos al fin.

»En la catedral de Sevilla no hay más que un oratorio de su mano, por lo que no puede ser cierto lo que dice Palomino de haber dejado algunas tablas en las antiguas capillas de esta santa iglesia, además de que ya no existían estas capillas en tiempo de Morales, y las pinturas trasladadas

de ellas á las modernas son de otro profesor del siglo XV.

»Se dice que cuando Felipe II trataba anticipadamente de adornar el templo y monasterio que entonces se construía en el Escorial, llamó á Morales, á quien parece conoció de antemano, para que pintase algun cuadro, y que por haberse presentado con excesivo fausto, mandó que se le diese una ayuda de costa y se volviese á su país. Pintó entonces la tabla de la calle de la Amargura, que existe en la iglesia de San Jerónimo de Madrid, donde dispuso el rey se colocase, y no en el Escorial.

»Restituido á Badajoz con el sentimiento que es natural, comenzó á decaer en su fortuna y á tener poco que trabajar, de modo que llegó á estar pobre, originado también de haber perdido algun tanto la vista y el pulso, tan necesarios á la manera que tenía de pintar. En este miserable estado el mismo Felipe II en aquella ciudad el año 1581, cuando volvía de Lisboa de apaciguar y de tomar posesión de Portugal, y compadecido le dijo: *Muy viejo estás, Morales. Sí, señor*,—le respondió,—*y muy pobre*; y entonces le señaló una pensión de 300 ducados, que disfrutó sólo cinco años, pues falleció en Badajoz el de 1586.

»Francisco Pacheco, queriendo criticar el estilo de Morales, dijo en su *Arte de la Pintura*: «Muchos hay y ha habido que han pintado dulcemente y para muy cerca, á quienes falta lo mejor del arte y el estudio del dibujo, y aunque han tenido nombre no ha sido entre los hombres que saben; ejemplo es Morales, natural de Badajoz.» Dura exposición que no corresponde al mérito de este profesor, porque dibujaba con corrección, entendía el desnudo de cuerpo humano y la dulce degradación de las tintas, y porque sabía manifestar las pasiones del ánimo. Y aunque es cierto que fué tímido en el peletear de los cabellos y barba, también lo es que desde lejos hacen el efecto necesario, aunque sea sin manifestar todo el trabajo con que están pintados.

»Palomino dijo también con poco exámen, «que no se ha visto pintura suya que exceda de una cabeza ó medio cuerpo;» se conoce que no había visto ni tenía noticia de todas las obras. Se debe advertir que ha habido y hay mucha facilidad en atribuirle todas las que representan *Ecce homines*, lánguidos, secos y descarnados, y dolorosas exhaustas y denegridas, sin contar con que este maestro tuvo un hijo y varios discípulos que aunque procuraron imitarle no lo pudieron lograr; al contrario, le desacreditaron con sus caricaturas.

Hasta aquí Cean Bermúdez; nosotros, que hemos estudiado más al detalle á Luis de Morales, le creemos el mejor pintor de su época. Debí estudiar con algunos de los muchos flamentos ó italianos que á fin del siglo XV vinieron á España á establecerse en Castilla. Como bastantes de los pintores de su época, el *divino Morales* presenta en sus cuadros un conjunto de influencias de las primeras escuelas flamenca é italiana, todo lo cual, unido á la observancia del natural, á una proligidad y minucioso esmero en los detalles, y á lo mucho que acentuaba la expresión mística de los retratos, forma una escuela especial, fácil de distinguir, y de la que se pasa muy fácilmente á la exageración y aún á la caricatura. Pinto muchas tablas figurando los retratos del Crucificado y de su Santa Madre, así como escenas de la Pasión, en todos tamaños.

Sus obras son bastante escasas, y la mayor parte de las que se le atribuyen, apócrifas unas y malas copias ó imitaciones otras; pues todo *Ecce homo* ó *Dolorosa* tímidos, secos, escuálidos, prolijos y exagerados, se supone del *divino Morales*, cuando sus cuadros no pueden confundirse con los de ningún otro pintor, porque fué solo en su manera, y en la entonación que les daba nadie pudo seguirle.

Tal era la delicadeza de su pincel y el colorido especial que empleaba, según lo dice Palomino, el autor más caracterizado que conocemos en esto de pintura. Hemos hecho á propósito esta cita, para que no se nos tache de exagerados ó pasionados por las obras y estilo de Morales, y aún así y todo, pasaremos esta plaza entre los ardientes defensores de la última serie de la escuela sevillana, porque estos no conocen más mérito que en el pincel de Murillo; y Morales y Juanes, así como tantos otros maestros de la época anterior nada saben ni nada significan en el siglo XVII, en que vivía Murillo, como lo declaran las palabras tan injurias que emplea Francisco Pacheco en su *Arte de la Pintura*, al ocuparse de Morales.

También Cean Bermúdez censura el nombre de *Divino* dado á Morales, y no está en lo justo, porque lo mereció muy sobradamente.

Con el sobrenombre de *Divino* se han conocido otros pintores de reconocida fama en la historia del arte, siendo el primero el maestro Roger Van Der Weyden, nacido en Bruselas en los primeros años del siglo XV, aprendiendo la pintura con Juan Van Eyck, y muriendo en su patria, con gran celebridad, en 1464.

Después de Weyden conócese con el sobrenombre de *Divino* á Rafael Sancio de Urbino, á Bartolomé Estéban Murillo, y antes que á éste á Luis de Morales, y todos cuatro artistas inmortales por el estilo místico de sus obras y la pureza y perfectibilidad de las figuras. ¿Desmerece, por ventura, Morales, en sus tiempos, á los pintores de primer orden? Ciertamente que no; y en tal caso, ¿cómo

no caberle el nombre de *Divino*, que tratan de quitarle Pacheco y Cean Bermúdez?

Morales lo mereció, como se vé, por su fama imperecedera, que aun hoy la tiene, á pesar de los trescientos años, casi, que van transcurridos, desde su muerte. Pero también como hombre de talento y posición, mereció este artista un puesto eminente en la sociedad. En su época más floreciente, allá por los años de 1564, cuando había ganado más dinero por sus obras en Andalucía y Extremadura, pintando tal vez sus mejores cuadros, abandonó con mala suerte su patria y se fué á vivir á Madrid, corte que era ya de las Españas y donde el lujo que desplegó fué cosa que asombró á toda la nobleza.

Tenía coches, se visitaba con toda la aristocracia, vivía en un piso principal de la calle de Toledo, tenía un tren de casa que ni el de un ministro principal. Efecto de su popularidad y del dinero que gastaba en todas partes, llegó á gozar de un nombre respetable.

Todos los días paseaba en un coche por las principales calles de la corte; y en aquella época, el hombre que como Morales podía gozar de su vida, fué porque su posición era de las primeras de la corte. Así fácilmente se comprende que Morales se hizo ver de todos muy pronto, hasta del mismo Felipe II.

Cuéntase que una tarde en que iba el monarca acompañado de su ministro Antonio Perez, vieron atravesar por la calle de Bordadores al pintor, que se dejaba conducir en uno de sus carruajes tirado por dos caballos.

—Dime, Perez, ¿quién es ese señor de tantos coches?—preguntó el rey á su ministro así que divisó al pintor.

—Ese es Morales, señor.

—¿Morales!

—Luis de Morales.

—¿Luis de Morales á secas?

—Sí, señor; Luis de Morales, el célebre pintor que tanto nombre tiene por los reinos de Extremadura y Andalucía.

—Bien, parece algun millonario.

—Pues todo se le puede dispensar, por su habilidad en los pinceles...

Y al siguiente día de el en que tenía lugar el anterior diálogo, don Felipe II mandó llamar á Morales para que le hiciera algunas obras de asuntos religiosos, y después lo mandó á San Lorenzo del Escorial, que por entonces se construía, y en él permaneció haciendo algunos cuadros para particulares y conventos de la corte, al par que dirigía las pinturas al fresco que aun lucen las paredes y bóvedas en algunas habitaciones del real sitio del Pardo, donde solo se conserva hoy dos cuadros suyos.

Pero ya sea porque Morales no servía sino para pintar bajo el prisma de sus sentimientos, sea porque le empezaba á faltar la vista, ó porque su avanzada edad no le permitiera trabajar, es lo cierto, que pidió licencia al rey para retirarse á su casa y en ella disfrutar de la soledad y descanso paterno, en el hogar de su infancia.

Desde entonces, que era el año de 1570, Morales vivió en Badajoz, donde se dedicaba al descanso, pasándolo en la miseria más grande que idear se puede.

Para comprender bien la posición de Morales en su última época, debemos decir que en poco más de doce años vendió todas las fincas que poseía en Badajoz, y donde casado, desde 1540 con doña Leonor de Chaves, de quien tuvo dos hijos, José, que falleció bien joven, y Cristóbal, que fué pintor, tuvo que verse en la mayor miseria, á pesar de ser maestro de la Catedral y como tal gozar de una renta de 200 ducados.

Copiaremos á este fin un auto capitular de aquella misma Catedral, en que prueba dos extremos; primero, que era pintor de ella, y después que vendía en 100 ducados, quizá la última finca que había heredado de sus padres. Dice así este dicho auto:

«Viernes 11 de Febrero de 1575: en este día y cabildo, Luis de Morales, pintor, pidió licencia para traspasar dos mil cepas de viña, que tenía en la vega de Mérida, en la alta, que eran de Diego Gil, al licenciado Buenavida: declaró que le dá por ellas 100 ducados; pagó de la décima 110 reales, los cuales recibió el señor Racionero Segura. En este día y cabildo los dichos señores dijeron que daban licencia al dicho Luis de Morales para que haga el dicho traspaso de la dicha viña al dicho licenciado Buenavida, etc.»

Este instrumento, demuestra más que nada, la necesidad en que vivía Morales, bien que á falta de citas bastaría con la siguiente que más al pormenor refiere su entrevista que tuvo con el rey en el palacio del marqués de La-Lapilla.

En 1581, de paso Felipe II al Portugal, llegó á Badajoz, donde permaneció algunos días, y en cuya ciudad vivía Morales.

Preguntó el rey al marqués de la Lapilla por el artista así hubo llegado, y mostró vivos deseos por hablarle.

Súpulo Morales, y corrió á ponerse á los pies del rey.

Felipe II lo recibió con singular agrado, y le dijo al verle tan mal vestido:

—Muy viejo estás, maese Morales.

—Sí, señor, muy viejo... y muy pobre,—le replicó el artista.

—¿Conque muy pobre, eh?—repitió el rey.

Y enseguida, volviéndose al tesorero, dijo Felipe II:

—De las arcas reales de esta capital le darás doscientos escudos anuales para que coma Morales.

Pero el pintor quedóse fijamente mirando para el monarca, y haciéndole una reverencia, le añadió lo siguiente:

—¡Señor!... ¿y para cenar?...

—Que se le señalen ciento más para cenar,— volvió á repetir el rey.

A tal estado llegó el pintor célebre: al mismo de otros géneos inmortales como Cervantes, Camoens, Olivay, Ariosto, Dryden, Milton y otras celebridades científicas y literarias, que los más de los días carecían de algunos maravedises con que poder comprar el sustento.

Cinco años despues, dejaba Morales de existir. Sobre su muerte corre una tradicion en Badajoz, que creemos digna de recogerse por nosotros en este sitio: Héla aquí:

Morales, aún tan viejo y con la vista casi perdida, todavía pintaba.

Un día le dijo al obispo:

—Señor, quiero pintar mi último cuadro.

—¿El último cuadro? ¿Pues qué, te vas á dejar de la pintura?—le interrogó el prelado, como asombrado de la determinacion del artista.

—Es todo lo contrario; la pintura es la que va á dejarme.

—¿Pues cómo?

—Tengo ya más de sesenta años, me falta la vista, y no puedo pintar todo lo que sé y quiero.

—¿Tú siempre pintas; aun con los ojos cerrados, tu génio y tu inspiracion harán buenos cuadros!

—Hasta eso me falta; ¡el génio y la inspiracion!... Pero, aun así y todo; quiero hacer un cuadro bueno, el mejor que yo he de dejar de mis manos.

—Deseo lo termines.

—Lo verá V. S. I.

Y Morales corrió al taller, tomó una tabla muy grande y empezó á dibujar una imagen....

Habian transcurrido muchos días: Morales estaba en la cama malo y sin esperanzas de vida.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

(Continuará.)

EXCMO. SR. D. DINERO.

No vamos á tratar del origen de esa palabra que representa una cantidad cualquiera, y que se toma generalmente en singular, en cuyo caso aplicase á toda clase de moneda corriente y entra en multitud de locuciones; ni tampoco á hojear libros de historia ó de numismática para inquirir quiénes fueron los que usaron por primera vez la moneda sonante: nuestro propósito es más modesto y ménos dificultoso, supuesto que se reduce á trascribir las opiniones de algunos poetas españoles sobre el asunto que sirve de epígrafe á este artículo.

El que llamó su siglo *Fénix de los ingénios* y el gran Cervantes *Mónstruo de la naturaleza*, dice en su comedia *Dineros son calidad*, por boca del gracioso Macarrón:

..... Son los dineros
Del mundo efectos primeros
Y espíritus de su sér.
Las inteligencias son
De las cosas, los concetos
Más vivos y más perfetos
Y los de más opinion.
Hacen lindo á un corcovado,
Y doctor hacen á un tordo;
Dan entendimiento á un gordo,
Y dan prudencia á un delgado.

El mismo Lope de Vega, en su obra dramática *El premio del bien hablar*:

.....
Dineros son calidad,
dijo el cordobés Lucano,
porque esto de padre indiano
mueve más la juventud;
que á la nobleza y virtud
pocos estienden la mano.

Entre las poesías de Jáuregui, ingénio que ocupó lugar muy distinguido entre los poetas sevillanos, figura la cancion *Al oro*, de sonora y brillante versificación. Hé aquí algunas de sus estrofas:

Oro, tirano altivo,
A quien los vicios viles
Honran cual Dios, y su malicia amparas,
Por tí el amor lascivo
Mil pechos femeniles
Venice, que ya se postran á tus aras,
En torpe ofensa del honesto celo;
A tí procuran la traicion y engaño
Y su comun desvelo,
Y por tí se dedican tantas vidas
Al rencor de las armas homicidas,
Tantas á extraño mundo, al clima extraño;
Al sulco incierto de nadantes proras,
Y al favor de las ondas bramadoras.

.....
¿Quién tus hazañas fieras,

Funestas y llorosas,
En reino alguno de la tierra ignora?
.....
De toda dicha y gusto
Eres ajeno y falto
Contra el avaro, que tu nombre adora;
Pues pagas en disgusto,
Recelo y sobresalto
La eterna adoracion con que te honora.
¡Oh, insano el que te busca y te procura,
Siempre sujeto á ser el ofendido
De tu malicia impura!
Si mil afanes cuestas procurado,
Temores tantos causas conservado,
Sin que pueda gozar de algun contento
Sino el que está de tu codicia exento.

Del rey de los satíricos españoles, como alguno ha llamado á Quevedo, son los siguientes conocidos versos de la *letra satírica VIII*:

¿Quién hace al tuerto galan,
y prudente al sin consejo?

.....
¿quién hace de piedras pan,
sin ser el Dios verdadero?
¡El dinero!

.....
¿Quién la montaña derriba
al valle, la hermosa al feo?
¿quién podrá cuanto el deseo,
aunque imposible, conciba?
¿y quién lo de abajo arriba
vuelve en el mundo ligero?
El dinero.

Juan Ruiz, llamado comunmente el Arcipreste de Hita, que floreció, como es sabido, en el reinado de Alfonso XI, comienza su *Enxemplo* sobre el poder del dinero en Roma, con estas coplas:

Mucho fas el dinero, et mucho es de amar,
Al torpe fase bueno, et omen de prestar,
Fase correr al cojo, et al mudo fabrar,

.....
Sea un ome necio, et rudo labrador,
Los dineros le fassen fidalgo é sabidor,
Quanto más algo tiene, tanto es más de valor,
El que non ha dineros, non es de sí senyor,
Si tovieres dineros, habrás consolacion,
Plaser é alegría, del papa racion,
Comprará paraíso, ganará salvacion,
Do son muchos dineros, es mucha bendicion.
Yo ví en córte de Roma, dó es la santidad,
Que todos al dinero fassen grand homilidad, etc.

En la interesante coleccion de Pedro Espinosa, *Flores de poetas ilustres*, impresa el año de 1605, aparece una notable composicion firmada por Diego de la Chica, que se intitula *Al dinero*, y que vamos á copiar casi íntegra.

.....
Porque es tanta tu grandeza,
Que á quien té tiene le das
A las veces mucho más
Que le dió naturaleza.

.....
Que si del hombre primero
Son los demás descendientes,
¿Quién los hizo diferentes
Sino tu poder, dinero?

.....
Que no es de otra quinta esencia
El rey que el pobre ganan,
El papa que el sacristan,
Que por tí es la diferencia.

.....
Tú abates y tú engrandeces,
Ya al abismo, ya á la luna,
Y la sangre, que es toda una,
Ya la aclaras y oscureces.

.....
Los de memorias tan raras,
Doña Isabel y Fernando,
Bien te conocieron cuando
Te acuñaron con dos caras.

.....
Mostrando en esta señal,
Dinero, que en tí se encierra
El mayor bien de la tierra,
De la tierra el mayor mal.

.....
Que tú haces que semeje
Angel el hombre en beldad,
Y por tu necesidad,
Que tenga cara de hereje.

.....
Los más ocultos rincones
Tú los descubres y sabes,
Dinero; que abren tus llaves
Mil cerrados corazones.

.....
Das al hombre entrada franca
Do no se le dió su pena,
Das lo blanco á la morena,
Y aun al moreno la blanca.

.....
La que más se remontare
Tú la traerás á la mano,
Cual dice el de Marinano,
Con dinare e piu dinare.

.....
Eres de este mundo ciego
La agradable sinfonia,
Que en oyendo tu armonia,
Hasta el perro baila luego.

.....
Y aun yo dé experiencia sé
Que en la casa que no asistes
Todos riñen y andan tristes,
Y nadie sabe por qué.

.....
Mostró que eras sin igual
El napolitano uso

.....
Cuando por blason te puso
Alegria universal.
Porque tus heróicas obras
Son en el mundo tan altas,
Que todo falta si faltas,
Y todo sobra si sobras.

.....
El *Cisne de Nagerilla*, por otro nombre Estéban M. de Villegas, en su anacreóntica *Del oro* (traduccion de Monostrofes), dice:

.....
Solo el oro es quien priva,
Su lindeza es la sola.
Pues ¡ah! muera el primero
Que apuró sus escorias.
Por éste los hermanos
Más hermanos se ódian,
Los palres se desprecian,
Las guerras se alborotan;
Y lo peor de todo
Es, que cuantos adoran,
Perecen solamente
Por esta peste sola.

En el romance *Entre un pobre y un rico*, de autor anónimo, inserto en la completa y afamada coleccion de Durán, se hace la apología del hombre adinerado en esta forma:

No hay cosa como ser rico:
Al rico todo le sobra;
Él tiene bien que comer,
Viste como se le antoja,
Mora y vive en los palacios,
Las mejores casas logra,
Alcanza las dignidades
Y los cargos de más honra;
Todos celebran al rico:
Le da aplausos la lisonja,
Cada dicho es una gracia,
Cada discurso se nota
Por una grande viveza
Y discrecion prodigiosa.

.....
Es el rico muy dichoso
Todo cuanto quiere logra;
.....
El dinero vale mucho,
Y como al rico le sobra,
Por eso vence en el mundo
Las dificultades todas.

En otro romance, tambien de autor anónimo y publicado en la referida coleccion, que tiene por epígrafe *El trigo y el dinero*, pónese en boca de éste lo que sigue:

.....
Mi nombre propio es dinero.
Hecho soy de tres materias,
Que es el oro, plata y cobre,
Metales que el mundo aprecia;
.....
Soy el empeño del mundo,
Pues todo á mí se sujeta;

En los antiguos *Cancioneros* hemos visto algunas coplas (trasladadas con ligeras variantes á colecciones modernas), que versan sobre esa

.....
¡Oh siempre viva hambre del dinero
Disimulada muerte de mortales,
Polilla de las almas gastadora,
Hinchada sanguijuela chupadora!

que escribió Pedro de Oña en su poema *Arauco domado*. Sirva de ejemplo la única que recordamos:

.....
En el cielo manda Dios,
Los diablos en el infierno,
Y en este pícaro mundo
El que manda es el dinero.

Para que el invicto metal, que á todos nos obliga, como dijo Camoens en el canto VIII de *La Lusíadas*, pueda fundadamente asemejarse en algo á la Divinidad (lo que presupongo sin intencionalpecaminosa), es á saber, que en todas partes se halla y precisa que así sea, y tenga al propio tiempo virtud casi sobrenatural, hasta un antiguo proverbio reza:

«Quien tiene argen, tiene todo bien.»

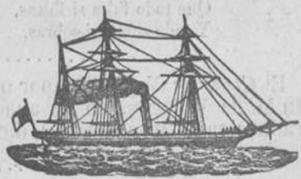
ANTONIO M. DUMOVICH.

.....
El asilo de niños huérfanos que con el título del Sagrado Corazon de Jesús, se halla establecido en la calle de Atocha, consagrado al alimento y educacion, contiene talleres para enseñar un oficio á aquellos séres infortunados, y las ilustres damas protectoras de la niñez desvalida, han publicado un Almanaque con tan benéfico objeto.

Es de sentir que por falta de fondos estén en suspenso las obras emprendidas en la calle de Claudio Coello, para construir un asilo más grandioso.

Es sublime el sentimiento de la caridad para infundir en la edad tierna de la infancia el amor á la virtud, á la instruccion, y prepararla por medio del trabajo un porvenir que la libre de las dos funestas plagas, que son la miseria y la ignorancia.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.
(ANTES DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y VERACRUZ. SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA Y PACIFICO.

Salidas: de Barcelona los dias 5 y 25 de cada mes; de Málaga 7 y 27 de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

Los vapores que salen los dias 5 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los dias 25 de Barcelona y 30 de Cádiz, enlazando con servicios antillanos de la misma Compañia Trasatlántica, en combinacion con el ferro-carril de Panamá y línea de vapores del Pacifico, toman pasaje y carga á flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Mayagüez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitas.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y todos los principales puertos del Pacifico, como Punta Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina Cruz.

NORTE DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á California, como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco de California.

SUR DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á Valparaiso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica, Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaiso.

Rebajas á familias.—Precios convencionales por aposentos de lujo.—Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Habana, Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con más comodidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.

SEGUROS.—La Compañia, por medio de sus agentes, facilita á los cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de destino.

Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañia. En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35. En Barcelona, los Sres. Ripoll. En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañia, En Cádiz, Delegacion Trasatlántica, Isabel la Católica, 3.

CASA GENERAL DE TRASPORTES DE JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE, Y UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP. MADRID.—ALCALÁ, 28. PALACIOS Y GOYOAGA SASTRES. 3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES. Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

LA LIRICA MODERNA EN ESPAÑA

POR

D. PLÁCIDO LANGLE

Forma un lindo folleto de más de 80 páginas que se vende á 6 reales en todas las librerías.

PURGANTE JULIEN

CONFITE VEGETAL, LAXATIVO Y REFRIGERANTE
Contra el ESTREÑIMIENTO

El Purgante Julien, exclusivamente vegetal, se presenta bajo la forma de un dulce de un gusto agradable. Recomiéndase su empleo, inofensivo siempre, á las personas afectadas de Disenteria, Dispepsia, Gastralgia, Gastritis; en las afecciones del hígado, en la Ictericia y en las enfermedades de la piel. Sus propiedades refrigerantes combaten la predisposición á la jaqueca y á la apoplejia. Administrado á los niños, el Purgante Julien previene las convulsiones, obrando como depurativo en el tratamiento del usagre y de las costras de leche.

El Purgante Julien, se toma en dosis de una pastilla para personas adultas y media para los niños.

Depósito en las principales Farmacias y Droguerías.

CAMPOAMOR

COLON.

POEMA

Esta obra forma un volumen de 284 páginas, esmeradamente impreso, y se vende al precio de tres pesetas en toda España.

Diríjanse los pedidos á la librería de D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, Madrid.

TRADICIONES

DE TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañia.—Caños, 1.—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripcion á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Londres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edición está próxima á agotarse.

OBRAS EN PRENSA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.
LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.

Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 6 por 100 en metálico.

El Banco Hipotecario hace actualmente, y hasta nuevo aviso, sus préstamos al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas DANDO HASTA EL 50 POR 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que solo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto, ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

Lo que se pone por este anuncio en conocimiento del público.

BANCO DE ESPAÑA.

OCTAVO SORTEO PARA LA AMORTIZACION DE LA DEUDA AL 4 POR 100.

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortiza-

cion de la deuda al 4 por 100 la suma de 21.726.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 86.904.000 que determina la ley de 9 de Diciembre de 1881, corresponden en justa proporcion por ambos conceptos á cada una de las cinco series en que se halla dividida la emision las cantidades siguientes:

A la serie A. Pesetas.	880.000
» B. »	3.142.000
» C. »	6.391.500
» D. »	4.525.000
» E. »	6.787.500
En suma, pesetas.	21.726.000

Las diferencias que en cada sorteo puedan resultar de más ó de menos en las cuotas trimestrales fijadas para intereses y amortizacion, por la necesidad de acomodar á lotes cabales, se tendrán en cuenta y se compensarán convenientemente en los sorteos sucesivos.

Para cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulacion y extrayendo á la suerte las que corresponden á la amortizacion del trimestre vencido en 1.º de Enero próximo, segun el estado siguiente:

Serie	Bolas numeradas.	Títulos que representan.	Capital.	Bolas que han que representen.	Títulos que representan.	Capital amortizado.	A pagar por intereses.	Total de intereses y amortizacion.
A	13.740	137.400	68.700.000	38	190.000	190.000	687.000	877.000
B	9.815	98.150	245.375.000	28	700.000	700.000	2.453.750	3.153.750
C	9.981	99.810	499.050.000	28	1.400.000	1.400.000	4.990.500	6.390.500
D	2.827	28.270	353.375.000	8	1.000.000	1.000.000	3.533.750	4.533.750
E	2.120	21.200	530.000.000	6	1.500.000	1.500.000	5.300.000	6.800.000
	38.483	384.830	1.696.500.000	108	4.790.000	4.790.000	16.965.000	21.755.000

Los sorteos tendrán lugar públicamente en el salon de Juntas generales del Banco, sito en la calle de Atocha, núm. 32, el dia 1.º de Diciembre próximo, á la una en punto de la tarde, y los presidirá el Gobernador ó un Subgobernador, asistiendo además una Comision del Consejo, el Secretario y el Interventor.

Las bolas sorteadas se expondrán al público para su examen antes de introducir las en el globo, así como las amortizadas en los sorteos anteriores.

La Administracion del Banco anunciará en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortizacion, y dejará expuestas al público para su comprobacion las bolas que hayan salido en los sorteos.

Oportunamente se publicará las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortizacion.

Madrid 15 de Noviembre de 1888.
—P. El Secretario, César Carrasco.

LA AMERICA

Año XXIII

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamaica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Y otra por San Thomas para la América Central, Méjico, América del Sur y América del Norte, aprovechando los vapores-correos que parten de los puertos de Inglaterra.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª Caños, 1